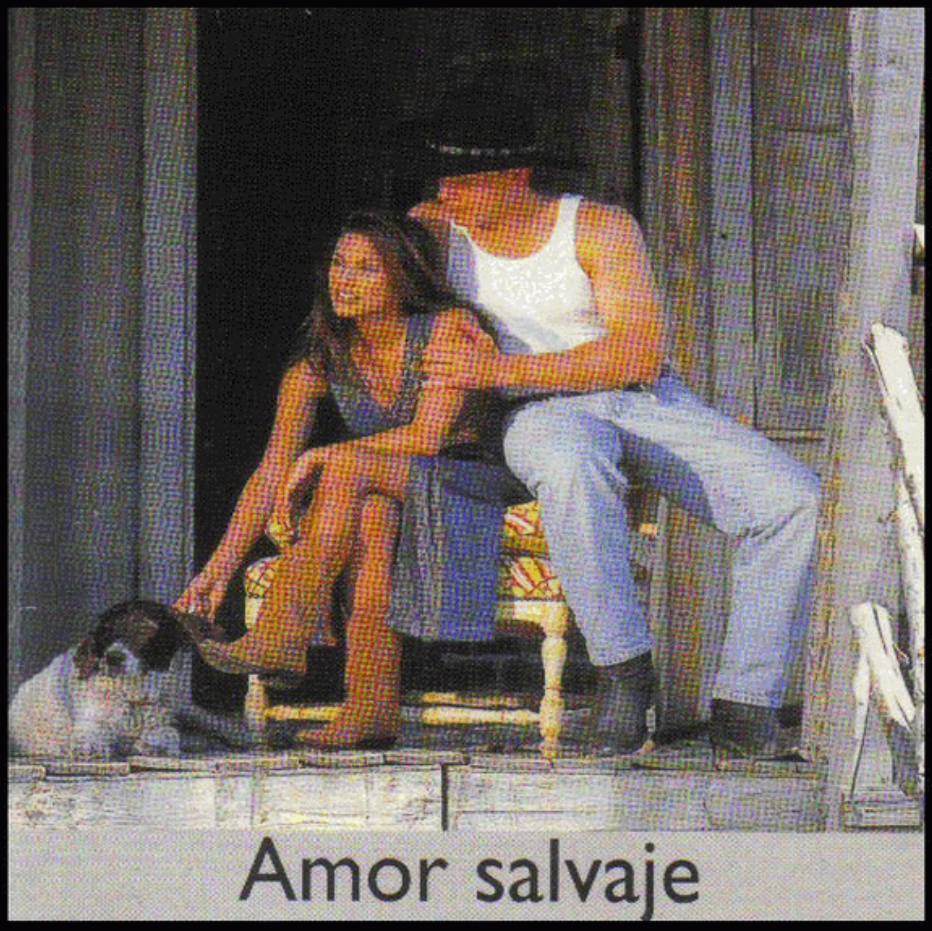
AMOR SALVAJE
SANDRA MARTON

SANDRA MARTON



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Capítulo 1

ERA el cumpleaños de Tyler Kincaid, y tenía el presentimiento de que su regalo lo aguardaba en la cama. Atlanta bullía bajo el calor opresivo de una noche de julio, pero no importaba. Había vivido toda vida su en el sur, y le gustaban los días calurosos y las noches ardientes. Y no tenía ningún inconveniente en encontrarse a una mujer en la cama, sobre todo una bella rubia como Adrianna. En circunstancias normales cualquier hombre que hubiera puesto alguna objeción a un .encuentro como ese estaría sencillamente loco.

Tyler redujo la velocidad del Porsche al llegar a las puertas de hierro que daban paso a su propiedad. El problema era que aquellas no eran circunstancias normales. Si estaba en lo cierto, Adrianna lo esperaba con el champán, el caviar y las flores, todo al completo, en su casa, en donde no había sido invitada. En muchas ocasiones le había pedido a su amante que pasara la velada con él, pero jamás le había pedido que interfiriera en su vida ni le había dado el código de seguridad que abría las puertas de hierro y la puerta principal de su mansión.

Y por supuesto no había planeado celebrar su cumpleaños.

Por lo que a él se refería el día dieciocho de julio era solo un día más en el calendario. Jamás lo había señalado. Y si algo tenía de especial era, precisamente, que .acababa de darse cuenta de que había llegado el momento de romper con Adrianna.

Las puertas de hierro se cerraron tras él. De frente, un estrecho camino bordeado de magnolias conducía a la enorme casa que había comprado ocho años atrás, el mismo día en que las acciones de su empresa entraron en Bolsa. Al final de aquel día, había pasado de ser un pobre blanco a ser un multimillonario, un «ciudadano ejemplar», según el Atlanta Journal. Tyler había guardado el recorte y lo había pegado justo al lado de otro, publicado en ese mismo periódico diez años atrás, en el que se decía que era «un ejemplo de la juventud perdida de Atlanta».

Desde luego era una ironía, pero no era esa la razón por la que había guardado ambos recortes. Los había guardado para recordar cómo cambiaba la vida de un hombre en un par de vueltas del planeta sobre su órbita.

—Eres un verdadero cínico, Tyler —le había dicho en una ocasión su abogado.

Para él, sin embargo, el hecho de reconocer que nada en este mundo era exactamente lo que parecía no tenía nada de malo. Sobre todo en las relaciones con las mujeres.

Suspiró, apagó el motor del coche y contempló la casa. Hubiera parecido desierta de no haber sido por las luces de algunas de sus ventanas, pero él sabía muy bien que se encendían automáticamente, como medida de seguridad. Un sistema de seguridad impenetrable, según el hombre que se lo había instalado.

Habría que verlo. Quizá para un ladrón, pero no para una resuelta rubia de ojos azules. No había ni rastro ni de ella ni de su Mercedes. Lo sabía. Adrianna era inteligente además de guapa. Siempre salía con mujeres que daban la talla tanto en cerebro como en belleza. Habría encontrado algún lugar en el que aparcar el coche bien escondido.

¿Cómo, si no, iba a sorprenderlo?

Tyler se puso tenso. Se arrellanó en el asiento de piel y estiró los brazos en el volante. El problema era que no le gustaban las sorpresas.

Desde luego no le gustaban cuando se referían a su cumpleaños, y menos aún cuando implicaban que una mujer quería cambiar su vida, por muy bella que fuera.

Lo había dejado bien claro al comienzo de su relación: la gente cambia, le había dicho. Las metas, las necesidades cambian. Adrianna había sonreído y le había dicho que lo comprendía.

—Cariño, te aseguro que no me interesan ni los cuentos de hadas ni los finales felices —le había susurrado.

Y no le interesaban, eso era lo que admiraba en ella. Vivía una vida independiente, era una belleza sureña de las de siempre, pero con una vida moderna.

Él le había dicho claramente que le gustaba su intimidad, es decir, que ni quería que se dejara el maquillaje en su baño ni pensaba dejarse él la maquinilla de afeitar. Ni siquiera habían intercambiado las llaves ni los códigos de seguridad de sus casas. Al mencionarlo Adrianna se había echado a reír con aquella risa ronca suya que tanto lo había excitado al principio.

—Cariño, eres exactamente el tipo de hombre que me excita. Un apuesto amante, eso es lo que eres. ¿Por qué iba a querer ninguna mujer domesticarte?

Fidelidad mientras durara su aventura, a eso era a lo único que se habían comprometido. Y él seguía queriendo solo eso, pero, según parecía, Adrianna había cambiado de opinión.

Salió del Porsche. El olor a jazmines lo envolvió. Levantó la vista hacia la casa, hacia las ventanas del dormitorio, y se preguntó si estaría observándolo tras las cortinas. La imaginaba desnuda, recién salida de la ducha. O con el body negro de seda que le había regalado. La fantasía lo excitaba.

Sus labios esbozaron una media sonrisa. De acuerdo, quizá Adrianna hubiera llevado las cosas demasiado lejos, pero él también. ¿Qué tenía de malo que lo hubiera observado al introducir el código de seguridad y que lo hubiera memorizado? Porque ese era el único modo en que había podido entrar en la casa. Probablemente también habría registrado su cartera mientras dormía para comprobar la fecha de nacimiento. ¿Acaso era tan terrible?

No, en realidad no. Podía soportarlo, se dijo mientras subía las escaleras hacia el porche. En eso consistía su vida: en enfrentarse a las cosas.

Tyler se calmó y pensó que quizá le estuviera dando demasiada importancia. Bien, abriría la puerta, se soltaría el nudo de la corbata, dejaría el maletín sobre la mesa del vestíbulo y subiría las escaleras. Y después abriría la puerta del dormitorio y encontraría a Adrianna esperándolo con la habitación inundada de flores, una copa de champán en la mano y un cuenco de plata lleno de caviar junto a la cama.

—Sorpresa, cariño —diría ella.

Él sonreiría y fingiría sorprenderse, fingiría que no la esperaba, fingiría que la encargada del catering no había metido la pata. En realidad, había sido la nueva dependienta quien, deseosa de agradar, lo había llamado por teléfono.

—Señor Kincaid, soy Susan, de Le Bon Appetit. Lo llamo a propósito del pedido que ha hecho esta noche para llevar a su casa.

—¿Cómo? —había preguntado Tyler, concentrado en el Dow—Jones.

—He repasado sus pedidos, señor, y he observado que siempre pide

Krug. Quería asegurarme de que esta vez prefiere Dom Pérignon.

—No, es decir, debe de haber un error, yo no…

—Ah, bien, señor, es exactamente lo que pensaba, el empleado ha debido de tomar mal la nota.

—No, el empleado no…

—Es usted muy amable, señor Kincaid, al sugerir que ha sido la señora Kirby quien ha cometido el error, pero…

—¿La señora Kirby? ¿Adrianna Kirby ha ordenado que lleven champán a mi casa? —había inquirido él entonces.

—Sí, y caviar, señor. Y rosas y una tarta. ¡Oh, espero que la tarta no sea para usted! Espero no haber desvelado una sorpresa.

—No, en realidad… ha sido usted de mucha ayuda —había respondido Tyler.

De pronto todo encajaba, todos los pequeños detalles que había ignorado desde hacía un par de semanas.

—Aquí tienes la llave de mi apartamento, Tyler —había dicho Adrianna sonriendo al verlo fruncir el ceño—. ¡ Venga, no pongas esa cara, cariño! Tú no tienes por qué darme la tuya, es solo por si estoy en el baño cuando vengas.

Y luego estaba esa forma de pasar por su oficina sin avisar. «Pasaba por aquí y se me ocurrió que sería fantástico que comiéramos juntos», decía. O lo de los pendientes «olvidados» en su baño. Y esos lastimeros suspiros cada vez que él se levantaba de la cama y comenzaba a vestirse para marcharse a su casa.

—Cariño, de verdad que puedes quedarte a pasar la noche —decía ella a sabiendas de que él jamás lo haría.

—¡Demonios! —había musitado Tyler.

Decir de él que era idiota era utilizar una palabra demasiado blanda. Ahí estaba Adrianna, esperándolo en su dormitorio para celebrar su cumpleaños con flores, champán y un puñado de sueños que él no tenía intención de compartir. De acuerdo, de acuerdo. Haría bien las cosas, fingiría sorprenderse, se mostraría complacido. Pero luego, a los pocos días, pondría fin a todo aquello.

Tyler pulsó las teclas del código. La puerta de la casa se abrió. Las luces se encendieron y cientos de voces gritaron: «¡Sorpresa!».

Tyler parpadeó atónito, dio un paso atrás y se quedó mirando los rostros sonrientes.

—¡Cariño! —exclamó Adrianna volando hacia él envuelta en una nube de seda fucsia, con sus cabellos dorados y su traje de Chanel—. Feliz cumpleaños. ¿Sorprendido?

—Sí, muy sorprendido —aseguró él tenso. Adrianna soltó una carcajada y enroscó un brazo en el suyo.

—¡Pero mirad qué cara! —exclamó dirigiéndose a los invitados—. Tyler, querido, sé exactamente lo que estás pensando.

Todos se echaron a reír excepto él, que trataba de mantener la sonrisa fija en sus labios.

—Lo dudo —musitó él.

—Te estás preguntando cómo he podido montar esta fiesta —dijo Adrianna ladeando la cabeza mientras sus cabellos caían por un hombro—. Las invitaciones, la comida, el champán, las flores… la orquesta —en ese instante, como si los hubiera invocado, la música comenzó a sonar. Adrianna rodeó a Tyler por el cuello y se movió al ritmo. Tyler continuó

sonriendo y la siguió—. Y lo más difícil de todo, cariño, quitarte la cartera del bolsillo para saber qué día era tu cumpleaños. Cometiste un desliz cuando dijiste que ibas a cumplir los treinta y cinco.

—¿Un desliz? —inquirió Tyler.

—El mes pasado, durante la cena del alcalde, ¿recuerdas? Alguien de nuestra mesa se quejaba de que iba a cumplir cuarenta, y tú sonreiste y dijiste que era una pena que fuera un carcamal cuando tú ibas a cumplir solo treinta y cinco.

—Habría preferido que no hubieras montado todo esto, Adrianna.

—Estás enfadado porque asomé la cabeza por encima de tu hombro cuando presionabas las teclas del código de seguridad —rió Adrianna suavemente.

—Sí, y por revisar mi cartera. Y por preparar esta fiesta.

—¿Es que no te gustan las sorpresas, cariño?

—No.

—Bien, entonces la próxima vez me ayudarás tú montarla—contestó ella—. Podría ser un día especial, Tyler. Al fin y al cabo para entonces llevaremos juntos más de un año.

Tyter no respondió. La agarró de una mano, puso la otra sobre su cintura y la hizo girar y girar mientras se preguntaba cuánto duraría aquella fiesta.

Una eternidad, eso fue lo que duró. O, al menos, eso que le pareció.

Por fin se marchó el último invitado y la última furgoneta de reparto del catering. La casa quedó en silencio, enormes y caros salones quedaron vacíos. Solo quedaban restos de fragancia a rosa y a perfumes caros.

—Te llevaré a casa —le dijo Tyler a Adrianna. Sabía que su rostro resultaba inexpresivo, pero lo había hecho lo mejor que había podido, y por fin había llegado el momento de enfrentarse a la realidad. Sin embargo Adrianna o no quería reconocerlo, o fingía no haberse dado cuenta.

—Deja que vaya por mis cosas —respondió subiendo s escaleras.

Tyler había esperado, y esperado, y esperado. Había caminado por el vestíbulo de un lado a otro tratando de convencerse de que tenía que calmarse, de que, al menos, tenía que terminar con aquello sin montar una escena. Pero cinco o diez minutos después había subido las escaleras enfadado.

Adrianna estaba en la ducha. Podía escuchar el ruido del agua. Tyler se metió las manos en los bolsillos y se sentó en la cama. Después, de pie delante de la ventana, la máscara que había mantenido durante la fiesta comenzó a resquebrajarse. Durante toda la velada, había estado sonriendo, charlando, estrechando manos de hombres y besando a mujeres en la mejilla que lo felicitaban por su cumpleaños.

Tyler soltó el aire de los pulmones y observó cómo se desvanecía el vaho del cristal. ¿Se habrían mostrado sus invitados igual de generosos con sus buenos deseos de haber sabido la verdad?, se preguntó. Si la puerta principal se hubiera abierto y, en lugar del adulto, hubiera entrado el niño que había sido él, con su expresión agresiva, desafiándolos a todos, ¿habrían reaccionado igual? La imagen resultaba tan absurda, que casi se echó a reír.

—Estupenda fiesta, Kincaid —había dicho el alcalde dándole palmaditas en la espalda—. No todo el mundo puede celebrar su cumpleaños con tanto estilo.

Su cumpleaños, pensó Tyler torciendo la boca. ¿Quién diablos sabía si aquel era o no el día de su cumpleaños? Lo cierto era que lo mismo podía haber nacido el día anterior o al día siguiente. Los bebés abandonados a las puertas de los hospitales no llevaban certificado de nacimiento.

Los Brighton, que era el matrimonio que lo había criado, así se lo habían asegurado. Le habían contado cómo lo habían encontrado y cómo habían obtenido la custodia. Y le habían contado también que nadie sabía exactamente qué día había nacido, pero que las autoridades habían dicho que más o menos debía de tener entre uno y tres días.

De pequeño, simplemente, no lo había entendido.

—Todo el mundo tiene un cumpleaños —había dicho él.

A lo cual los Brighton habían contestado que sí, que tenía razón. Las autoridades habían decidido que su cumpleaños era el día dieciocho de julio.

—¿Pero quién es mi mamá? —había preguntado él—. ¿Y mi papá?

Los Brighton se habían mirado el uno al otro, y luego él había dicho:

—Nosotros somos tus padres.

Pero no era cierto. Sí, desde luego eran amables con él. O quizá fuera más exacto decir que no lo maltrataban, pero él sabía muy bien que jamás lo habían amado. Había visto cómo eran las cosas con otros niños. Había visto a los padres acariciar la cabeza de sus hijos, a las madres atraerlos hacia sí y besarlos…

Pero la vida de Tyler no había sido así. Nadie lo tocaba ni lo besaba, nadie lo abrazaba cuando hacía algo bien ni lo regañaba cuando lo hacía mal. Y su nombre… Tyler se puso tenso solo de recordarlo. John Smith, ¡por el amor de Dios! ¿Cómo podía ningún niño llamarse así? Él había querido cambiarse el nombre, pero los Brighton le habían dicho que no podía.

—Es tu nombre, John.

Y así había sido. Así había vivido. Con todo aquello. Hacia los diez años había dejado de hacer preguntas que jamás obtendrían respuesta. Pero de pronto, en un instante fatal, toda su vida había cambiado. Los Brighton y él salieron en coche un domingo y un camión se abalanzó sobre su vehículo.

Tyler solo se hizo rasguños. Se quedó a un lado de la carretera, junto a un policía que mantenía una mano sobre su hombro, observando con el semblante imperturbable cómo sacaban los cuerpos de sus padres de acogida del amasijo de hierros.

—El chico tiene un shock —escuchó que decía el policía al asistente social que fue a buscarlo.

Lo cierto era que, en el fondo, no podía lamentar la muerte de una gente a la que jamás había querido.

Entonces el estado se hizo cargo de él. Lo mandaron a vivir a un lugar en el que había muchos niños, niños por los que nadie estaba dispuesto a dar nada, niños sin futuro… Pero hasta ellos tenían su verdadero nombre. El nombre de John Smith le dio muchos quebraderos de cabeza.

—John Smith —se burlaban los niños—. ¿A quién pretendes engañar? Nadie se llama John Smith.

Y tenían razón. Tyler lo sabía. El día en que cumplió los dieciséis, el día en que su certificado de nacimiento decía que cumplía los dieciséis, Tyler escogió un nombre de pila del libro de historia americana y un apellido de un personaje de una serie televisiva. Y entonces los chicos se burlaron aún más.

—¡Nadie escoge su nombre!

—Pues yo sí —había respondido Tyler.

Y cuando vio que los chicos seguían riendo golpeó unas cuantas narices y puso de rodillas a unos cuantos de los chavales. Ninguno volvió a reír.

Desde entonces era Tyler Kincaid. Y había sido Tyler Kincaid quien había estado al borde de la ley con el sistema judicial juvenil, no John Smith. Tyler Kincaid quien había tomado «prestado» un coche, Tyler Kincaid quien había tenido la suerte, aunque entonces no se diera cuenta, de que lo pillaran y lo sentenciaran a ocho meses a un lugar llamado Boys Ranch, en donde había aprendido cosas sobre caballos y quizá incluso sobre sí mismo.

A los dieciocho años, abandonó el rancho y se alistó en los marines, y al salir encontró un trabajo en un rancho, en donde descubrió que no solo tenía talento para los caballos, sino también para los números. Y después de eso, jamás volvió a pensar en John Smith. Excepto una vez al año, quizá, cuando llegaba el día en que se había dispuesto que fuera su cumpleaños. Tyler había aprendido a aceptar la fecha, pero desde luego no iba a celebrarla. ¿Qué había que celebrar en una fecha que quizá no fuera su cumpleaños, en una fecha en la que su madre, y probablemente también su padre, le había dado una patada y abandonado en un portal?

—Nada —musitó Tyler alcanzando la botella de champán a medias—. Nada en absoluto.

—¡Oh, cariño!

Tyler se volvió. La puerta del baño estaba abierta. Adrianna permaneció de pie, delante de la luz que dibujaba su silueta. Tenía que reconocer que estaba espléndida. Con todo aquel largo cabello dorado, la seda negra del camisón que apenas contenía sus pechos… Estaba de pie, sacando una larga pierna por la alta abertura lateral del camisón, con sus zapatillas de seda negras con un tacón tan alto que su pulso se aceleró.

—¿Hablas solo, cariño? —susurró.

Adrianna se acercó a él. Caminaba lentamente, moviendo las caderas. El perfume de Chanel inundó sus sentidos. Ella rozaba sus puntos vitales con el frasco de perfume, incluidos los muslos.

Tómala, le urgía la sangre. Entiérrate en ella… pero su cerebro le decía que eso solo conseguiría aplazar lo inevitable. Y, a pesar de todo, Adrianna merecía algo mejor.

—Adrianna —dijo aclarándose la garganta, acercándose a la mesilla y recogiendo una copa para ofrecérsela—, tenemos que hablar.

—¿Hablar? —sonrió ella dando un sorbo—. Podríamos hacer algo mucho mejor, cariño. Aquí estoy, lista para la cama, y tú aún estás con el traje puesto —añadió dejando la copa—. ¿Quieres que te ayude? —inquirió mientras sus manos le desabrochaban los primeros botones de la camisa—. Vamos a quitarte esto y…

—No, escúchame —objetó Tyler tomándola de las muñecas.

—Me haces daño, Tyler.

—Lo siento —se disculpó tenso—. Adrianna, sobre lo de esta noche…

—La fiesta.

—Sí, la fiesta…

Hubiera querido terminar con ella, decirle que no tenía derecho a celebrar aquella fiesta, a invadir su espacio, pero Adrianna lo miraba con los ojos muy abiertos, con labios temblorosos. Y Tyler se desesperó.

—Sé que te has tomado muchas molestias preparándolo todo pero…

—Pero preferirías que no lo hubiera hecho.

—Sí, preferiría que no lo hubieras hecho.

—No comprendo —alegó ella con lágrimas en los ojos—. Yo solo quería hacerte feliz, cariño.

—Lo sé, pero… —¿pero qué?, ¿cómo iba a enfadarse porque le hubiera preparado una fiesta?—. Pero yo jamás celebro mi cumpleaños.

—Eso es una estupidez.

—No, es un hecho.

—¡Bah! —las lágrimas que habían amenazado resbalar por sus mejillas se desvanecieron. Adrianna sonrió y puso las palmas de las manos sobre su pecho—. Eso habrá que cambiarlo.

—No —respondió Tyler agarrándola de nuevo de las muñecas pero sin hacerle daño—. No, no lo cambiaremos.

—Por supuesto que sí. El año que viene…

—No va a haber año que viene, Adrianna —añadió soltándola y pasándose la mano por los cabellos—. Escucha, estoy tratando de no herir tus sentimientos, pero…

—¿Mis sentimientos? ¿Mis sentimientos? ¡Maldita sea, Tyler! —alzó Adrianna la voz—. No te atrevas a manipularme. Mis sentimientos no te importan lo más mínimo. Estás enfadado porque me he cansado de esperar a que decidas dar un paso en nuestra relación.

—No voy a dar ningún paso en nuestra relación, Adrianna —dijo Tyler con frialdad.

—Por supuesto que sí, eso de que no me deje nada en tu baño es una tontería, igual que lo de que no quieras pasar toda la noche en mi casa, como si conocer el código de seguridad de tu casa fuera un asunto de seguridad nacional.

—Te lo dije desde el principio.

—Sí. Nada de compromisos, nada de «para siempre».

—Eso de «para siempre» fue una contribución tuya.

—Puede ser. Así era como me sentía entonces, pero he cambiado de opinión.

—Eso no es problema mío —soltó Tyler—. Yo he mantenido mi trato.

—Y eres famoso por ello, ¿verdad? Sabes mantener un trato hasta el final. Tyler Kincaid, el de la mente fría, el que jamás se deja conmover por un sentimiento. Ni en los negocios ni con las mujeres.

—Escucha, esto no tiene sentido. No quiero discutir contigo…

—No, solo quieres decirme que he sobrepasado los límites, que no tengo derecho a entrar en tu casa y en tu vida.

—¡Maldita sea! Escucha, si hubiera querido una fiesta de cumpleaños, la habría preparado.

—¡Dios mío, qué pecado! Preparar una fiesta de cumpleaños…

—No lo comprendes, ¿verdad? No quería ninguna fiesta.

—Una fiesta a la que he invitado a un puñado de amigos…

—Esos no son mis amigos.

—¡Por supuesto que lo son!

—Son gente a la que conozco, eso es todo. Me quieren solo por lo que puedo darles.

—Que es casi nada, Tyler.

—¿Qué diablos se supone que significa eso? —preguntó él tenso.

Adrianna dio media vuelta y se encaminó hacia el baño.

—La semana pasada había un artículo sobre ti en una revista en el que se decía que eras brillante, así que imagínatelo.

Tyler caminó a grandes pasos tras ella y la observó quitarse el camisón

y ponerse unos vaqueros y una camiseta.

—He hecho negocios con la mitad de la gente que había aquí esta noche —gruñó Tyler—, y la otra mitad está deseando hacerlos. ¿Te parece poco?

—¿Es eso lo que crees que espera la gente de ti? ¿Dinero?, ¿negocios?, ¿poder?

Tyler se quedó mirando a su amante. Estaba completamente vestida, pero aún llevaba esos altísimos tacones. De pronto, extrañamente, aquello no le resultó sexy, sino patético.

—Escucha —volvió a decir tratando de conservar la calma—, los dos estamos cansados. Creo que será mejor que te lleve a casa.

—Soy perfectamente capaz de marcharme sola, gracias.

—Como quieras —se encogió Tyler de hombros.

—Jamás hubiera funcionado, Tyler. Supongo que, en el fondo, siempre lo he sabido. Después de un tiempo, cuando te miraba, seguía viendo en tus ojos esa expresión fría, como diciendo «aléjate». Y eso habría acabado conmigo.

—No es por ti —alegó Tyler en voz baja—. A pesar de todo lo que he dicho no es por ti.

—A veces... —Adrianna respiró hondo—... a veces me pregunto si hay alguien dentro de ti, Tyler, si sientes como los demás.

—Adrianna...

—La cuestión es... —se echó a reír—... la cuestión es que me he enamorado de ti, y sé que tú nunca te enamorarás de mí.

Tyler pensó en mentir, en suavizar de algún modo la situación, pero sabía que solo podía decir la verdad. Alargó una mano, recogió un rizo de sus cabellos y dijo:

—No, no podría. Desearía que fuera diferente, desearía que...

Adrianna le tapó la boca con un dedo y lo interrumpió:

—No nos mientas a ninguno de los dos, Tyler. No es eso lo que tú deseas. Los dos sabemos que yo no soy la mujer que estás buscando.

—Yo no estoy buscando a ninguna mujer —rió Tyler—. Ni ahora ni nunca.

—Todo el mundo busca a alguien, Tyler, lo sepa o no.

—Te equivocas.

Adrianna sonrió, se puso de puntillas y posó sus labios sobre los de él.

—Adiós, cariño.

Tyler la observó alejarse. Se sentó al borde de la cama, escuchó cómo se desvanecía el clic—clac de sus ridículos tacones y el motor del coche. Se puso en pie y se acercó a la ventana. La luna se hundía entre las ramas del viejo roble. Que no había nadie dentro de él, eso había dicho Adrianna. Pero se equivocaba. Tyler sonrió amargamente. John Smith seguía ahí, le gustara o no. Había un vacío en su corazón, una anhelo al que no sabía cómo llamar, un anhelo que a veces no conseguía desvanecer ni zambulléndose de lleno en el trabajo o golpeando el saco del gimnasio.

Y también se equivocaba sobre el hecho de que buscara una mujer. ¿Cómo podía un hombre buscar una mujer cuando aún estaba buscándose a sí mismo?

Tyler estuvo mirando por la ventana durante horas, observando cómo la noche daba paso al amanecer. A las seis de la madrugada, exhausto, se tumbó en la cama y se durmió. Cuando volvió a abrir los ojos, eran más de las nueve. Tyler alcanzó el teléfono.

—Carol —dijo en cuanto su secretaria contestó—, ¿recuerdas al detective privado que contratamos el año pasado, aquel que descubrió quién era el que vendía los planes de investigación a nuestros competidores? Quiero que me digas su nombre y su número de teléfono. No, no, no hace falta, yo mismo llamaré —se hizo una pausa. Tyler tomó nota del nombre y del número—. Gracias.

Colgó, respiró hondo y marcó.

Capítulo 2

CAITLIN McCord sentía pasión por los caballos. Charlotte, una preciosa yegua de color caramelo, era nueva en el rancho Espada, y estaba aterrorizada. Caitlin había pasado media hora acariciándola y dándole zanahorias mientras le susurraba al oído que tenían que ser amigas. Cuando la yegua por fin rozó su hombro con el hocico, Caitlin sonrió, la sacó del establo y la ensilló.

Pero entonces se acercó un perro ladrando, y la yegua dio un paso atrás. Caitlin sujetó las riendas y calmó al animal. Cuando volvió a rozar su hombro, Caitlin decidió que era el momento de montar.

Abel Jones, el capataz de Espada, había estado observándolo todo desde el otro extremo de los establos. Salió, escupió tabaco en la hierba, y dijo:

—Es cabezota esa yegua.

—Solo necesita correr y agotarse un poco.

—Manuel no ha hecho gran cosa esta mañana —continuó Abel volviendo a escupir—. Si quieres, puede sacarla él.

—¿Y echar a perder mi diversión? —inquirió Caitlin inclinándose hacia la yegua para acariciarla con la mano enguantada—. No, yo lo haré. Dame la gorra, se me ha caído.

El hombre se inclinó, recogió la gorra de béisbol del suelo, la sacudió contra su muslo y se la tendió. Caitlin se la puso metiéndose todos los rizos castaño rojizos dentro y calándose la visera sobre los ojos.

—Abre la puerta, por favor.

—¿De verdad no prefieres que la saque Manuel?

—Abre, Abel.

—Sí, madam.

Yegua y mujer salieron corriendo como llevados por el viento.

—Esa yegua sí que es salvaje —comentó Manuel—. ¿Crees que la señorita podrá con ella?

—Desde luego que podrá con la yegua —respondió Abel frunciendo el ceño y volviendo a escupir—, lo que le va a dar trabajo es un semental. Algún día.

Manuel frunció el ceño confuso.

—¿Tenemos un nuevo semental?

Tyler Kincaid conducía una vieja camioneta por un camino sin asfaltar en las onduladas tierras de Texas. Había pagado cuatrocientos dólares por ella tras aterrizar con una avioneta alquilada en un pequeño aeropuerto justo a la salida de la ciudad. El detective privado le había dicho que el rancho de Barón tenía una pequeña pista de aterrizaje, pero Tyler había preferido no aterrizar allí para no llamar la atención. Esa era la razón por la que se había vestido con unos vaqueros y una camiseta en lugar de ponerse uno de sus trajes. Incluso había rebuscado por el fondo del armario hasta encontrar su viejo sombrero Stetson y las botas de cowboy.

Había supuesto que podría alquilar un coche en el aeropuerto, pero se había equivocado, y por eso había acabado con aquella vieja camioneta que rugía como la chatarra. Según el mapa ya no faltaba mucho. En quince o veinte kilómetros llegaría al rancho de Barón.

La radio funcionaba. Tyler buscó por el dial y se decidió por una

emisora de música country. No oía aquella música desde su juventud, cuando criaba caballos en la calurosa Georgia, primero en Boys Ranch y luego por su cuenta, tras licenciarse como marine. Aquella música sentimental estaba hecha para la dura vida de un vaquero, pero en aquel momento solo deseaba olvidar lo que había ido a hacer a Texas, porque cuanto más lo pensaba más se arrepentía.

¿Para qué pagar a un detective privado para que descubriera las circunstancias de su nacimiento y después continuar la investigación solo? Era una estupidez... sin embargo era su vida. Si alguien iba a encontrar las respuestas que necesitaba ese era él.

El motor de la camioneta hizo un ruido extraño y se paró. Tyler miró las agujas del salpicadero. Estaba bien de gasolina y de aceite. La temperatura del motor era normal. Esperó un par de segundos y trató de arrancar de nuevo.

—Maldita sea —dijo abriendo la puerta. El sol pegaba fuerte. Un coro de insectos llenaba el silencio con su zumbido melodioso. Tyler abrió el capó y una bocanada de vapor salió de él. Esperó a que la nube se disipara y se inclinó a revisar el motor. Barro y polvo. Hacía años que solo llenaba el depósito de su Porsche, pero de todos modos lo intentó. Había cosas que un hombre jamás olvidaba. Cosas como por ejemplo que no se podía llegar lejos con el radiador goteando.

Tyler cerró el capó, se limpió las manos en el vaquero y suspiró. Miró hacia adelante y hacia atrás. La vista era idéntica en ambas direcciones: un camino polvoriento con hierba alta y ondulante a los lados y árboles. Estaba en medio de ninguna parte. Sacó el sombrero del coche, se lo puso y revisó el mapa. El camino debía seguir recto unos cuantos kilómetros más antes de torcer a la derecha. De acuerdo con las instrucciones del detective privado tenía que ver la puerta metálica con el logotipo de los Barón mucho antes del desvío.

La única opción era seguir. Si algo le había enseñado la vida era que no servía de nada retroceder. Tyler dobló el mapa, lo guardó en una bolsa y se la colgó al hombro. Se caló el Stetson y comenzó la caminata hacia Espada.

Tras tres semanas de investigación el detective privado había averiguado el nombre del lugar en el que había nacido John Smith: el rancho Espada, en Texas. Bueno, era algo. Al menos sabía que John Smith había nacido en Texas, no en Georgia. Así era como pensaba en el chico que él mismo había sido: como si fuera otra persona. Aquel chaval que había tenido que luchar para hacerse una posición en el mundo no tenía relación alguna con el exitoso hombre de negocios que tenía todo cuanto deseaba.

Ahí estaba, caminando por un sendero polvoriento de Texas cuando tenía una empresa que dirigir, una vida que vivir e incluso, si quería, una relación que arreglar. Adrianna lo había llamado y le había dejado un mensaje. Y no hacía falta leer mucho entre líneas para comprender que estaba deseosa de volver con él, aún en sus condiciones.

El problema era que él no estaba muy seguro de desearlo. Adrianna era encantadora, maravillosa, y había disfrutado mucho con ella, pero la aventura había llegado a su fin. Hasta estaba dispuesto a admitir que la culpa era suya, pero no que lo que ella había dicho fuera cierto. Sí que tenía sentimientos, y si jamás hablaba de amor era porque no estaba dispuesto a mentir.

Le gustaban las mujeres, le gustaban sus risas y su fragancia, pero eso

no significaba que tuviera que admitir que entre ellos hubiera algo más que sexo y amistad. Tratándose de sexo jamás había mentido. Era una necesidad muy poderosa, y si se compartía con una mujer bella, interesante y deseosa, era una de las cosas más placenteras de la vida.

Tyler esbozó una sonrisa. Jamás había tenido problemas para encontrar a una mujer. Sin embargo en ese momento prefería concentrarse en el enigma de John Smith. Porque Smith era un enigma, un enigma tan misterioso que ni su detective había logrado descifrarlo.

—Tengo que decirle, señor Kincaid, que esta es una de las investigaciones más difíciles que he llevado a cabo en mi vida —le había dicho el detective privado la semana anterior.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que solo he podido averiguar lo que ve usted en el informe.

—Cuénteme —había dicho Tyler sonriendo—. Apenas he tenido tiempo de echarle un vistazo. ¿Así que Smith nació en Texas?

—Uh—huh.

—¿En un miserable pedazo de tierra polvorienta?

—No, señor Kincaid, estamos hablando de un rancho del tamaño de un pequeño estado. Fuera de Texas, en cualquier otra parte, Espada tendría su propia bandera. Vacas, caballos, pozos petrolíferos... no es ningún miserable pedazo de tierra, es un reino en miniatura.

—Un reino —repitió Tyler lentamente.

—Sí, se lo aseguro. Lo dirige un viejo cabezota llamado Jonas Barón. Ha cumplido ochenta y cinco años este verano, va por la esposa número cinco. Tiene tres hijos y una hijastra. Es todo un reino con rey, señor, eso es lo que es Espada.

—Y John Smith nació allí pero, ¿quiénes eran sus padres? —inquirió Tyler.

—Bueno, ese es el problema. No hemos podido averiguarlo, pero hay varias posibilidades.

—¿Cuáles? —preguntó Tyler dejando la taza de café.

—Preferiría esperar a conocer todos los hechos, señor.

—No puedo esperar.

—Bien —se aclaró la garganta el detective—, hay un ama de llaves, Carmen, que estaba embarazada ese invierno y que pudo haber dado a luz a mediados del verano.

Tyler asintió y esperó a ver si aquella información provocaba en él alguna reacción, pero no fue así. Fuera quien fuera su madre lo había abandonado, solo un tonto hubiera sentido algo por una madre así.

—Ha dicho que había unas cuantas posibilidades.

—Sí, señor. Había un par de mujeres embarazadas en el rancho, esposas de trabajadores.

—Un lugar fértil, ese rancho.

—Sí.

—¿Alguien más?

—La mujer de Joñas Barón, la primera. Estaba embarazada, pero queda descartada.

—Sí, ya me ha contado que Barón tiene tres hijos.

—Sí, señor Kincaid, pero todos nacieron después de esa fecha. La señora Barón y el bebé murieron en el parto. Están enterrados en el rancho, los dos.

—Con lo cual solo queda el ama de llaves y los cow—boys.

—Exacto, señor. ¿Qué cree usted? ¿Quiere que siga investigando?

Por un momento Tyler vaciló. Fuera quien fuera su ma.dre lo había tratado peor que a un zapato viejo. Pero no importaba, había sabido salir adelante. No estaba muy seguro de por qué había iniciado la investigación, quizá simplemente se hubiera sentido extraño la noche de su cumpleaños. Aunque, por otro lado, jamás había sabido resistirse a los enigmas. Esa era, en parte, la razón por la que había tenido éxito en los negocios. ¿Por qué la gente tomaba una decisión y no otra? ¿Por qué su madre lo había abandonado en lugar de darlo en adopción? ¿Y por qué viajar hasta Atlanta para hacerlo?

—Señor Kincaid... ¿debo continuar? Lo resolvería en un par de semanas, solo hay que ser un poco paciente.

Paciente, reflexionó Tyler. Era lógico, pero sentía que no podía esperar. Asintió, le pidió al detective que continuara con la investigación y, de vuelta en su despacho, se enfrascó en el trabajo. Una hora más tarde, dejó de fingir. ¿Cómo trabajar cuando no hacía sino imaginar un lugar que jamás había visto, fantasear con el rostro de una desconocida que era su madre?

Tyler llamó a su ayudante personal y al vicepresidente de la empresa y les dijo que se marchaba, que se mantendría en contacto telefónico y por e—mail. Ambos se sorprendieron, pero Tyler no los corrigió cuando le desearon felices vacaciones. Y ahí estaba, caminando por un sendero polvoriento en medio de ninguna parte y buscando ciertas respuestas que, seguramente, pronto perderían importancia.

—¡Cuidado!

Tyler escuchó los cascos de un caballo casi al mismo tiempo que el grito, giró y vio al animal bajando desde lo alto de una pendiente. Se apartó del camino y el caballo pasó rozando. Cayó sobre los arbustos y se puso en pie. El caballo y su jinete, un chico delgado que no parecía capaz de dominar al animal, continuaron un poco hasta parar para dar la vuelta y volver hacia él. El caballo relinchó. El chico se levantó en la silla y lo miró.

Tyler esperó a que hablara, a que se disculpara o le preguntara qué tal estaba, pero el chico no dijo nada. Sencillamente volvió a sentarse erguido en la silla. Llevaba una gorra de béisbol calada hasta los ojos, de modo que no se le veía la cara, pero parecía enfadado. Tyler respiró hondo y trató de calmarse. Recogió el sombrero del suelo, lo sacudió y se lo puso.

—Casi me matas —gritó. El caballo ladeó la cabeza, pero el chico no dijo nada. Tyler se metió las manos en los bolsillos y se acercó—. Eh, chico, ¿es que no me has oído? He dicho que...

—Te he oído —dijo el chico en voz baja, con una voz que sugería que estaba acostumbrado a dar órdenes—. Has invadido una propiedad privada.

—Este camino es público.

—Es un camino privado, ¿o debo creer que has abierto la puerta y entrado en el rancho sin ni siquiera enterarte? —Tyler frunció el ceño. No había atravesado ninguna puerta, pero era posible que estuviera en una propiedad privada, al fin y al cabo se había perdido—. Y bien, ¿fue eso lo que ocurrió, vaquero?

Tyler frunció el ceño aún más. La voz de aquel chico tenía algo de especial, le hacía estremecerse. Bajo la gorra sobresalían un par de rizos castaño oscuros. No, no eran castaño oscuro, sino castaño rojizo, dorado, de color caramelo... Debía de llevar demasiado tiempo al sol, era imposible que le interesara tanto la voz y el pelo de un muchacho.

—¿He dicho algo divertido? —preguntó el chaval con frialdad.

—No he visto ninguna puerta —respondió Tyler con frialdad—, pero es igual. Público o privado no tienes derecho a…

El jinete apretó las rodillas y el caballo dio unos cuantos pasos. Tyler llevaba mucho tiempo alejado de los caballos, pero sabía que aquel estaba nervioso.

—Si la puerta está abierta es porque alguien que no debía entrar la ha dejado abierta, y en ese caso te aseguro que va a vérselas conmigo.

—Sí —contestó Tyler despacio—, apuesto a que sí.

—Da la vuelta y vuelve por donde has venido.

La presunción de aquel tono ronco de voz, la orgullosa orden proveniente de un chico que apenas podía tener dieciséis o diecisiete años irritó a Tyler.

—Se te da bien dar órdenes pero… ¿qué pasa cuando tropiezas con alguien que no está dispuesto a acatarlas?

El chico vaciló y después apretó las rodillas contra el caballo. El animal se acercó otro poco más amenazándolo.

—¿Te refieres a qué hago cuando me encuentro con un idiota que no utiliza el cerebro que Dios le ha dado?

—Sí —contestó Tyler alargando la mano de improviso para agarrar al chico de las solapas.

El caballo relinchó y se movió de un lado a otro, pero Tyler no soltó al chaval, que cayó de la silla… Solo que antes de caer, mientras estaba en el aire, Tyler se dio cuenta de que no era un chico. Era una mujer.

Una mujer delgada, pero con todo bien puesto en su sitio. De pechos altos y redondos que quedaron aplastados contra su torso, caderas redondeadas que se estrujaron contra las suyas. Una increíble masa de rizos sedosos cayó por sus hombros al caérsele la gorra. Enormes ojos almendrados, de iris entre verde y dorado, quedaron fijos sobre él: su rostro era fino, pero sus manos fuertes.

—Maldito seas, ¡suéltame!

Tenía la piel cálida, y cálida era también su fragancia. A sudor, a caballo, a verano y a mujer… olía como las cosas que él había conocido una vez y jamás había tenido, y la sensación de tenerla cerca, de sentir sus suaves pechos y sus estrechas caderas, su pelvis y sus largas, larguísimas piernas, lo excitó terriblemente.

Ella debió de notar su erección. Tenía que haberla notado, porque él la tenía prisionera. Tyler vio sus ojos oscurecerse, sus labios temblar. ¿Qué diablos estaba haciendo?, se preguntó. Sin embargo, al mismo tiempo, no podía dejar de preguntarse qué se sentiría tumbándola sobre la suave hierba, cuánto tardaría en desnudarla, en tocarla, en conseguir que el miedo y la ira que veía en sus ojos se convirtiera en deseo…

Tyler dejó caer los brazos y dio un paso atrás.

—Una mujer que trata de hacerse cargo de algo que no puede manejar es idiota.

Caitlin sintió que el corazón le martilleaba en el pecho. ¿Estaba hablando del caballo o de lo que acababa de ocurrir entre ellos dos? Lo que había dicho sobre el camino era solamente eso, palabras. ¿Qué podía importarle a un hombre como aquel si había entrado en una propiedad privada o no? Estaba sola, y aunque fuera fuerte, estaba indefensa ante aquel hombre. Había sentido todo su poder, toda su aterradora masculinidad… y algo más, algo que la asustaba aún más. Por un instante,

en sus brazos, se había sentido como un gato despertándose lentamente bajo las caricias de su mano.

El calor comenzó a sofocarla. Caitlin se inclinó y recogió su gorra, pero al levantar la cabeza la expresión de su rostro era ya inmutable. El único modo de manejar una situación como aquella era no mostrar miedo, aunque su corazón latiera como un tambor.

—Te aseguro —dijo ella enojada— que sé manejar a la yegua. Y en cuanto a ti, si te das la vuelta y vuelves por donde has venido no llamaré a la policía.

—¿A la policía? —rió Tyler—. ¡Sí que eres atrevida! Estamos en medio de ninguna parte y tú me amenazas.

—Estamos en una propiedad privada, ya te lo he dicho. Y eso era una promesa, no una amenaza —aseguró Caitlin mirándolo de arriba abajo.

Aquel tipo era un vagabundo. El sombrero, las botas, el hecho de que viajara a pie por la calurosa Texas, y sin embargo tenía algo... Y no era simplemente su aspecto: largas y musculosas piernas, estrechas caderas, hombros anchos. Su rostro era bien parecido, moreno y peligroso. Pero había algo más. Su forma de estar, quizá, o su forma de mirarla con aquellos ojos verde esmeralda. Tenía autoridad, lo cual era ridículo. Los vagabundos jamás tenían autoridad, jamás tenían ese aire de seguridad...

—¿Paso el examen? —inquirió él.

Los ojos Caitlin se fijaron en los de él. Tyler la observaba bajo unas largas pestañas negras con expresión indescifrable. Caitlin sintió que se ruborizaba, pero luchó contra ese rubor y contra el deseo de apartar la vista de él.

—Texas está lleno de gente como tú —replicó ella.

—¿Sí? ¿Y cómo soy?

—Eres un vagabundo, necesitas trabajo, un lugar donde dormir y una buena comida.

Tyler estuvo a punto de echarse a reír, pero luego lo pensó mejor. Tras ella, el caballo los observaba comiendo hierba.

—¿Y?

—Y nosotros no contratamos vagabundos. Aquí en Espada no vas a encontrar trabajo.

Tyler se sobresaltó como si le hubiera dado una bofetada. Espada, por supuesto. Había estado tan ocupado jugando con la dama que...

—Espada —repitió—. Tú eres Caitlin McCord, la hijastra de Barón.

—¿Cómo sabes eso? —preguntó ella sorprendida.

—Todo el mundo lo sabe —respondió Tyler maldiciéndose en silencio por el desliz—. La gente habla. Después de todo, Espada es el rancho más grande de Texas.

—Entonces tienes que saber que lo que he dicho es cierto. No contratamos...

—He venido a ver a Barón.

—Imposible, no está.

—Esperaré.

—Tardará varios días en volver.

—Es igual, esperaré.

—Es un país libre. Si quieres esperar, espera, pero no en tierras de los Barón.

Caitlin se dio la vuelta. Era un gesto de desprecio. Pero Tyler la agarró del brazo y la giró hacia él.

—¡Maldita sea, no me des la espalda... !

La brusquedad del movimiento inquietó al caballo, que se echó atrás y relinchó moviendo la cabeza. Caitlin no lo vio, pero sintió el aliento del animal y vio los ojos alarmados del vagabundo, que gritó y la agarró de los hombros para tirarla al suelo y hacerla rodar para evitar los cascos del caballo. Durante unos minutos yacieron juntos en el suelo, con los brazos y las piernas enredadas mientras él la clavaba a la tierra.

Caitlin se levantó, se sacudió la ropa y observó. La yegua se movió inquieta, pero el extraño la sujetó y, tras unos instantes, se calmó. Entonces la acarició y le susurró algo al oído. El caballo se quedó quieto y finalmente presionó la cara contra el hombro de él.

—Ya está tranquila.

—Sí, eh... gracias. Es una yegua nueva, ya sabes, está asustada...

—Es nueva y está asustada, y necesita saber quién es el jefe. ¿A que sí, bonita? —inquirió él, dirigiéndose a la yegua.

—Parece que... que sabes de caballos.

—¿Y de qué otra cosa crees que podría saber, señorita McCord?

De mujeres, pensó Caitlin. De eso era de lo que sabían los hombres como él, pensó mientras un estremecimiento la recorría.

—Bien, entonces, ¿qué? ¿puedes contratar a un hombre que sabe de caballos?

—Escucha, te... te agradezco lo que acabas de hacer, pero...

—Kincaid, me llamo Tyler Kincaid —dijo él alargando la mano. Ella tardó en reaccionar—. ¿Señorita McCord?

Por fin le tendió la mano. Los dedos de él la agarraron suavemente. Eran fuertes y cálidos, pero eso ya lo había imaginado. Lo había visto acariciando a la yegua. ¿Acariciaría igual la piel de una mujer?, se preguntó Caitlin sonrojándose.

—Está bien, puedes quedarte una semana de prueba. El rancho está a tres kilómetros tras esa pendiente. Habla con Abel, es el capataz. Dile... ¡Eh, eh, Kincaid! ¿Qué haces?

Demasiado tarde. Tyler Kincaid se había subido al caballo y le tendía la mano como si la yegua y las tierras fueran suyas y fuera ella quien hubiera invadido una propiedad privada.

—No puedes pedirme que vaya caminando con este calor, ¿no crees? —sonrió él lentamente.

Caitlin le dio la mano y subió. Acababa de cometer un error, pero era demasiado tarde para remediarlo. Tyler se inclinó sobre el animal, le susurró algo y el caballo salió volando como si se lo llevara el viento.

Capítulo 3

HABÍA sido fácil convencerla, pero lo cierto era que había sido ella quien se había inventado la historia, no él. A la tercera mañana como empleado de Espada, Tyler mismo estaba dispuesto a creerla. En una ocasión, hacía mucho tiempo, casi una vida, había trabajado de cowboy y había ido de rancho en rancho en busca de empleo. Y no tenía otra forma de acercarse a Barón, de modo que se había conformado con aquella. Pero el que desde luego no se creía la historia era el capataz, que no perdía detalle.

—Este es Tyler Kincaid —lo había presentado Caitlin—. Dale trabajo, cama y comida.

Luego, ella se había dado la vuelta y se había encaminado hacia la casa, y Tyler no había dejado de observarla.

—Kincaid, la señorita Caitlin no es una empleada, es de la familia.

—Sí, ha sido ella la que me ha ofrecido el empleo —sonrió Tyler, consciente de la advertencia.

—Exacto. Me llamo Jones, Abel Jones —escupió—, soy el capataz. ¿Dónde has trabajado?

—Aquí y allá —contestó Tyler sonriente.

—No eres de por aquí.

—No.

—Del sur, ¿a que sí?

—Sí, de Georgia. Pero nací en Texas. Era la primera vez que Tyler decía algo así, que lo pensaba siquiera.

—¿Y qué sabes hacer?

—Manejo la cuerda, arreglo lo que haya que arreglar, y soy muy bueno con los caballos.

—Bien, pues haz tu trabajo y no tendrás ningún problema.

Tyler captó la segunda advertencia, pero no dijo nada. Siguió a Manuel al cobertizo en el que estaban las habitaciones de los empleados mientras Abel lo esperaba fuera.

—Tengo hambre —dijo al salir—. Hace mucho que no como nada.

—Pues no pareces escuálido —comentó Abel—. Está bien, ve a la casa grande por la puerta de atrás y dile a Carmen que te dé de comer.

La casa grande era imponente, pero no más que su casa de Atlanta. Tyler trató de contener los nervios al pensar que quizá fuera su madre quien le abriera la puerta. Carmen era una mujer oronda de rostro redondo. Y no era su madre. Lo supo en el mismo instante en que la vio.

—¿Señor?

—Me manda Abel, ha dicho que quizá usted pueda darme algo de comer.

Carmen sonrió, le hizo sentarse a una mesa y le preparó unos huevos rancheros, pastas y café.

—Los hombres de Espada tienen suerte de tenerla a usted para cocinar. Y sus hijos —comentó Tyler indagando.

—¡Ah, mis hijos! —contestó Carmen contenta.

Y acto seguido le contó que tenía una hija en la universidad, Esme, de veinte años, y un hijo, Esteban, que era médico en Austin y pronto cumpliría treinta y cinco. Tyler asintió, pero no pudo evitar sentir cierto vacío interior.

—La comida estaba estupenda, Carmen —se despidió besándola y marchándose a buscar a Abel para que le diera trabajo.

Y Abel, efectivamente, le dio trabajo. Tyler se pasó varios días

descargando sacos de una camioneta. Y todo el tiempo, hiciera lo que hiciera, permaneció alerta. Alerta a cualquier pista que pudiera explicar cómo encajaba él en el rompecabezas de Espada. Miraba cada cosa como si fuera la llave que pudiera desvanecer el misterio de su pasado, y por fin, a la tercera mañana, Caitlin McCord apareció por los establos y Tyler supo que se había estado engañando. En parte, había estado buscando una pista, pero también había estado esperando volver a verla.

Era un caluroso día, y el cielo brillaba azul sin una nube o un soplo de viento que suavizara la temperatura. Tyler estaba sudando, igual que el resto de los hombres. Hasta los caballos sudaban. Sin embargo, Caitlin parecía inmune. Llevaba una camiseta sin mangas que revelaba la musculatura de los brazos, y Tyler no pudo evitar preguntarse cómo era posible que jamás se hubiera dado cuenta de lo sexy que podían llegar a ser unos brazos. Iba en vaqueros como él, y se le ajustaban al trasero y a las piernas increíblemente largas. Llevaba el pelo recogido atrás, pero un par de rizos escapaban adornando su frente.

Tyler respiró hondo. Ella era como un vaso de agua fresca y clara, y estaba sediento. Tyler soltó el último saco de la camioneta y se irguió. Caitlin iba a pasar por su lado, a escasos metros, sin mirar a ningún lado, con la vista fija al frente. Iba a pasar fingiendo no verlo.

Al diablo, se dijo Tyler interceptando su paso.

—Buenos días.

—Buenos días —respondió ella fría, echándose a un lado para pasar.

Pero Tyler se echó al mismo lado que ella bloqueándole el paso.

—Hace un día precioso.

—Sí, mucho —contestó ella dando un paso a la derecha. Tyler la siguió—. Señor Kincaid…

—Bueno, eso ya es algo. El otro día me llamabas Kincaid, pero ahora que trabajo aquí y soy tu empleado soy señor.

—Ni esta es mi propiedad ni tú eres mi empleado, Kincaid. El rancho es de Jonas Barón.

—Y tú eres su hijastra.

—Exacto.

—Pues perdona, pero no veo la diferencia.

—Yo no soy una Barón, Kincaid, y eso significa que no tengo derechos sobre Espada, y nunca los tendré. Y ahora, si me disculpas…

—¿Hay alguna razón por la que me estés evitando, McCord?

—Yo no… —Caitlin se ruborizó—… no me gusta que nadie se ría de mí.

—Disculpe, señorita McCord, pero no me estaba riendo, era solo un comentario.

—Pues aquí tienes otro comentario, Kincaid —respondió Caitlin con ojos brillantes—. Es muy interesante ese acento tejano que has desarrollado en estos días, pero puedes ahorrarte el perdón y el disculpa. Esas expresiones resultan falsas proviniendo de ti. No creo que jamás te hayas excusado ante nadie en tu vida.

—Yo soy del sur, señorita McCord, y en el sur somos todos unos caballeros. ¿Cree usted que un caballero le mentiría a una dama?

—No hablabas así cuando nos conocimos, Kincaid.

—Quizá estuviera tratando de impresionarte.

—O quizá estuvieras tratando de convencerme de que eres lo que no eres.

—Y eso, ¿qué significa? —inquirió Tyler.

—Significa que Abel no cree que seas lo que dices ser, y yo estoy empezando a creer que tiene razón.

—¿Por mi forma de hablar?

—Por tu forma de actuar, Kincaid. No eres el vagabundo que pretendes. Eres el primer jornalero que contratamos con teléfono móvil.

—Y tú eres la primera patrona que hurga en mis cosas —respondió Tyler irritado.

—Uno de los hombres te vio usándolo. ¿O es que vas a negarlo?

—No tendría sentido.

Tyler alargó la mano para alcanzar la camisa que colgaba de la camioneta. Su fragancia llenó el aire en una mezcla de sol y hombre. El brazo desnudo de Tyler rozó ligeramente el de ella. Caitlin sintió que su corazón retumbaba. Era ridículo. No confiaba en Tyler Kincaid, no le gustaba, y desde luego no disfrutaba con él medio desnudo a escasos pasos. Muchos de los hombres trabajaban así en las horas de sol, sin camisa, pero todos ellos se habrían cubierto para hablar con ella en lugar de exhibir su cuerpo. Por fin Tyler se puso la camisa pero, ¿por qué no se abrochaba todos los botones? Caitlin no quería mirar el vello de su pecho, ni seguir su dibujo que se estrechaba por el abdomen hacia abajo, hacia...

—¿Señorita McCord? —inquirió Tyler con una leve sonrisa que bastó para que Caitlin comprendiera que lo había hecho a propósito. Se había exhibido deliberadamente, como si a ella pudiera importarle su cuerpo—. Hay muchas cosas fuera de la ley, pero esa no es una de ellas.

—¿Cómo dices?

—Digo que no es ilegal llevar móvil —explicó él.

—No eres un vagabundo —repitió Caitlin—. ¿Por qué dijiste que lo eras?

—Fuiste tú quien lo dijo, no yo.

—Pero tú no trataste de corregirme, Kincaid.

—¿Corregirte? —rió él—. Puedes esperar si quieres —repitió él imitándola—, pero no en tierras de Barón. Eso fue lo que dijiste. Pensé que si te desobedecía daría con los huesos en la cárcel.

Caitlin se ruborizó, pero mantuvo alta la cabeza en un gesto de indignación.

—Entonces, ¿quién eres? ¿Y qué quieres de Espada? —Tyler vaciló. Podía decir la verdad, pero su instinto de conservación le aconsejaba no hacerlo. En Espada había secretos, lo intuía—. Kincaid, te he hecho una pregunta.

Tyler la miró. Y entonces se preguntó qué diría, qué haría si él le dijera que lo que quería hacer, desde el primer instante nada más verla, era tomarla en sus brazos y tumbarla sobre la hierba, quitarle aquella ropa de chico que escondía un cuerpo femenino y encender la chispa que sabía que corría por sus venas.

—Ya te he dicho lo que quiero —respondió en cambio cargándose un saco al hombro y entrando en el establo—. Quiero hablar con Jonas Barón.

—¿Sobre qué?

—Eso no es asunto tuyo —respondió él dejando el saco en el suelo.

—Todo lo que ocurre en este rancho es asunto mío.

—Pero si acabas de decirme que no, que no eres una Barón, ¿recuerdas?

—Yo llevo Espada, Kincaid, será mejor que te lo metas en la cabeza.

—Estupendo, pero mis negocios con Barón no tienen nada que ver con

Espada. Y ahora, si has terminado de interrogarme, McCord, aún tengo sacos que cargar y establos que limpiar, así que…

—¿Establos que limpiar? ¿Y qué hay de los caballos?

—¿Qué pasa con los caballos?

—¿Por qué no estás trabajando con ellos?

—Pregúntale a Abel, él sabrá —respondió Tyler rozándola al pasar por su lado.

—Le dije que eras bueno con los caballos —continuó ella siguiéndolo y saliendo del establo—. Y sabe muy bien que tenemos caballos que domar.

—Lo siento —se disculpó Tyler tomándola del codo al ver que se echaba hacia atrás.

—Es… está bien.

Caitlin sintió que el corazón se le aceleraba. Tyler mantenía las manos sobre ella. Sus ojos brillaban como piedras preciosas en la oscuridad del establo. Caitlin contempló sus profundidades verdes y descubrió en ellas algo que le aceleró el pulso.

—Hablaré con él. Con Abel, quiero decir. Le diré que te dé un trabajo mejor.

Una sexy sonrisa curvó los labios de Tyler tan peligrosamente que Caitlin sintió que se le cortaba la respiración.

—Bien —dijo él con voz ronca. Un escalofrío la recorrió al ver que Tyler contemplaba sus labios para volver la vista después a sus ojos—. Me gusta que me empleen bien.

—Con… con los caballos.

De nuevo aquella lenta sonrisa curvó los labios de Tyler.

—Por supuesto.

Caitlin sabía que se había ruborizado. Lo detestaba, pero más detestaba aún a aquel insufrible y egoísta macho que la había hecho sonrojarse.

—Suéltame, por favor.

—Siempre una dama —comentó él con voz ronca—. Solo que no te creo. A veces no eres la dama que pretendes.

—Siempre soy una dama —dijo ella.

—En ese caso… —las manos de Tyler se deslizaron hacia arriba por sus brazos, hacia los hombros—… quizá haya llegado el momento de enseñarte lo que te estás perdiendo, McCord.

—Kincaid —lo llamó ella con voz débil, apenas sin aliento. Caitlin no podía creer que fuera su voz—. Kincaid, quítame las manos de encima.

—Lo haría pero… en realidad no es eso lo que quieres, ¿verdad?

—Escucha, arrogante egoísta…

—¡Kincaid!, ¿dónde te has metido?

Era Abel. El eco de sus pisadas irrumpió en la tensión del momento. Tyler dejó caer las manos y dio un paso atrás, y ella se alejó justo cuando el capataz entró.

—¿Algún problema, señorita Caitlin?

—Sí, quiero que le digas a este hombre… que le digas… —Caitlin miró a Tyler—. A partir de mañana quiero que trabaje con los caballos, con la yegua nueva. ¿Me has oído, Abel?

—Sí, madam, me ocuparé de ello.

Caitlin se apoyó contra la valla y observó a Tyler, que domaba a la yegua. Hubiera deseado haber seguido su instinto y haberlo despedido. Había llamado a Jonas a Nueva York, y Jonas le había ordenado que lo

hiciera esperar, que se quedara.

—Ese hombre trama algo, Caitlin —había dicho Jonas—. Quiero que se quede hasta que vuelva. Pero ten cuidado, ¿me oyes? No le des la espalda.

Y desde entonces Caitlin no le había quitado el ojo de encima. Pero en ese momento, precisamente, eso era lo que hacían todos. Incluido Abel, junto a ella.

—Ese hombre tiene buenas manos —comentó Abel.

—Sí, eso parece.

—¿Le has preguntado qué hace aquí? No es un vagabundo.

—Ha venido a hablar con Jonas.

—¿Para limpiar establos? —soltó Abel—. No me lo creo.

—Escucha, Abel, Kincaid no es nuestro problema. Quería un empleo y se lo dimos, ¿no?

—Supongo, pero hace muchas preguntas.

—¿Preguntas?, ¿qué preguntas?

—Esto, lo otro, todo. Le pidió a Carmen que le contara cosas de ella y de sus hijos, y le preguntó a un par de hombres si llevaban mucho tiempo en Espada, cómo era en los viejos tiempos, esas cosas.

—Preguntas peligrosas, ¿eh?

—Bueno, solo quería que lo supiera, señorita Caitlin. Las cosas no siempre son lo que parecen.

—Te lo agradezco —respondió Caitlin observando cómo la yegua se acercaba a Tyler—. Seguramente será un cow boy que cree haber descubierto el modo de hacerse rico y quiere contárselo a Jonas —sonrió—. Y los dos sabemos cómo va a tratarlo Jonas.

—Sí, madam, Kincaid saldrá de aquí tan rápidamente que la cabeza le dará vueltas.

Abel se marchó y Caitlin siguió observando a Tyler. Era hábil, fuerte y tenía autoridad, pero también era amable, y la yegua respondía. Como ella. La sola idea la incomodaba.

El sol, amarillo y brillante, estaba alto en el cielo. Tyler llevaba la camisa puesta, estaba sudando. Se adivinaban sus músculos tras la fina tela. Caitlin se ruborizó. Miró a un lado y a otro. Los hombres estaban atentos a Tyler y la yegua. Algunos le daban consejos.

Tyler los miró, sonrió. Sin embargo en ninguna ocasión la miró a ella. Eso la molestó, aunque supiera que era una estupidez. Entonces la yegua comenzó a dar signos de cansancio. Tyler acarició sus orejas, le susurró algo al oído y ladeó la cabeza.

—Ya es suficiente por hoy. Llévatela, Manuel. Y dale un poco de esa avena que tanto le gusta.

Caitlin esperó a ver la reacción de Manuel pero este, en lugar de decirle que no era quien para darle órdenes, obedeció. Lo mismo había ocurrido minutos antes con un empleado mayor. Tyler era bueno dando órdenes. Eso la molestaba. ¿Qué hacer cuando un simple vaquero manejaba a sus hombres? Tenía que forzar la situación, descubrir quién era Kincaid.

Los hombres se dispersaron. Kincaid se encaminó hacia ella. Tenía el andar lento de los hombres que pasan mucho tiempo a caballo, pero con una gracia masculina y una autoridad natural que jamás había visto en nadie más que en Jonas y sus hermanastros. Había algo familiar en su forma de caminar, de estar…

—Se acabó la función —dijo Tyler—. Ya puedes marcharte.

Caitlin se ruborizó. Retiró los brazos de la valla y dio un paso atrás.

—¿Qué has dicho?

Tyler sonrió con insolencia, con una sonrisa cómplice y peligrosamente sexy. Abrió la verja y salió.

—Ya me has oído, he dicho que se acabó la función. Caitlin tembló de ira. Lo observó quitarse la camisa para secarse el sudor con ella y dijo:

—¿Necesitas exhibirte?

—Hace calor y he trabajado mucho, pero si tú crees que eso es exhibirse pues sí.

—Te pasas de la raya, Kincaid.

—Soy sincero, McCord.

—Eres insolente, y están tan pagado de ti mismo que es un milagro que no explotes.

—Eso me han dicho.

—Apuesto a que sí —respondió Caitlin poniéndose en jarras—. ¿Qué diablos crees que estás haciendo, Kincaid?

—Demonios, señorita McCord, eso ya lo hemos hablado.

—Sí, dices que no es asunto mío, pero yo creo que sí. Quiero respuestas, y las quiero ya.

—Te lo he dicho, tengo negocios con Jonas Barón —contestó Tyler colgándose la camisa al hombro y caminando hacia el barracón de los empleados.

—¿Qué tipo de negocios? —inquirió Caitlin siguiéndolo, corriendo para igualar su paso—. ¡Maldita sea, quédate quieto cuando te hablo!

—¿Utilizas siempre ese tono de voz con los empleados?

—Contesta a mi pregunta, Kincaid. ¿Qué estás haciendo en Espada?

Tyler la miró a la cara. Caitlin estaba ruborizada, y sus ojos echaban chispas de ira. Pero él sabía por qué. Ella había estado observándolo con la yegua. Bueno, en realidad había estado observándolo desde el día anterior. Después de tres días en los que apenas la había visto de pronto la veía por todas partes. Aunque por supuesto jamás la pillaba observándolo. En cuanto volvía la vista, Caitlin McCord huía nerviosa como una mariposa.

Un músculo vibró en la sien de Tyler, pero él sabía muy bien por qué. Algo había prendido entre ellos dos, algo eléctrico y caliente, algo primario y pagano. Lo que ambos querían era dar rienda suelta a esa pasión. Él lo sabía, ella lo sabía… y a ella no le gustaba.

Ella era demasiado buena para él. O eso, al menos, era lo que ella pensaba.

—¡Maldita sea, Kincaid, te he hecho una pregunta!

Tyler se dio la vuelta repentinamente, caminó hasta el viejo abrevadero de los caballos y metió la cabeza en el agua.

—Y yo te he contestado —respondió sacando la cabeza.

Luego se pasó la mano por los cabellos y se secó la cara con la camisa. Caitlin trató de no quedarse mirando las gotas de agua que colgaban de sus cabellos y caían como diamantes por su piel morena.

—No eres de aquí.

—¿No?

—No, no eres un vaquero.

Tyler suspiró, se apoyó en el abrevadero y se cruzó de brazos.

—Escucha, no estoy haciendo nada malo. Dijiste que Barón no estaba, me ofreciste un empleo y lo acepté. ¿Por qué complicar más las cosas?

—Quizá cometiera un error —confesó Caitlin tensa.

—Quizá —repitió Tyler dando un paso adelante—, pero eso no tiene

nada que ver con el hecho de que quieras saber por qué vine a Espada, ¿verdad?

—Por supuesto que tiene que ver, soy la encargada de Espada ahora que Jonas no está.

—Soy yo quien te hace sentirte incómoda —dijo él en voz baja dando un paso adelante mientras Caitlin daba un paso atrás.

—No seas tonto, no te tengo miedo.

—¿No? —inquirió Tyler sonriendo.

—Por supuesto, yo solo…

—Entonces quizá tengas miedo de ti misma.

Tyler alargó la mano y la puso sobre su mejilla, y Caitlin contuvo el aliento. Era un gesto sencillo pero íntimo, y a ella no le gustó. Igual que no le gustó su media sonrisa o la forma en que su corazón se sobresaltó al notar los dedos de Tyler sobre su piel.

—No hagas eso —dijo apartando la cara a un lado.

—Sentía tus ojos fijos sobre mí cuando estaba con esa yegua —dijo él alargando la mano de nuevo. Caitlin, sin embargo, retiró la cara antes de que pudiera tocarla—. Me resultaba difícil concentrarme.

—Está bien, ya es suficiente. Debería haberlo hecho antes. Kincaid, estás despedido.

—¿Por qué? ¿Por decir la verdad?

—Creo que no me has oído, vaquero. ¡Estás despedido! Pregúntale a Abel cuánto te debo y…

Caitlin gritó. Tyler la agarró de una muñeca y la arrastró detrás del cobertizo de empleados. Ella trató de liberarse, pero él la agarró por las dos muñecas y la empujó contra la pared sujetándola y clavándola a ella. El corazón de Caitlin se paró, y sus ojos pasaron del verde al negro. Tyler era un hombre duro, peligroso, salvaje e increíblemente excitante.

—Gritaré —dijo ella con voz trémula.

Tyler se echó a reír. Lo sabía, y ella también lo sabía. Ella estaba tan excitada como aterrorizada. En ese momento era incapaz de decidir a quién odiaba más, si a Tyler Kincaid o a sí misma.

—¿Te asusta, Caitlin?

—¡Suéltame! Suéltame o verás…

—¿Cuánto deseas a un hombre como yo? ¿Es eso lo que te asusta, Caitlin?

—No, no hay nada que me asuste —respondió ella esforzándose por sostener su mirada, diciéndose a sí misma que él no podía hacerle daño, que no le haría daño. El cobertizo los ocultaba, pero no estaban solos. Había hombres trabajando a poca distancia—. Kincaid —dijo en voz baja. Los labios de Caitlin se abrieron. Se los humedeció con la punta de la lengua. Tyler siguió con la mirada ese movimiento, y Caitlin se excitó al darse cuenta—. Kincaid, escucha, esto es un error, tienes que darte cuenta. No puedes salirte con la tuya llevándote…

—¿Es eso lo que crees, que voy a raptarte? —Tyler se echó a reír—. ¡Demonios! Crees que me conoces bien, ¿verdad?

—¡Suéltame, maldita sea!

—Primero respóndeme a una pregunta.

—No estás en posición de exigir, Kin…

Tyler cambió el peso de su cuerpo de una pierna a la otra moviéndose contra ella justo lo suficiente como para que Caitlin notara su excitación. Ella contuvo el aliento y sintió el calor y la excitación de su propia respuesta.

—Una pregunta —repitió él en voz baja juntando las dos muñecas de ella para sujetarlas con una sola mano y alzar su rostro—. ¿Te gusta observarme?

Caitlin lo miró mientras trataba de calmarse.

—Ya te lo he dicho, no estaba... Tyler inclinó la cabeza y rozó con sus labios los de ella.

—La verdad —susurró.

—No, no, no me gusta, yo...

Caitlin contuvo el aliento al sentir que él volvía a rozar sus labios, al notar que la acariciaba una y otra vez y después mordisqueaba su labio inferior. Tenía que gritar, se dijo a sí misma. Gritar y conseguir que los hombres...

Tyler mordió su labio inferior y lo saboreó suavemente en la boca. Un gemido escapó de la garganta de Caitlin. Trató de contenerse, pero Tyler lo oyó, lo sintió en su boca, y aquello le hizo gemir a él. Entonces, la tomó en sus brazos y la besó.

Capítulo 4

NINGUNA experiencia anterior hubiera podido prepararla para un beso como el de Tyler. El primer beso entre un hombre y una mujer debía de ser lento y dulce, cauto.

Pero el beso de Tyler no fue así. Sus labios ardían sobre los de ella, sus brazos la sujetaban con fuerza contra sí. Se sentía arrastrada por un torbellino de deseo, inmersa en el temor ante lo que estaba sucediendo. Jadeante, trató de apartar la cara de él, pero Tyler tomó su rostro entre las manos y volvió a posar su boca contra la de ella otra vez...

Caitlin gimió una vez más y Tyler escuchó aquel sonido y comprendió que se trataba de una rendición. Los brazos de Caitlin se enroscaron en su cuello mientras trataba de elevarse hacia él, de acoplar su cuerpo contra el de él. Gimió, recorrió con las manos la espalda de Caitlin, abrazó su trasero y la levantó sobre la V de sus piernas abiertas. Quería que ella supiera lo que había hecho con él, que supiera que lo había transformado en un salvaje atento solo al deseo.

Caitlin se restregó contra él deliberadamente, provocativamente. Tyler sintió la presión de sus pechos, el movimiento de sus caderas. Los oídos le zumbaban mientras susurraba el nombre de ella, su voz se hizo ronca mientras le sacaba los faldones de la camisa del vaquero para sentir el terciopelo de su piel. Caitlin temblaba en sus brazos.

—Tyler —susurró ella contra su boca.

Solo eso, su nombre en los labios de ella, fue suficiente para terminar de volverlo loco.

—Sí —dijo él—, sí, eso es. Soy yo quien te toca, yo...

Las manos de Tyler se cerraron en torno a sus pechos. Ella gimió, se retorció contra él sintiendo cómo su carne, redonda y dulce, se movía en las callosas palmas de sus manos, entre sus dedos, que se deslizaban por la carne anhelante del pezón convirtiendo su cuerpo en miel líquida.

—Por favor, Tyler, por favor... —rogó ella con voz rota.

Él gimió, bajó las manos hasta sus vaqueros, abrazó con ellas su trasero y la levantó, atrayéndola más hacia sí. Sus nervios, sus músculos, su corazón, toda ella latía de deseo. Sí, pensaba, sí, sí, sí...

—¡Tú, sinvergüenza!

Caitlin escuchó el grito y sintió el golpe de una mano sobre la espalda de Tyler reverberando en su cuerpo. Tyler gruñó. Caitlin abrió los ojos y vio, por encima de su hombro, el rostro iracundo de su padrastro.

La respuesta de Tyler fue instantánea. El duro chaval de su infancia seguía vivo en él. Arrojó a Caitlin a un lado, bajó la cabeza y levantó el puño para pegar a su asaltante. Jonas se tambaleó y dio un paso atrás. Sacudió la cabeza, miró a Tyler y volvió hacia él. Sin embargo Tyler tuvo tiempo de reaccionar y de ver que su contrincante era un hombre mayor.

—Demonios, déjalo ya, abuelo —dijo bajando los brazos—, no puedo pegar a un viejo.

—Prueba conmigo —contestó Jonas volviendo a pegarlo.

Entonces fue Tyler el que se tambaleó, atónito ante la agresividad del anciano más que por la fuerza de su golpe. Aquello era ridículo, se dijo. ¿Qué hacer?, ¿rendirse como un cobarde o inscribir su nombre en el libro de los récords como el hombre que venció a un anciano?

—¡Levanta esos puños y pega! —exclamó Jonas—. ¡Te voy a dar una paliza!

—¡Alto! —gritó una mujer rubia y esbelta corriendo hacia ellos—. ¡Alto ahora mismo!

—¡Tú apártate, Marta!

—¡No, Marta tiene razón, basta ya! —gritó Caitlin. Tyler levantó las manos en alto con las palmas hacia afuera.

—Escucha, esto es una tontería, tengo por lo menos treinta años menos que tú.

—Más, diría yo —respondió Jonas—, pero si piensas que me importa golpear a un bebé te equivocas.

Tyler no pudo evitarlo, se echó a reír. Y los ojos azules del anciano brillaron de ira.

—¡Demonios! —exclamó Tyler agarrando con rapidez el brazo del viejo y retorciéndoselo detrás de la espalda.

—Tyler —ordenó Caitlin desesperada mirando a su alrededor. Los empleados habían comenzado a arremolinarse en torno a ellos—. Por favor, suéltalo —Tyler la miró con ojos brillantes. Estaba disfrutando, comprendió Caitlin—. Kincaid —ordenó serena—. He dicho que lo sueltes.

—Te he oído, McCord, pero no puedo soltar a un hombre que está decidido a matarme.

—Tiene razón —gruñó Jonas—. En cuanto me suelte, lo mato.

—¿Lo ves? Si lo suelto, se me echará encima, y entonces me veré obligado a reducirlo —sonrió Tyler fría, peligrosamente—. Tú eliges, abuelo. ¿Quieres que sigamos así un par de horas o vas a comportarte como debes?

—¡Maldita sea, Kincaid! —exclamó Caitlin—. Dijiste que habías venido a ver a Jonas Baron. Bueno, pues es a él a quien tienes prisionero.

Aquello era un desastre, pensó Tyler. No había forma mejor de asegurarse de que Jonas Baron no respondiera a sus preguntas. Lo había humillado delante de sus empleados. Pero tenía que haber alguna forma de soltar al tigre después de haberlo agarrado por la cola.

—De no haber sido por esa técnica de kung fu te habría mandado a otro estado.

—No era kung fu, era talento. Tú tampoco luchas mal para tener un pie en la tumba.

Uno de los empleados se echó a reír. Caitlin se volvió enojada hacia ellos y dijo:

—Está bien, ya basta. El que siga aquí dentro de dos segundos puede pedir su finiquito. ¡Pronto! —los hombres se dispersaron—. Os habéis comportado como niños. Los dos.

—Escucha —le dijo Tyler a Jonas—, comprendo que te pusieras así. Debe de ser difícil tragar una escena como ésa. Es muy incómodo encontrarse con una hija... eh... en brazos de un hombre.

—¿En brazos de un hombre? —repitió Jonas—. ¡De no haberos interrumpido ahora estaríais en un pajar!

—¡Maldito seas, Jonas! —gritó Caitlin—. ¡Eso no es de tu incumbencia!

—¡Por supuesto que sí, eres mi hija! A ningún hombre le gusta ver cómo manosean a una hija.

—¡Oh, por el amor de Dios! —gritó Caitlin dando una patada en el suelo—. Yo no soy tu hija, soy tu hijastra. Bien te has encargado tú de recordármelo un millón de veces en los últimos años. Y no me estaba manoseando. ¡Demonios, era yo la que lo manoseaba a él! —añadió poniéndose en jarras—. ¿Y sabes qué? ¡Que sois tal para cual!

Marta deslizó un brazo por la cintura de Caitlin y ambas mujeres se

marcharon a la casa grande sin mirar atrás. Tyler y Jonas las observaron, y este último se aclaró la garganta.

—Está bien, la chica ha dicho la verdad, esto es una estupidez. Tú me sueltas y yo doy marcha atrás. Empezamos por el principio, ¿trato hecho?

—Trato hecho —afirmó Tyler soltándolo tras vacilar unos segundos.

Jonas gruñó, se frotó las manos para volver a sentir la circulación y miró a Tyler. Y sonrió.

—Te he dado un buen golpe en la mejilla.

Tyler se restregó la mejilla, se miró la mano ensangrentada y luego miró a Jonas.

—Sí, pero tú vas a tener moratones durante un mes.

—Quizá.

Ambos hombres se quedaron en silencio y luego sonrieron mirándose el uno al otro.

—Así que tú eres Kincaid.

—Sí.

—¿Te ha contratado Abel?

—No, me contrató tu hijastra.

—Sí, fue ella, es cierto.

Tyler sonrió. Fue una sonrisa rápida, inteligente.

—Me contrató para que cuidara de los caballos, soy bueno domándolos.

—Apuesto a que sí —afirmó Jonas inclinándose para recoger su sombrero—. Caitlin dice que quieres tratar un asunto conmigo.

—Sí, así es. Es un asunto importante.

—Bien —asintió Jonas—, lávate y ven a la casa grande cuando estés listo —ordenó observando sus botas sucias, su camisa rasgada, su mejilla ensangrentada y sus ojos verdes indescifrables—. Pareces un vagabundo y puede que sepas domar un caballo, Kincaid, pero tengo la sensación de que no es con eso con lo que te ganas la vida, ni es por esa razón por lo que has venido a Espada.

—Pues yo he oído que eras un hombre duro, Baron, duro e inteligente, y por lo general no doy crédito a los rumores, pero en esta ocasión creo que sí son ciertos. Te veré dentro de veinte minutos.

—Que sean quince —replicó Jonas dirigiéndose hacia la casa.

Veinte minutos más tarde Tyler llamaba a la puerta principal de la casa grande. Se había duchado, cambiado de vaqueros y de camisa y limpiado las botas. Jamás había asistido a un encuentro tan importante como aquel sin traje y corbata, pero solo tenía vaqueros. Además tenía la sensación de que con traje solo iba a conseguir que Jonas pensara que le llevaba ventaja.

—Carmen —sonrió Tyler mientras le abrían la puerta.

Pero no fue Carmen quien le abrió, sino Caitlin. Llevaba una falda corta vaquera y una camisa rosa que le recordó a los capullos de las magnolias. Sus piernas eran largas e iban desnudas, e iba calzada con sandalias. No llevaba las uñas pintadas, y tenía el pelo rizado y mojado, como si acabara de salir de la ducha. La expresión de sus ojos era helada y sus labios no sonreían, pero eso no impidió que Tyler recordara cómo habían ardido aquellos ojos almendrados y cómo se había sentido cuando ella abrió los labios y se los humedeció con la punta de la lengua.

Un ardor comenzó a invadirlo. Tyler sintió la ira apoderarse de él, era una ira irracional, contra sí mismo y contra ella. Pero en esa ocasión no iba

a dejar que su anatomía decidiera por él.

—He venido a ver al viejo.

—Dile eso a la cara y saldrás de aquí más rápidamente de lo que llegaste —contestó Caitlin mientras Tyler pasaba por su lado y ella lo señalaba poniendo un dedo sobre su pecho—. Quiero que quede claro lo que ha sucedido antes, Kincaid.

—¿Y qué es lo que hay que aclarar? —inquirió Tyler amable—. Estabas molesta y enfadada, y yo te sorprendí, o quizá fuera solo un momento de debilidad. Pero esa es la única razón por la que te comportaste como lo hiciste, claro.

—Sí —respondió ella frunciendo el ceño—. ¿Pero cómo has sabido que...?

—¿Cómo he sabido que ibas a negar lo que sucedió realmente? —sonrió él helado—. Confía en mí, McCord, es fácil.

—Estoy convencida de que hay muchas mujeres en este planeta que aprecian a los cavernícolas como tú, pero te aseguro, Kincaid, que yo no soy una de ellas —dijo Caitlin echándose a un lado e indicándole el camino con un movimiento de cabeza—. Mi padrastro te espera en la biblioteca, por aquí.

Tyler la siguió por el corredor. Caitlin mantenía alta la cabeza, la espalda recta. Lo trataba como si no hubieran compartido un par de besos apasionados, como si no hubiera gemido al notar sus manos abrazando sus pechos. La ira se apoderó de él. La agarró de los hombros y la hizo darse la vuelta.

—¿Alguna vez has admitido tener un sentimiento sincero, señorita?

—Todo el tiempo —contestó ella soltándose y sonriendo—. Acabo de hacerlo, pero quizá no te hayas dado cuenta. No me gustas, Kincaid. De hecho espero no volver a verte nunca. ¿Te parece lo suficientemente sincero?

—No —respondió él contemplando sus labios durante un rato para fijarse luego en sus ojos—. No es sincero en absoluto. No estábamos hablando de si te gusto o no. ¡Demonios, McCord, si vamos a eso tú a mí tampoco me gustas!

Caitlin se ruborizó y reprimió un grito, y Tyler sonrió de satisfacción. Entonces, ella levantó el mentón y continuó:

—Tienes razón, supongo que yo también tuve mi parte de responsabilidad en ese... ese desafortunado error.

—Error —repitió él—. ¿Es así como lo llamas cuando te vuelves loca en los brazos de un hombre?

—Yo no me he vuelto loca —replicó ella—. Eres tú el que está loco si crees que voy a...

Una puerta se abrió de golpe en algún lugar del pasillo.

—¡Caitlin! ¿Dónde diablos te has metido? ¿Y dónde demonios está ese chico? Si no aparece de inmediato, le dices que he decidido no hablar con él.

—Será mejor que corras. Gracias a ti está de un humor de perros.

—Me importa un comino de qué humor esté Jonas Baron —dijo él en voz baja, con una sonrisa arrogante y masculina mientras alargaba una mano para alzar su rostro hacia él.

¿Trataba realmente de besarla?, se preguntó Caitlin mientras la ira se iba apoderando de ella, la ira y algo más...

—¡Suéltame!

—Cena conmigo el sábado y hablaremos de quién de los dos está loco.

—Preferiría cenar con un armadillo.

—Te recogeré a las siete.

—Tú ven el sábado a las siete, que lo único que vas a recoger es la bolsa de la basura —replicó Caitlin retorciéndose bajo su mano—. ¡Maldita sea, Kincaid, suéltame!

—A las siete —rió él—. Y no me hagas esperar. Si algo admiro en una mujer es la puntualidad.

—Eres increíble.

—¿Lo ves? —sonrió él—. Acabas de decirme un piropo, McCord. Nuestra relación está cambiando.

—¡Caitlin! —gritó una voz por el corredor—. ¿Dónde estás? ¿Y dónde está ese imbécil que se cree que puede tratarme así?

Caitlin se soltó. El pulso le latía acelerado.

—Ni en sueños, Kincaid —dijo ella. Los ojos de Tyler se oscurecieron. Alargó una mano, tiró de ella y la sostuvo contra sí.

—Es una buena idea, McCord. Yo sueño con las cosas que quiero hacerte y tú sueñas con lo que quieres que te haga. Y el sábado por la noche convertimos esos sueños en realidad.

Tyler observó los ojos de Caitlin abrirse atónitos. Entonces, inclinó la cabeza y la besó. Ella hizo un débil ruido exactamente igual al que había hecho antes, y él abrió sus labios con la lengua. Por un instante, deseó sujetarla salvajemente contra la pared, meter la mano por debajo de su falda y tomarla allí mismo, mientras ardía aquel deseo irracional en su interior. Pero trató de serenarse, la soltó y dio un paso atrás.

—Ahora ya puedes enseñarme el camino —dijo mientras ella se tambaleaba y abría los ojos.

Caitlin se quedó mirándolo, se ruborizó, y por último se restregó los labios con la mano.

—Preferiría enseñarte el camino al infierno —contestó con voz temblorosa.

Justo antes de que Caitlin se diera la vuelta Tyler creyó ver lágrimas en sus ojos. Estuvo a punto de hacerla volverse pero, ¿para qué?, se preguntó. Era un ilusión. Tenía que serlo. Aquello era un juego, nada más, y ella sabia jugar muy bien.

Tyler la siguió por el corredor hasta una enorme puerta doble abierta. Podía ver a Jonas de pie, en el centro de la habitación amueblada con sillones y sofás de piel antiguos y una delicada alfombra.

—Ha llegado el señor Kincaid.

—Justo a tiempo —dijo Jonas ladeando la cabeza e indicando un armario—. Sírvenos un bourbon, nena.

—Sírvetelo tú —contestó ella, cerrando la puerta de golpe.

—Mi hijastra no está muy contenta conmigo ahora mismo —rió Jonas—. Tienes mejor aspecto, vas aseado.

—Igual que tú —respondió Tyler amable. El anciano sonrió, cruzó la habitación y abrió un armario para sacar dos vasos y una botella.

—Reserva de veinte años —dijo Jonas poniendo la botella al trasluz de la ventana—. Baja por la garganta como la seda. Pero supongo que tú preferirás otra cosa, ¿no, chico? ¿Cerveza, vino, o quizá alguno de esos licores transparente rusos?

—En realidad soy muy aficionado al bourbon —contestó Tyler alargando la mano para tomar el vaso que Jonas le tendía—. Pero como sigas llamándome «chico» tendré que golpearte.

—Tengo tres hijos, y los tres se pasan la vida diciéndome lo mismo.

¿Nos conocemos? —añadió mirando a Tyler por encima del borde de su vaso.

—No —respondió Tyler dando un sorbo de bourbon y asintiendo satisfecho—. No, no nos conocemos.

—Eso pensaba. Puede que me olvide de los nombres, pero jamás olvido una cara. No obstante hay algo en ti que me resulta familiar. ¿De dónde has dicho que eras?

—No lo he dicho.

Jonas se dejó caer sobre un sillón de piel e hizo un gesto para que Tyler se sentara frente a él, pero este sacudió la cabeza.

—Prefiero quedarme de pie.

—Como gustes —respondió Jonas abriendo una caja especial de puros y alargándosela—. Toma un puro, Kincaid. Son de la Habana.

—¿De contrabando? —sonrió Tyler—. Gracias, pero no.

—Pues no me pareces el tipo de hombre que deja de fumarse un buen puro solo porque sea ilegal.

—No, no lo soy —respondió Tyler observándolo cortar la punta del puro y escupirla en un cenicero—. Para mí sería más agradable fumarse la suela de un zapato.

—No me tendrás miedo, ¿verdad?

—Jamás le he tenido miedo a ningún hombre.

—¿Y qué me dices de mi hijastra? —inquirió el anciano dando una calada—. ¿Le tienes miedo?

—No voy a discutir contigo sobre tu hijastra, Baron, excepto para decirte que hay que ser muy imbécil para tenerle miedo a una mujer.

—Esa es justamente mi filosofía de la vida, y he vivido conforme a ella durante años —Jonas hizo una pausa—. ¿Estás seguro de que no nos conocemos?

—Desde luego.

—Pues tengo la sensación de que te pareces a alguien que conozco. ¿Has dicho Kincaid, no? ¿Tienes un padre o un hermano con el que haya hecho negocios?

—Es posible que conocieras a mi padre —replicó Tyler sintiendo que se le formaba un nudo en la garganta—. Quizá sea por eso por lo que te resulto familiar.

—Quizá. ¿Era ranchero?

—No lo sé.

—¿Que no lo sabes? —sonrió Jonas—. ¿Qué quieres decir con eso de que no lo sabes? ¿Es que es un secreto el trabajo de tu padre?

—Jamás conocí a mi padre. Ni a mi madre.

—Bueno, pues es una tragedia, Kincaid, pero no veo qué relación tiene eso conmigo —dijo Jonas mirando el reloj de pared—. Se está haciendo tarde, y tengo que hacer unas llamadas.

—Es sorprendente cómo has perdido el acento lejano de golpe —observó Tyler.

—Sí, y también es sorprendente ver que aún estás aquí, cuando acabo de echarte.

—No soy muy bueno desapareciendo, Baron. De hecho no sé desaparecer.

—Quizá necesites que te echen a patadas, chico —sugirió Jonas poniéndose en pie.

—Eres muy mayor —aseguró Tyler en voz baja—, y por eso lamentaría mucho tener que ponerte las manos encima, pero como te atrevas a tocarme

lo lamentarás.

—Mi esposa no me lo perdonaría si le manchara la alfombra de sangre —comentó Jonas, cruzándose de brazos y sonriendo, con aspecto de dominar la situación—. Así que si tienes algo que decir ve al grano.

—Tenías razón cuando dijiste que no parecía lo que aparentaba. No soy ningún vagabundo, Baron. Ni siquiera soy un vaquero. Ya no —añadió dejando el vaso y mirando a Jonas—. ¿Has oído hablar alguna vez de Kincaid Incorporated?

—¿Te refieres a la empresa de finanzas? Sí, puede que sí. ¿Y qué?

—Yo soy ese Kincaid.

—¿Y has venido andando a mis tierras para trabajar de vaquero?

—En ese momento me pareció una buena idea, pero ahora te doy mis credenciales para que no pienses que estoy loco.

—Lo pienso de todas maneras, pero no vas al grano. ¿A qué has venido?

Tyler se metió las manos en los bolsillos y comenzó a caminar por el salón haciendo pausas de vez en cuando para mirar un cuadro o una escultura mientras trataba de calmarse. Finalmente se volvió hacia Jonas.

—Yo nací en Texas.

—Fascinante —comentó Jonas acercándose al armario de los licores.

—De hecho nací aquí, en este rancho.

—¿En Espada? ¿En serio? —inquirió Jonas llevándose el vaso a los labios.

—Pero no sé quién fue ni mi madre ni mi padre.

—Uh-huh. Bien, todo eso me parece fascinante, pero no tiene nada que ver conmigo. Yo me ocupo del recuento de terneros y de caballos, del resto se ocupa el gobierno.

Tyler sintió que se ruborizaba. ¿Por qué diablos había ido allí? No le gustaba hablar de sí mismo con nadie, y menos aún compartir los oscuros secretos de su pasado. Y sin embargo ahí estaba, contándole la sucia historia de su nacimiento a un hombre que le había desagradado nada más verlo.

—Entonces, ¿es eso todo? Espero que sí, porque tengo que hacer esas llamadas.

—No, no es todo —negó Tyler comprendiendo que, una vez allí, tenía que llegar hasta el final—. El año en que yo nací había aquí un par de hombres trabajando para ti. Sus mujeres estaban embarazadas.

—Sus mujeres estaban… —repitió el hombre soltando el aire contenido en sus pulmones— Ah, comprendo. Bueno, ¿te digo qué, Kincaid? Te ayudaré, pero te aseguro que jamás había tenido trabajando a nadie que se llamara Kincaid.

—No creo que fuera ese su nombre —afirmó Tyler.

—Ah, bien, no importa. Debe de hacer mucho tiempo, ¿no? ¿Veinticinco años, treinta? Y desde luego no recuerdo que…

—Treinta y cinco —afirmó Tyler—. Nací en Espada hace treinta y cinco años, hacia el dieciocho de julio aproximadamente.

—¿El dieciocho de julio, dices?

—Sí, y esperaba que… ¿Baron? —el vaso que Jonas sostenía cayó al suelo y rodó por la alfombra. Tyler lo recogió, sostuvo al anciano y le hizo sentarse en un sillón—. Baron, no se mueva, voy a pedir ayuda —añadió Tyler observando su rostro pálido y repentinamente envejecido.

—No necesito ayuda.

—Por supuesto que…

—¡No! —gritó el anciano sujetándolo con firmeza por la muñeca—. Es solo… solo… el puro, eso es todo. El puro.

—¿Estás seguro?

—Desde luego, ya estoy bien —sin embargo no lo parecía, pensó Tyler sintiéndose culpable—. No le cuentes esto a nadie.

—Claro, tranquilo. Como quieras.

—Bien, bien —contestó Jonas poniéndose en pie mientras recuperaba el color—. Bien, Kincaid, desearía poder ayudarte, de verdad, pero no recuerdo a ningún hombre que trabajara para mí y cuya mujer estuviera embarazada.

Tyler asintió. En realidad era eso lo que esperaba.

—Ha sido un tiro a ciegas —dijo Tyler en voz baja.

—Me alegro de haberte conocido —comentó Jonas mientras ambos hombres se dirigían a la puerta—. Apuesto a que es la primera vez que el director de una empresa como la tuya se mancha las botas con excrementos de caballo.

—Ya me las manché cuando era joven.

—Así que creciste en un rancho, ¿eh?

—Sí, durante un tiempo. Era un internado para chicos.

—¿En serio? Entonces te metiste en problemas, ¿no es eso?

—Algunos.

—Bien, así que fue allí donde aprendiste cosas sobre los caballos.

—Sí —sonrió Tyler—, y se me daban bien.

—Según mi hijastra y mi capataz aún se te dan bien —comentó Jonas aclarándose la garganta—. ¿Le preguntaste a Abel si había alguna mujer embarazada hace treinta años?

—Treinta y cinco. No, no le pregunté, quería hablar contigo primero.

—Bueno, no importa, chico. Yo le preguntaré. Abel seguro que tampoco se acuerda, pero es más probable que hable conmigo que con un extraño. Le preguntaré por si acaso.

—Gracias —comenzó a decir Tyler quedándose mudo de pronto.

Durante los dos últimos minutos Jonas Baron se había mostrado amable, amistoso, pero de repente, al mirarlo a los ojos, veía en ellos un brillo salvaje de odio, de… ¿miedo, quizá?

Tyler frunció el ceño. Aquel viejo zorro lo estaba engañando. Y casi lo había logrado. Baron ocultaba algo, algo que, intuía, podía llevarle a conocer la verdad sobre su nacimiento.

—¿Ocurre algo, Kincaid?

—No, nada —sonrió mintiendo y alargando una mano—. Gracias por tu ayuda.

—De nada. Entonces apuesto a que ahora volverás a Georgia, ¿no?

—Es tu apuesta, Baron. Puedes apostar por el caballo que creas que va a ganar —respondió Tyler saliendo de la habitación.

Lo último que vio fue la sonrisa de Jonas Baron desvaneciéndose. Y verlo lo llenó de satisfacción.

Capítulo 5

AL DIABLO los dos, musitó Caitlin tras cerrar la puerta del despacho. Tyler Kincaid y su padrastro estaban hechos el uno para el otro. Eran cabezotas y arrogantes, y podían seguir pegándose si querían, porque nadie iba a detenerlos. La idea le hizo sonreír. El uno se lo merecía por humillarla y defenderla cuando nadie se lo había pedido, y el otro por creer que podía besarla a plena luz y a pesar de sus protestas.

Porque desde luego ella había luchado, pensó dubitativa. Como una gata salvaje.

—¿Catie?

Caitlin se volvió sobresaltada. Su madrastra la esperaba de pie, en el umbral del comedor, con una expresión inquisitiva.

—Marta —sonrió Caitlin respirando hondo—. No... no me di cuenta de que estabas ahí.

—¿Qué tal el segundo asalto?

—¿Asalto? —rió Caitlin—. Ah, no sé, solo guié al señor Kincaid a la biblioteca.

—Bien, pues por ahora no se oyen golpes, así que supongo que se están portando como hombres. Iba a tomar café. ¿Quieres?

—Sí, encantada —respondió Caitlin tras vacilar.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Marta agarrándola del brazo y llevándola al solarium—. Esa desafortunada escena de antes...

—¿Te refieres a cuando Kincaid me forzó?

—¿En serio te forzó? A mí y a Jonas nos pareció que lo que estabais haciendo os parecía bien a los dos, aunque es posible que me equivoque.

—Por supuesto que te equivocas —contestó Caitlin sentándose y estirando las piernas mientras Marta servía el café—. Tyler Kincaid me agarró y... y... —Caitlin se ruborizó—. Está bien, me besó y yo le devolví el beso, pero solo porque me había pillado por sorpresa.

—Por supuesto.

—¿Qué significa eso?

—Significa que comprendo perfectamente que te ocurriera una cosa así. Ese señor Kincaid tuyo es un hombre muy bien parecido. ¿Quieres una galleta de las que ha preparado Carmen, cariño?

—No, gracias, no quiero galletas, ni quiero que nadie saque conclusiones apresuradas tampoco. Puede que Tyler Kincaid sea un hombre bien parecido, si es que te gustan ese tipo de hombres —respondió Caitlin.

—Estoy de acuerdo —sonrió Marta—, ¿pero a qué mujer no le gustaría? Alto, moreno, guapo... yo soy mucho mayor que él, y estoy felizmente casada con tu padre, pero comprendo que te sientas atraída hacia él.

—¡Oh, por el amor de Dios! —exclamó Caitlin dejando la taza sobre el plato sin miramientos—. No me siento atraída hacia él. Apenas lo conozco, y lo poco que sé de él no me gusta. Además, me gustaría que dejaras de llamarlo así.

—¿Cómo?

—Mi señor Kincaid. Yo lo único que hice fue darle un empleo. Dijo que quería ver a Jonas, que necesitaba trabajo. Tú habrías hecho lo mismo.

—Sin duda.

—Además, mi caballo se asustó y Kincaid lo calmó. Estoy segura de que piensa que le debo un favor —añadió Caitlin comiéndose la galleta—. Y

bueno, quizá sí. El asunto es que lo contraté y él ha hecho bien su trabajo... hasta hoy.

—Hasta antes de imponerte sus «atenciones».

—Sí. No. Bueno, ¿qué importa? De no haber llegado Jonas lo habría echado, pero Jonas...

—Jonas es muy protector contigo, Caitlin. Te quiere, y tú lo sabes.

—Quieres decir que me quiere cuanto puede teniendo en cuenta que no soy de su sangre.

—Quiero decir que es cabezota —la corrigió Marta tomando su mano—. Todos los Baron son así, ¿o crees que Slade, Travis y Gage no lo son?

—No, ya lo sé —suspiró Caitlin—. Son imposibles, lo llevan en los genes. O quizá todos los hombres sean así. Mira a ese terco de Tyler Kincaid... —entonces se escuchó un golpe y ambas mujeres, sobresaltadas, se pusieron en pie—. Se están matando.

—No, creo que solo se ha cerrado una puerta de golpe —dijo Marta—, pero el encuentro de Kincaid con tu padre ha terminado.

—Sal de mi propiedad, Kincaid —rugía la voz de Jonas por toda la casa—. Tienes cinco minutos, ¿me oyes? Después te echaré a patadas.

—Bien, Jonas lo ha echado —dijo Caitlin.

—Desde luego —suspiró Marta rodeando con el brazo a su hijastra—. ¿Me disculpas, cariño? Voy a ver si puedo calmar a tu padre.

—Claro —hizo una pausa—. Marta, tienes razón, es un hombre muy guapo.

Marta se marchó, y Caitlin dio vueltas por la habitación hasta que se le ocurrió acercarse a la ventana. Ahí estaba el poderoso Tyler Kincaid, en plena retirada.

Pero no. Tyler caminaba con soltura, con los hombros relajados, la cabeza alta y las manos en los bolsillos. No parecía tener prisa a pesar de la advertencia de Jonas. Al llegar al prado se detuvo, apoyó una bota sobre la valla y observó a Manuel con los caballos. Solo después de un largo rato se encaminó hacia el cobertizo de los empleados.

—Idiota —susurró Caitlin.

¿Qué trataba de demostrar? En realidad no le importaba. Tyler Kincaid no era asunto suyo. Por fin entró en el cobertizo. Diez minutos más y se habría marchado, pensó Caitlin. Diez minutos más y lo habría olvidado. Habría olvidado la forma en que la había besado, la forma en que la había abrazado...

—Adiós, Kincaid —susurró conteniendo el aliento.

La semana siguiente le pareció interminable, pero al fin el viernes dio paso al sábado y Caitlin tuvo un momento para relajarse. Las veladas en Espada eran tranquilas. Los empleados jugaban a las cartas, veían la televisión o se marchaban al pueblo a beber cerveza. Aquel sábado Marta y Jonas salieron a cenar.

—Ven con nosotros a casa de los Phillips —había sugerido Marta. Pero Caitlin le había dicho que prefería quedarse en casa, ducharse y leer un libro—. Bueno, parece divertido —había añadido.

—Sí, la niña quiere quedarse a vestir santos —había gruñido Jonas—. Llama a Leighton, ¿quieres? Apuesto a que le encantará llevarte al cine o a cenar.

—¿A Leighton? —habían repetido Caitlin y Marta al unísono.

—Bueno, ¿y por qué no? Es tu primo.

—No es mi primo, él es un Baron.

—Exacto.

—Vamos, Jonas —había dicho entonces Marta arrastrando a su marido mientras Caitlin se preguntaba a cuento de qué había hecho esa sugerencia.

Leighton no le gustaba. Ni a ella ni a nadie, por mucho que él hubiera tratado de ganárselos a todos desde el momento en que Slade, Travis y Gage se casaron y dejaron claro que ninguno de ellos tenía el menor interés por Espada.

—Jonas y yo somos los únicos Baron que quedan en Texas —había dicho Leighton.

Pero se engañaba. Jonas estaba empeñado en dejar Espada a un Baron, pero no a ese Baron precisamente. Jonas no era ningún tonto, no iba a dejarle su amado rancho a un hombre que no distinguía entre un toro y una vaca.

Caitlin tiró la toalla mojada y se pasó la mano por la cabeza. Jonas había estado de mal humor toda la semana, desde su encuentro con Tyler Kincaid. Marta le había preguntado varias veces qué le ocurría, pero él no había contestado nada. Y eso le daba que pensar. Aquella semana había sido como cualquier otra, no había nada que hubiera ido especialmente mal. En realidad todo había ido bien. Tyler Kincaid se había marchado, y no había tratado de volver a verla ni a ella ni a Jonas. Aunque, ¿por qué iba a tratar de volver a verla? No había ninguna razón.

—Ese hombre trataba de meterme en un negocio tan ruinoso que me reí en su propia cara —había dicho Jonas.

Caitlin se puso un vestido amarillo de tirantes con falda de vuelo. Hacía demasiado calor para ponerse una camiseta, para pensar, para hacer cualquier cosa que no fuera bajar a la cocina a por un té helado y bebérselo en la terraza mientras leía un libro. Y, sin Kincaid por los alrededores, podía hacerlo. Con Kincaid no habría dejado de preguntarse si la observaba. Por fin podía bajar a los establos sin sentir su mirada quemándole la espalda, por fin podía olvidarse de si iba a verlo susurrándole cosas a los caballos con aquella voz ronca que le salía cuando la abrazaba y besaba…

Tenía que parar. Ya no era una niña, era una mujer. Caitlin se peinó los cabellos mojados con energía y se miró al espejo. No estaba maravillosa, no llevaba maquillaje ni sabía peinarse. Bueno, de todos modos ya no tenía que preocuparse. Tyler Kincaid se había ido, y no quedaba nadie que le importara.

Caitlin maldijo en silencio, dejó el peine y se hizo una coleta. Carmen se estaría preguntando por qué tardaba tanto en bajar a cenar. Le había pedido que le preparara algo hacía una hora. Salió del dormitorio y bajó las escaleras. La casa estaba en silencio. Al pie de las escaleras hizo una pausa. Se oían voces desde la cocina. Una voz de hombre y la risa de Carmen.

¿De hombre? Caitlin sonrió, se metió las manos en los bolsillos y se dirigió a la cocina. Entonces oyó a Carmen:

—¡Oh, señor! ¡Es usted muy amable!

La sonrisa de Caitlin se amplió. Entraría en la cocina, vería quién era el visitante de Carmen, recogería la cena y se marcharía.

—Carmen, ya veo que no… —comenzó Caitlin a decir. Sus palabras se desvanecieron al ver quién era el visitante: Tyler Kincaid.

—Buenas noches, señorita McCord.

Tenía que responder. Bastaba con que dijera «buenas noches», o sencillamente «hola», o mejor aún, «Kincaid, puedes volver a salir por donde

has entrado». Sin embargo fue incapaz de decir nada; el solo hecho de verlo le había robado el aliento.

Si con vaqueros le había parecido guapo con pantalones blancos de lino, camisa blanca abierta por el cuello y una americana de tweed estaba espectacular. Había pensado en él un millar de veces durante la semana, tenía que admitirlo. Incluso había soñado con él, había tenido sueños que le ruborizaba recordar. Y sin embargo había olvidado lo guapo que era.

—¿Se te ha comido la lengua el gato, señorita McCord?

Se estaba burlando de ella. Podía ver el brillo de la ironía en sus ojos. Hasta Carmen, la muy traidora, sonreía.

—Kincaid... ¿qué haces aquí?

—¡Pero señorita McCord, qué desilusión! ¿Es que has olvidado que teníamos una cita?

—¿Una...? —Caitlin se puso en jarras—. No tenemos ninguna cita.

—Por supuesto. Sábado noche, cenar —indicó Tyler mirando el reloj de pulsera que, o era auténtico, o era la mejor imitación de un Rolex que Caitlin hubiera visto jamás—. Tengo que admitir que no recuerdo la hora, pero pensé que las siete y media estaba bien. Estás preciosa.

Para él aquel halago sería algo habitual, pensó Caitlin. A ella, en cambio, le hizo sentirse insegura. Y eso la molestó.

—¿De verdad crees que puedes... entrar aquí y llevarte lo que quieres?

—No es muy amable, ¿verdad? —inquirió él dirigiéndose a Carmen.

—Es que está sorprendida, señor, eso es todo —contestó Carmen.

—Ya veo que has convertido a Carmen a tu causa, Kincaid. No te conoce tan bien como yo —Carmen, horrorizada ante la falta de modales de Caitlin, se llevó las manos a la cabeza y salió de la cocina. Caitlin hizo lo mismo, pero en la dirección contraria—. Me aseguraré de que te marchas.

Caitlin oyó las pisadas de Tyler tras ella. ¿Sería posible que fuera tan fácil?, se preguntó. Pero obtuvo la respuesta en cuanto abrió la puerta principal. Tyler se adelantó y la cerró. Sin salir, por supuesto.

—¡Maldita sea! —exclamó ella volviéndose hacia él—. ¿Tengo que dibujártelo para que lo entiendas? Mi padrastro te va a hacer picadillo como te vea aquí.

—¿En serio?

—Sí, en serio, Kincaid...

—En serio, McCord, se está haciendo tarde. ¿Necesitas algo de abrigo? Si es así, por favor, ve a buscarlo, y vámonos.

—¿Tienes problemas de oído, Kincaid? No vamos a salir a cenar. Juntos no.

—Me desilusionas —dijo él en voz baja—. No pensé que te diera miedo contrariar a tu padrastro.

—¿Miedo? ¿Yo? ¡No seas ridículo! Si quieres saber a quién le da miedo Jonas hablemos de ti. Tyler se echó a reír.

—¿Oyes cómo me castañetean los dientes?

—Vamos, ríete. Dejarás de reír en cuanto grite y los hombres vengan a ayudarme.

—No hagas eso —dijo él sonriendo pero con ojos serios—. Son buena gente, y no quisiera hacerles daño.

Caitlin abrió la boca y volvió a cerrarla. Estuvo a punto de decir que aquello sonaba a fanfarronería, pero era cierto. Nadie podía detener a Tyler Kincaid cuando se proponía algo.

—Escucha, esto es una estupidez. Mi padrastro te echó de aquí.

—Me marché porque no me quedaba ninguna razón para seguir aquí.

—Pero Jonas dijo que…

—Sea lo que sea lo que te contara es mentira. Vine a verlo. Bien, pues lo vi, y luego me marché —sonrió Tyler—. Y ahora he vuelto porque teníamos una cita.

—No teníamos ninguna cita.

—Por supuesto, te pedí que vinieras a cenar conmigo esta noche.

—Y yo te rechacé.

—¿Tienes miedo, McCord?

Caitlin lo miró. Estaba otra vez sonriendo, pero había algo en sus ojos que le aceleró el pulso. Sí, pensó, tenía miedo. Miedo de lo que Tyler podía hacerle sentir si la tocaba, de lo que podía sentir si…

—¿Cait?

Nadie, jamás, la había llamado así. Sonaba extraño… pero sonaba bien, especial, como un nuevo lazo entre ellos dos que llevara el sello de él. El corazón de Caitlin se aceleró.

—No, claro que no.

—Entonces cena conmigo.

—Ya te he dicho que no, Kincaid. ¿Qué sentido tiene que sigamos retándonos el uno al otro?

Caitlin enmudeció al ver que Tyler acortaba la distancia que los separaba.

—Acepta el reto —dijo en voz baja, contemplando sus labios.

Caitlin sintió que sus labios se abrían como si él los hubiera acariciado con un dedo.

—Kincaid…

—Me llamo Tyler —dijo él alargando una mano para enredarla en sus cabellos y quitarle la goma que los sujetaba. Caían tal y como él recordaba, como la seda contra su piel—. Di mi nombre, Cait.

—Tyler —obedeció ella con voz espesa—. Tyler, por favor, tienes que marcharte.

Tyler tomó su rostro entre las manos e inclinó la cabeza para besarla. La besó con labios ardientes, con pasión, con voracidad. Caitlin gimió suavemente y después ladeó la cara.

—Caitlin —volvió él a decir tomando de nuevo su rostro y volviéndolo hacia él para mirarla a los ojos—. Te deseo. Te quiero en mis brazos, en mi cama.

—No —respondió ella sin aliento—. Por favor, no digas esas cosas.

—He estado toda la semana pensando en ti, en el sabor de tu piel, en estar dentro de ti.

Sus palabras eran crudas, tanto como las imágenes que sugerían. Caitlin se vio a sí misma tumbada en sus brazos, vio a Tyler de rodillas entre sus piernas, sintió cómo la tocaba.

Y comenzó a temblar. Tenía que apartarlo de sí, se dijo. Echarlo, abofetearlo. Tenía que hacer todas esas cosas que había pensado la primera vez que la besó…

Tyler la besó. Era un beso como los que daban los hombres a las mujeres que yacían en su lecho, bajo su peso. Deslizó la lengua entre los labios de Caitlin, se rozó contra ella, la atrajo hacia él de tal modo que Caitlin pudo sentir su calor y la dureza de su carne excitada.

Un gemido escapó de su garganta. La habitación pareció dar vueltas. Ellos estaban en el centro, en medio de un torbellino de colores como el de

un caleidoscopio.

—Cait —susurró él abrazando sus pechos. Caitlin sintió que su corazón latía acelerado contra la palma de la mano de Tyler—. ¡Cait!

Entonces ella levantó la vista y miró el rostro de Tyler. Lo que vio en él fue excitante, increíblemente excitante. Sus ojos verdes estaban tan oscuros que parecían negros, henchidos con la promesa de un inmenso placer, de un placer que él le proporcionaría si se iba a la cama con él...

¿Si se iba a la cama con él? ¿Con un extraño que se había colado en Espada y en su vida como un conquistador de tiempos pasados reclamándola para sí junto con las tierras? Caitlin se soltó.

—Seguro que has conquistado así a muchas mujeres, Kincaid —explotó Caitlin alzando la cabeza y mirándolo desafiante—, pero yo no soy una de ellas. No me gusta ni que me manoseen ni que me den órdenes, así que si has venido aquí pensando en que iba a caer rendida a tus pies vas a llevarte una gran desilusión.

Tyler la miró en silencio, inmutable, y respondió con una sonrisa:

—¡Demonios! Creo que si hubieras cedido me habrías desilusionado.

¿Acaso iba a ceder él tan fácilmente?, se preguntó Caitlin. No es que lo sintiera, en absoluto. Caitlin sonrió y añadió cortés:

—En tal caso, Kincaid...

—En tal caso, McCord —la interrumpió él y, antes de que tuviera tiempo de protestar, la levantó del suelo y se la cargó al hombro.

Capítulo 6

PARA cuando recuperó la voz era ya demasiado tarde. Tyler había bajado las escaleras y la llevaba a su coche.

—¡Kincaid!, ¿estás loco?

—Es probable.

Parecía divertirse. Divertirse con ella colgando del hombro como un saco.

—Bájame —exigió dándole puñetazos en la espalda—. ¡Maldito seas, Kincaid, bájame!

—Tus deseos son órdenes —dijo Tyler soltándola sobre el asiento de piel de un coche caro.

¿Un Land—Rover? ¿Un Navigator? Daba igual. Trató de abrir la puerta. Tyler, al volante, tiró de ella y le puso el cinturón de seguridad. Y sonrió satisfecho al ver que la tenía atada y bien atada, como un pollo listo para el horno.

—Bien —dijo poniendo el coche en marcha.

—No me gustan los hombres machistas —dijo ella con frialdad.

—¿Y la barbacoa? ¿Te gusta la barbacoa?

—¿Que si me gusta la...?

—La barbacoa. Chuletas tan tiernas que se deshacen en tu boca. Pastel de patata, cerdo —suspiró Tyler con exagerado placer—. Fantástico. Pero si prefieres Pacific Rim...

—¿Pacific...?

—Pacific Rim. ¿Es que aún no ha llegado a Texas? Es comida asiática. Ni china ni japonesa, sino...

—Conozco perfectamente la cocina Pacific Rim, Kincaid.

—Bien, entonces, ¿qué prefieres? —sonrió él como si no pasara nada—. Tienes que decírmelo para que pueda llamar y que lo tengan todo preparado con antelación.

—Estás perdiendo el tiempo, Kincaid.

—Caitlin, no quisiera que esto se convirtiera en un guerra abierta —dijo él hablándole como si tuviera seis años—. Tengo hambre, y tú también debes tenerla. Carmen me ha dicho que no has comido nada desde el mediodía.

—Carmen habla demasiado.

—Tú elige, ¿de acuerdo? Pacific Rim o...

—Sé lo que pretendes, Kincaid. Me das a elegir entre dos opciones. No es mucho, pero es una elección. Entonces yo lo veo como si fuera un acto de amabilidad por tu parte, y eso crea un lazo emocional entre el secuestrador y su víctima.

Tyler se echó a reír. A reír de verdad. De pronto, Caitlin vio lo ridículo de la situación y deseó echarse a reír ella también. Pero en lugar de ello se cruzó de brazos y miró por la ventanilla.

—Si fueras de Texas sabrías que la pregunta es ridícula. Barbacoa, por supuesto.

Tyler sonrió, sacó el móvil y pulsó botones.

—Prepara las chuletas.

Entonces aceleró y el coche voló en medio de la noche.

Caitlin estaba furiosa. Y Tyler no podía culparla. Había llegado hasta ella con artimañas, le había dicho que quería llevársela a la cama, y mientras ella trataba de hacerse a la idea la había levantado del suelo y se la

había cargado al hombro como si fuera un saco de patatas.

Bueno, no exactamente. Tyler jamás la describiría como un saco de patatas. Caitlin McCord era toda una mujer, cada centímetro. Pero si no dejaba de pensar en ella ambos acabarían por ser parte de una siniestra estadística.

—¿....tus citas?

Tyler se volvió. Caitlin miraba fijamente la carretera. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho y la barbilla tan alta que apenas debía de ver nada por el parabrisas. ¡Demonios, era preciosa!

—Te he hecho una pregunta, Kincaid. ¿Siempre consigues así tus citas? Y si es así, ¿te has preguntado alguna vez por qué cuando vuelves a pedir una segunda cita siempre te dicen que no?

Era cierto. Se había presentado en su casa sabiendo que ella no quería salir con él.

—Quizá arrastrar a una mujer del pelo hasta tu cueva esté bien visto en el sitio del que procedes, pero aquí no —continuó Caitlin.

—No suelo arrastrar a mis mujeres del pelo.

—Yo no soy una de tus mujeres.

—Aún no —Caitlin decidió no aceptar aquel reto igual que había decidido hacer caso omiso de los temblores de excitación que sus palabras le provocaban—. Escucha, si mi comportamiento ha sido un poco fuerte...

—¿Un poco fuerte? —repitió Caitlin—. Ha sido bestial, Kincaid, y no me gusta.

—¿En serio? Pues me has engañado —respondió Tyler.

Era difícil ver su rostro en la oscuridad, con solo las luces del salpicadero, pero Tyler creyó ver que el rubor coloreaba sus mejillas.

—Déjate de sarcasmos, Kincaid, no funciona.

—No era un sarcasmo, cariño, era la verdad. Tú me deseas tanto como yo a ti. Y yo te deseo desde el dichoso momento en que casi me atropellas con el caballo.

Caitlin tragó y enlazó fuertemente las manos en el regazo.

—Bueno, pues te voy a decir otra verdad, Kincaid. Estás perdiendo el tiempo.

—¿En serio? —rió Tyler.

—No tengo intención de... de dormir contigo.

—Me alegra oírlo, porque yo tampoco tengo intención de dormir contigo —dijo él con dureza—. Cuando te lleve a la cama lo último que haremos será dormir, desde luego.

—¡Dios mío, eres insufrible! ¡Estás tan seguro de ti mismo! Espero que disfrutes de la velada, Kincaid, porque te prometo que va a ser la última que pases en mi compañía.

—Cuando me conozcas mejor, McCord, sabrás que desafiarme es un error.

—Y cuando me conozcas mejor tú a mí sabrás que eso no era un desafío, era una promesa.

—Llámalo como quieras —contestó Tyler mirando por el retrovisor, encendiendo el intermitente y girando en una estrecha carretera sin iluminar—. Yo lo que he oído era un desafío.

—Esta conversación es estúpida —replicó Caitlin.

La carretera parecía interminable, tan larga quizá como la que llevaba a Espada. ¿A dónde la llevaba? Conocía cada palmo de aquellas tierras, y por allí no había ningún restaurante. De pronto, las luces iluminaron un

edificio en la oscuridad.

—Ese sitio, ¿es nuevo? Conozco todos los restaurantes de Texas, y jamás he oído que hubiera uno aquí.

Por fin veía el lugar claramente, y si aquello era un restaurante desde luego no estaba bien anunciado. Ni siquiera tenía aparcamiento. Ni había coches. Caitlin se volvió hacia Tyler.

—Bien, ya hemos llegado.

—Llévame a casa —dijo ella.

—Desde luego.

Tyler paró delante del edificio y apagó el motor. Los ruidos de la noche invadían el lugar.

—Kincaid —lo llamó ella tratando de mantener la calma, de no mostrar su miedo—. Quiero irme a casa.

—Ya estás en casa —respondió él saliendo del coche y dando la vuelta para abrirle la puerta—. Bueno, para ser más específicos, estás en mi casa.

Caitlin apartó la mano cuando él quiso ayudarla a salir, pero por fin él la agarró y entrelazó los dedos de ambos.

—Cait, yo vivo aquí —dijo con suavidad.

—¿Aquí? Pero si cuando le pregunté a Jonas me dijo que…

—¿Le has preguntado a tu padrastro por mí?

—No, por supuesto que no. Bueno, sí, es decir, era evidente que discutisteis, y yo… yo… —cuanto más hablaba peor, pensó respirando hondo y saliendo del coche—. Está bien, lo admito, sentí curiosidad.

—¿Y ahora, no sientes curiosidad? —inquirió Tyler ladeando la cabeza hacia la casa—. Yo sí. Vi este edificio por primera vez esta mañana.

—¿Que viste qué?

—Le pedí al corredor de fincas que me enseñara un buen rancho. Me llevó a una docena de sitios, pero en cuanto vi esta casa supe que era lo que buscaba —sonrió—. Al menos eso me pareció. Está amueblado.

—¡Qué suerte! —dijo ella sin convicción.

—Sí, eso fue lo que pensé. Por eso dejé un dinero en depósito, pero quiero que me des tu opinión antes de firmar los papeles mañana.

—Mi opinión —repitió Caitlin aclarándose la garganta—. ¿Y es por eso por lo que me has traído aquí? ¿Para preguntarme qué opino de la casa antes de comprarla?

—Claro. ¿Qué sé yo de los ranchos de Texas? Yo soy de Georgia. Cait, hazme el favor, echa un vistazo.

Tyler no debía de estar acostumbrado a pedir favores. Había algo extraño en toda aquella situación pero… lo cierto era que sentía curiosidad. Y cuando más miraba la casa más curiosidad sentía.

—¿Es la casa de los Wilson?

—Sí, ¿los conoces?

—No, bueno, no exactamente. Vine aquí con Jonas una vez, cuando Charlie Wilson recaudaba fondos para su carrera al Senado —suspiró soltándose de Tyler y saliendo del coche—. Pero no sé qué decirte que no te haya contado ya el corredor de fincas.

—Bueno —contestó Tyler abriendo la puerta y encendiendo las luces—, para empezar podrías decirme si hay alguna ley que obligue a tener estas cosas colgadas de la ventana.

Caitlin miró los metros y metros de tela escarlata con pesados festones dorados. Y contuvo la risa. Luego miró a su alrededor. No solo había telas drapeadas, sino también cupidos y querubines desnudos.

—Oí decir que la segunda mujer de Charlie lo mandó renovar todo —comentó echándose a reír sin poder contenerse—. ¡Oh, Dios mío, es horrible!

—No puedes imaginarte cuánto me alegra oírtelo decir. El corredor de fincas...

—¿Quién es?

—Una mujer que se llama Pru Barnes. ¿La conoces?

—Desde luego, parece que se ha tragado una estaca... —comentó Caitlin ruborizándose—. La gente hace apuestas sobre lo que pasará si alguna vez sonríe.

—Bueno, a mí no me sonríe, te lo aseguro —contestó Tyler cruzando la habitación y agarrando las cortinas—. Le dije que este lugar parecía un burdel de lujo, y por un instante pensé que se desmayaría.

—¡Me encantaría haberlo visto! —exclamó Caitlin—. ¿Kincaid, qué estás...?

Tyler tiró de las cortinas, que cayeron al suelo.

—Te he pedido tu opinión, y tú me la has dado. Adiós, cortinas.

—¿Le decimos también adiós al querubín? —inquirió Caitlin, señalando la enorme chimenea que ocupaba casi una pared entera.

—¡Claro!

Tyler la observó acercarse a la chimenea para agarrar el querubín. Caitlin se volvió hacia él y preguntó:

—¿Seguro?

—Seguro.

Entonces ella tiró del angelito y este cayó dentro de la chimenea.

—¡Guau! —exclamó ella.

Tenía los ojos brillantes y las mejillas sonrosadas, y deseaba tanto tomarla en sus brazos y besarla que casi le dolía. Pero no se movió, no la tocó. En lugar de ello sonrió e hizo un gesto con la mano.

—Buena tirada.

—Tuve un buen maestro.

—¿Nolan Ryan?

—Gage Baron, mi hermanastro. El segundo —explicó Caitlin—. Yo tenía diez años cuando vine a vivir a Espada, y lo último que querían Gage, Travis o Slade era una niña merodeando por allí.

—Pero al final acabaron conociéndote. Y queriéndote, ¿no?

—Bueno, acabaron hartos de verme por ahí. Supongo que al final decidieron que el único modo de controlarme era meterme en Los Lobos.

—¿Un equipo de béisbol?

—Su pandilla. Me hicieron miembro cuando mi madre se marchó a Nueva York... —Caitlin se interrumpió, miró a Tyler y se ruborizó—. No sé por qué te cuento la historia de mi vida cuando lo que me has preguntado es mi opinión sobre las cortinas.

—Me alegro de que me la cuentes —dijo él—. Quiero saber más cosas de ti.

Y ella quería saberlo todo de él, pensó.

—Pues yo quiero saber más cosas sobre esta casa. ¿Por qué vas a comprarla?

—La tierra es buena inversión —sonrió Tyler.

—Un rancho puede ser muy mala inversión, una pérdida. Estás a merced del tiempo, de los precios del mercado...

—Puedo permitírmelo.

Le gustaba la forma en que lo había dicho, sin falsa modestia o

arrogancia.

—Ya veo. Por eso me resulta aún más difícil comprender que vinieras a Espada como lo hiciste.

—Quería hablar con tu padrastro y comprobar ciertas cosas.

—¿Cosas sobre las que creíste que ibas a poder enterarte mejor si nadie sabía que eras rico?

—Sí —respondió él encogiéndose de hombros—. Algo así.

—Quieres estar bien seguro, ¿no es eso, Kincaid?

—Igual que tú, McCord.

Los dos sonrieron, pero la sonrisa de él se desvaneció en seguida.

—Caitlin…

—Enséñame el resto de la casa —se apresuró ella a decir recorriendo el salón deprisa, antes de que él pudiera contestar—. La segunda esposa del señor Wilson debía de tener debilidad por las mujeres desnudas y los caballos grandes.

—Eso mismo le dije yo a la señorita Barnes —rió Tyler.

—Imposible.

—En serio.

—Pues ten cuidado, Kincaid, porque después de cobrar su comisión Pru te va a lavar la boca con jabón —comentó Caitlin haciendo una pausa ante una escultura de bronce de un hombre montado a caballo—. Oh, esta es preciosa.

—Sí —contestó él observándola acariciar el bronce con la mano—. En mi casa de Atlanta tengo la siguiente pieza de esta serie.

—¿Tienes un Remington? —sonrió Caitlin—. ¿Auténtico, numerado y firmado como este?

—Sí —se encogió de hombros orgulloso—. Así que, ¿qué te parece? ¿Te gusta la casa?

Caitlin rió y dio vueltas. La falda de su vestido amarillo se arremolinó entorno a sus piernas. Ella era más bella que el bronce, pensó Tyler.

—¡Me encanta! Es una casa maravillosa, o lo será cuando te libres de los adornos. ¿Te imaginas esta habitación en roble clarito? —Caitlin se volvió hacia él—. En el sudeste…

—¿Qué ocurre?

Mientras hablaba él se había quitado la chaqueta y se había remangado la camisa. Era hermoso. Caitlin jamás había imaginado que pudiera usarse esa palabra para describir a un hombre, pero, ¿qué otra palabra había para decirlo? Tenía los pómulos marcados, espesos y oscuros cabellos, y un vello en el pecho visible desde el cuello. Y sus poderosas muñecas y antebrazos…

Sí, era guapo, mucho más guapo y precioso que un Remington.

—Así que… —continuó Caitlin apartando la mirada de unos ojos que habían adivinado lo que pensaba—… vas a comprar la casa de los Wilson con Remington y todo.

—Sí —contestó él en voz baja, logrando que a Caitlin se le acelerara el pulso.

—Bueno, entonces es seguro, no eres un vagabundo. No, ¿señor Kincaid?

—Caitlin…

Caitlin cerró los ojos cuando él se acercó. Podía sentir el calor de su cuerpo. Cuando la atrajo hacia sí tirando de sus hombros Caitlin supo que no podía seguir huyendo, que ni las bromas ni las respuestas cortantes

servirían de nada.

—No —susurró temblorosa—. Por favor, no. No estoy... no estoy preparada para enfrentarme a esto, Tyler.

Tyler la hizo volverse hacia él agarrándola de los hombros desnudos. Ella lo miró a los ojos y se sintió como si estuviera al borde de un precipicio. La lógica le aseguraba que no iba a caer, pero algo oscuro y misterioso, algo profundo y urgente la incitaba a saltar. Entonces Tyler alzó su rostro con una mano y ella pensó «no, no», pero no dijo nada, solo abrió los labios. Y Tyler los rozó contra los suyos.

—Iré a ver si está la cena —susurró.

—La cena —repitió ella con una sonrisa—. No me digas que has contratado a un cocinero.

—Billy's Bar-B-Q Take-Out —replicó Tyler sonriendo—. Tú llamas y nosotros te lo llevamos.

Caitlin rió, aliviada de contar con un respiro, pero Tyler la atrajo hacia sí y la besó. No con suavidad, como si fuera de porcelana, sino como si fuera a poseerla allí mismo, en aquel instante. Y, Dios la ayudara, pero lo deseaba. Deseaba que Tyler la...

—Busca unas copas —pidió él en voz baja, apartándola—. Y después ven a la cocina.

—Claro.

Cenaron en el porche, en una mesa a la luz de las velas con el cielo estrellado por techo. Comieron ternera a la barbacoa sobre platos de fina porcelana, casi transparentes, mazorcas de maíz con mantequilla con cuchillos de plata, y un vino tinto suave y maravilloso en vasos de plástico.

—¿Vasos de plástico? —inquirió Tyler al ver a Caitlin aparecer con ellos.

—Quizá la señora Wilson pensara que pegaban con los cupidos y las cortinas —sonrió Caitlin encogiéndose de hombros—. La cena ha sido deliciosa —añadió al finalizar.

—Me aseguraré de decírselo a Billy.

—Así que, ¿a qué te dedicas en Atlanta?

—A esto y lo otro —contestó Tyler encogiéndose de hombros y reclinándose sobre la silla.

—Te gusta ser misterioso, ¿eh?

—No soy misterioso, Caitlin. Puedes buscarme en Dun and Bradstreet cuando quieras.

—¿Y pondrá en Dun and Bradstreet por qué te colaste en Espada?

—Pensé que eso ya lo habíamos hablado —la sonrisa de Tyler se desvaneció—. Te dije que quería ver a Jonas y...

—Y resolver cierto asunto. Sí, eso dijiste, pero eso no explica por qué apareciste en nuestras tierras de esa forma, con aspecto de vagabundo.

—¿Nuestras tierras? ¿Es que eres propietaria de una parte?

—No, ya te lo dije, yo no soy una Baron.

—¿Y solo un Baron es lo suficientemente bueno como para heredar Espada?

—Algo así.

—Pero tú amas ese rancho, lo llevas casi sola.

—Sí, lo amo, y sí, lo llevo casi sola... pero por favor, no trates de cambiar de conversación. ¿Por qué viniste a Espada?

Tyler miró a la mujer que tenía sentada frente a él. Hacía solo unos días que la conocía, pero sabía que no había artificio en ella, ni en su forma

de hablar ni en su forma de vestir. Había conocido a muchas mujeres en su vida. Algunas, quizá, con rasgos más perfectos que ella. con cuerpos más voluptuosos. Pero también sabía que jamás disfrutaría de una velada tan maravillosa como aquella, que jamás escucharía a una mujer decirle que no estaba preparada para algo que los dos deseaban. Y, en lo más hondo de su ser, sabía que él tampoco estaba preparado. Le asustaba lo que ella pudiera hacerle sentir.

Aquella era la primera vez que se veía tentado de contarle la verdad a una mujer. De decirle: «escucha, no sé quién soy, ni siquiera sé mi nombre. Y por eso vine a Espada, a resolver el misterio de mi vida». ¿Acaso se había vuelto loco? Tyler empujó la silla y se puso en pie.

—Tyler, por favor —suplicó Caitlin poniéndose en pie también—. Dime qué ocurre. Jonas no ha hecho más que gruñir desde que te echó de casa.

—¿Echarme? —rio Tyler—. Necesitaría de sus tres hijos para echarme, y aún así les costaría. Además, no hemos venido aquí a hablar de Jonas Baron.

—Tyler, si me escucharas un momento…

—Te estoy escuchando —contestó él dando la vuelta a la mesa para acercarse, clavando la mirada en ella—. Me gusta cómo lo has dicho.

—¿Decir qué? —inquirió Caitlin dando un paso atrás—. ¿Qué he dicho?

—Mi nombre —respondió Tyler. Caitlin contuvo el aliento al ver que él alargaba una mano y tocaba su mejilla—. Dilo otra vez.

La voz de Tyler era tan dulce como la miel, pero sonaba ligeramente ronca. Aquello le aceleró el pulso.

—Tyler. —susurró Caitlin.

De pronto, comprendió que pronunciando aquella palabra se había rendido. Los ojos verdes de él se oscurecieron mientras contemplaba sus labios. Tyler la atrajo hacia sí y ella se echó a temblar al imaginar su peso venciéndola sobre la blanda cama.

—Ardo por ti —dijo él con voz ronca.

Entonces la besó. Caitlin no luchó. ¿Cómo, cuando su sabor era más delicioso que el del vino, cuando lo único que le importaba era sentir sus brazos? Caitlin gimió y abrió la boca al sentir la embestida de la lengua de Tyler. Ella se arqueó contra él y lo rodeó con los brazos por el cuello.

Tyler acarició el cuerpo de Caitlin moldeándola, dándole forma. Gimió y deslizó las manos hacia arriba por debajo de su falda, y aquello fue casi su ruina. La deseaba inmensamente.

—Dulce Cait —susurró abrazando su trasero, levantándolo hacia él y temblando al sentir que ella se presionaba contra su cuerpo—. Ven conmigo a la cama, déjame hacerte el amor hasta que el amanecer encienda el cielo.

Caitlin gimió y apartó la boca de la de Tyler. Presionó el rostro contra su cuello e inhaló su fragancia.

—Yo… yo no… hago eso —susurró—. No lo hago. Tyler se echó atrás, tomó su rostro y lo alzó hacia él.

—Desde luego que no lo haces —dijo enfebrecido—. Solo vas a hacerlo conmigo.

Caitlin luchó por conservar el sentido común. Todo estaba sucediendo demasiado deprisa. Siempre había sabido lo que estaba bien y lo que estaba mal, pero Tyler lo había puesto todo patas arriba. El bien y el mal habían dado paso a la necesidad, y eso la asustaba.

—Necesito… necesito tiempo. Acabamos de conocernos. Tú apenas me

conoces, y yo no sé nada de ti excepto que te llamas Tyler Kincaid.

El cambio que se operó en él fue asombroso. Tyler la soltó y dio un paso atrás con ojos helados.

—Y eso no es suficiente, ¿verdad? —dijo con voz serena pero con ira—. Después de todo, ¿quién diablos es Tyler Kincaid?

—No, no es a eso a lo que me refiero.

—Por supuesto que sí, y tienes derecho a preguntármelo. Ninguna mujer debe cometer el error de relacionarse con un hombre que no tiene nada excepto su nombre.

—No entiendo de qué estás hablando.

Tyler atravesó el porche y se quedó mirando las oscuras montañas. Los segundos fueron pasando. Cuando se dio la vuelta, Caitlin sintió que solo estaba viendo una máscara.

—Es tarde, Caitlin, y los dos hemos tenido una semana muy dura —dijo esbozando una sonrisa vacía—. Te llevaré a casa.

Tyler la agarró del codo. Era un contacto amable, cortés. Resultaba difícil creer que segundos antes la había acariciado con pasión.

—Tyler —dijo ella tocando su hombro—. Por favor, dime qué ocurre. No pretendía molestarte.

—Tranquila, tú no tienes la culpa. Tyler volvió a esbozar una sonrisa vacía, besó su frente y la llevó a casa.

Capítulo 7

A LA mañana siguiente, Marta la esperaba al pie de la escalera. Su madrastra se llevó un dedo a los labios en señal de silencio y la llevó a hablar en privado.

—¿Qué ocurre? —preguntó Caitlin en un susurro.

—Solo quería advertirte de que Jonas está de un humor de perros esta mañana.

—¡Vaya novedad! Lleva así una semana.

—Sí, Catie, pero esta mañana creo que eres tú quien va a recibir toda su atención.

—¿Y qué he hecho yo para merecer tal honor? —inquirió Caitlin suspirando.

—Es por lo de anoche.

—¿Anoche?

—¿No estuviste con el señor Kincaid?

—Marta, tú sabes cuánto te quiero, pero me parece que no es asunto tuyo... —comenzó a responder Caitlin ruborizándose.

—No es asunto mío, tienes razón, pero sí de Jonas. Ha oído que tuviste una cita ayer.

—No era una cita, el señor Kincaid se presentó sin avisar. Salí con él para asegurarme de que comprendía que era la última vez.

Marta no dijo nada. No hacía falta, su rostro lo decía todo. Aquella excusa era increíble.

—De todos modos no tengo por qué darle a Jonas ninguna explicación, a veces se olvida de que soy una mujer —Lo sé —sonrió Marta—, pero para Jonas siempre serás su hijita pequeña.

—No soy su hijita —afirmó Caitlin tensa—. Jamás lo he sido. Yo no soy una Baron, ¿recuerdas?

—Oh, Catie, sé que te hizo mucho daño cuando te dijo que no podrías heredar Espada, pero...

—Te equivocas, es él quien no quiere que herede Espada, que es diferente. Y es una estupidez. Jonas confía en mí para que dirija el rancho, pero como no llevo la sangre de los Baron no soy lo suficientemente buena como para... —Caitlin se interrumpió, rompió a llorar y se arrojó en brazos de su madrastra—. ¡Oh, Marta, lo siento! Es tu marido, y sé que lo quieres.

—Y tú también lo quieres, Catie.

—Sí, maldita sea, a pesar de que él no me quiera a mí. O no me quiera como debería, al menos.

—El te quiere con todo su corazón, y está orgulloso de ti. Le habla de ti a todo el mundo —suspiró Marta—. El problema es que cuando se trata de Espada es más terco que una mula. Él construyó este lugar de la nada, tú lo sabes.

—Lo sé —suspiró Caitlin besando a Marta en la mejilla.

Ambas se dirigieron contentas al comedor.

—Me alegro de que haya alguien de buen humor esta mañana —dijo una voz grave.

Caitlin levantó la vista. Su padrastro estaba sentado en la cabecera de la mesa.

—Jonas —dijo Marta a modo de ruego, tratando de calmarlo.

—Tranquila, Marta —sacudió Caitlin la cabeza. Marta suspiró y se marchó. Caitlin esperó unos minutos a calmarse y se sirvió café.

—¿Es eso todo lo que vas a desayunar?

—Buenos días a ti también —respondió Caitlin dejando la taza sobre la mesa y sentándose con una sonrisa.

—No tienen nada de buenos —respondió Jonas—. Ni es bueno salir por ahí con el estómago vacío. Come algo, niña.

—No tengo hambre, gracias.

—¿Cenaste demasiado anoche? Aquel había sido el primer disparo. No le sorprendía, Jonas no se distinguía por su tacto.

—¿Qué pasa? ¿Es que tus espías no te han contado el menú?

—Carmen no es mi espía, solo se preocupa por ti.

En ese momento, se abrió la puerta de la cocina y Carmen asomó la cabeza sacudiéndola a un lado y a otro. Era su modo de asegurarle que era inocente, aunque hubiera sido ella quien le hubiera revelado la información.

—¿Y bien?

—Y bien, ¿qué?

—No trates de escabullirte, niña, me debes una explicación.

—¿Explicación? ¿Niña? ¿Acaso ves a alguien más en esta habitación, Jonas? ¿Ves a alguna niña a la que puedas dirigirte en ese tono?

—Eres exacta a mí. A veces, cuando te escucho, pienso que eres una versión más joven de mí mismo.

—Pues debe de tratarse de una copia falsa, evidentemente —respondió Caitlin con frialdad—. Pero dejémoslo. Sí, Tyler Kincaid vino anoche —aseguró Caitlin levantándose de la silla—. Y sí, salí con él. Cenamos y, para ahorrarte la próxima pregunta, te diré que sí, creo que volverá a pedirme que salgamos.

—¿Y? ¿Qué le dirás cuando te lo pida?

—Le diré que sí.

¿Que sí?, se preguntó Caitlin. ¿De dónde se había sacado esa afirmación? Hasta ese instante se había jurado a sí misma que jamás volvería a salir con él.

—¡Maldita sea! —gritó Jonas dando un puñetazo a la mesa—. Escucha, Catie, ese hombre no pretende nada bueno. No sé qué es, pero no es nada bueno.

—¿Y cómo lo sabes?

—Lo sé y basta. Se coló en Espada fingiendo ser quien no era…

—Estoy segura de que tenía sus razones. ¿Qué diablos hacía defendiéndolo cuando ella misma lo había acusado de los mismos cargos la noche anterior?

—No importa, no quiero que vuelvas a verlo.

—¿Por qué no?

—No tengo por qué darte explicaciones, niña. No vas a volver a ver a ese hombre, ¿entendido?

—Lo que sí he entendido es que has vuelto a perder tu acento tejano. ¿Cómo lo haces?

—¿Me has oído? No volverás a ver a Kincaid.

—Tendría que estar sorda para no haberte oído —replicó Caitlin alzando la barbilla.

—Pues haz lo que te he ordenado.

—Tú no puedes ordenarme nada, Jonas.

—Puedo y lo haré.

—¡No, no puedes! —gritó Caitlin poniéndose en jarras—. No soy ninguna niña.

—¿No? ¡Pues te estás comportando como tal, dejando que un hombre te de coba como si...!

—¡Oh, por Dios! ¿Por qué iba a querer darme coba? No soy nadie, no tengo nada que él pueda querer. Tyler Kincaid tiene más dinero que el mismísimo Dios, Jonas. ¿Sabías eso?

—El dinero no lo es todo.

—No, no lo es todo, desde luego. Yo solo llevaba tu razonamiento hasta sus últimas consecuencias. Es evidente que crees que Tyler se interesa por mí porque piensa que tengo dinero, pero yo te digo que él no necesita el dinero de nadie, y mucho menos el poquito dinero que tengo yo.

—Puedes tener todo el dinero que quieras, niña. ¿Te he negado algo alguna vez?

—Maldita sea, no es de eso de lo que estamos hablando, y tú lo sabes. Tú dices que Tyler quiere algo que yo tengo, y yo te digo que...

—He oído lo que has dicho —respondió Jonas metiéndose una mano en el bolsillo—, pero quizá no sea dinero lo que quiera.

—Quizá —dijo Caitlin ruborizándose—, pero en ese caso soy perfectamente capaz de decidir si se lo voy a dar o no.

—Tienes una boca muy grande, jovencita.

—Siento mucho que pienses eso —afirmó Caitlin echando atrás la silla—. Y ahora, si me disculpas...

—No me estaba refiriendo al sexo.

—Entonces, ¿a qué?

—Cuando he dicho que quizá quiera algo distinto del dinero me estaba refiriendo a Espada, aunque estoy seguro de que eso otro también lo quiere.

Espada. En el mundo de Baron al final todo, siempre, se reducía a Espada.

—Ah, ya comprendo. Tyler quiere poner las manos sobre el rancho.

—Quizá.

—Es multimillonario, vive a miles de kilómetros de aquí, y jamás ha oído hablar de nosotros, pero una mañana se levanta y se dice a sí mismo: «Kincaid, ¿sabes qué me apetece ahora? Quiero una cosa que solo Jonas Baron puede darme» —Jonas se quedó mirándola un momento, luego tomó su taza y bebió. Caitlin rió—. Pues siento mucho decírtelo, pero Tyler ya se ha comprado un rancho. Ha comprado la finca Wilson. La recuerdas, ¿verdad? Bonita casa, y grande. No tiene el tamaño de Espada, es cierto, pero servirá. Y tengo que darte otra noticia, Jonas, no todo el mundo piensa que lo más importante del mundo sea Espada.

—Yo sí. Y tú.

Aquellas crueles palabras la detuvieron. Caitlin tomó aliento y se dio la vuelta. Jonas la miraba con el rostro imperturbable.

—¿Es de eso de lo que va todo esto?, ¿crees que Tyler me ronda porque piensa que voy a heredar Espada?

—No sería la primera vez que un hombre trata de conseguir algo a través de una mujer.

—Bueno, pues tranquilo. Tú y yo sabemos que Espada jamás será mío, y si eso te hace sentirte mejor te diré que anoche se lo dije a él.

—¿Que le has dicho qué? ¿Le has dicho que no heredarías el rancho?

—Sí, aunque no con esas palabras. Le dije que yo no era la elegida.

—¿Estás segura de eso?

—¿De qué? ¿De que Tyler no se interesa por mí a causa de Espada?

—No, de que tú no eres la... ¿cómo lo has llamado?... la elegida. Si algo

me ha enseñado la vida, niña, es que las cosas cambian —Caitlin jamás se había sentido tan confusa en su vida—. ¿Has oído lo que te he dicho, Catie?

—Te he oído, pero no sé de qué estás hablando.

—Deja que te lo explique. Te estoy diciendo que no estoy seguro de que no vayas a ser tú quien herede Espada.

—Pero si siempre has dicho que…

—Sé lo que he dicho, que solo heredaría Espada quien llevara mi sangre. Y ojalá pudiera ser así, pero mis hijos no tienen intención de venir aquí a vivir, y yo no quiero que contraten a un extraño para llevar Espada cuando muera.

—Pero para eso falta mucho, Jonas —aseguró Caitlin alargando una mano—. No hace falta que hablemos de eso ahora. Tú no puedes saber si Trav, Slade o Gage querrán venir algún día.

—Eso no va a suceder, y tú lo sabes. Quiero morir sabiendo que dejo estas tierras en buenas manos. Lo que quiero decir es que me estoy dando cuenta de que la sangre no es lo mejor.

—¿En serio?

—¿No acabo de decírtelo? No, no lo es. Jamás lo había pensado, pero puede haber ocasiones incluso en las que sea mala.

—¿La sangre, mala?

—Maldita sea, niña, ¿quieres dejar de repetir lo que digo? —dijo Jonas sacando un puro—. He estado reflexionando, Catie. He reflexionado, y no sé, pero quizá, solo quizá, seas tú quien herede Espada.

—Estás hablando en serio —afirmó Caitlin hundiéndose en una silla—. ¿Verdad?

—Sí, pero aún no estoy decidido, así que no te hagas ilusiones.

—No, no me haré ilusiones —sonrió.

—Necesito… solucionar ciertas cosas antes, antes de tomar una decisión. Y hablar con los chicos, claro.

—Claro.

¿Sería posible? ¿Se habría dado cuenta Jonas por fin de que su pasión por el rancho era tan grande como la de él?

—Pero mientras tanto aléjate de Tyler Kincaid. Caitlin se puso en pie.

—¡Eres un viejo zorro! ¡Así que era eso! ¿Crees que puedes pasarme el rancho por las narices y evitar así que vea a Tyler?

—¡No, demonios, no! Solo quería protegerte.

—¡Tú solo quieres proteger Espada! —lo acusó Caitlin herida ante el intento de manipulación de Jonas—. No comprendo por qué lo odias tanto.

—Te lo he dicho, es un mentiroso. Un timador. No pretende nada bueno, solo quiere algo que no es suyo.

—Me quiere a mí —afirmó Caitlin señalándose a sí misma con el dedo—. A mí, Jonas, no tu precioso rancho. Soy yo quien lo atrae, no tú. Y te diré otra cosa, iba a negarme a volver a verlo, pero…

—Pero si hace un segundo, cuando te pregunté…

—Te dije que sí iba a verlo porque me enfadé contigo al ver que tratabas de interferir —no era cierto, y ella lo sabía. Volvería a ver a Tyler porque lo deseaba, porque no había podido dormir en toda la noche imaginando qué hubiera ocurrido si le hubiera dejado hacerle el amor—. Y ahora estoy más enfadada aún, así que voy a salir con Tyler Kincaid cada vez que me lo pida. Todas las noches de la semana, si lo desea. ¡Demonios, si no me lo pide se lo pediré yo! —añadió airada—. Así que entérate bien.

—¡Catie, maldita seas, no te vayas así! —exclamó Jonas corriendo tras

ella y tomándola de la muñeca—. Niñita, niñita, yo solo quiero lo mejor para ti.

—Prueba otra vez —contestó ella soltándose.

—Dios mío, cuando te dije que no salieras con esa víbora de Leighton no te pusiste así.

—¡Pues anoche sí querías que saliera con él!

—Sabes que no lo dije en serio, Catie. Comparado con Leighton cualquier serpiente es buena compañía.

—Exacto. El quiere este rancho como sea, y haría cualquier cosa por conseguirlo. Pero te diré una cosa, Jonas, como trates de engatusarme de nuevo con Espada para que no salga con Leighton correré a echarme en sus brazos tan deprisa que la cabeza te dará vueltas.

—Hablas por hablar, niña. Jamás saldrías con un tipo como mi sobrino. Pero si Leighton es...

—¿Oigo mencionar mi nombre? Caitlin y Jonas se volvieron. Leighton Baron estaba en el umbral de la puerta sonriendo.

—¡Leighton! —exclamó Caitlin, acercándose a él y agarrándose de su brazo—. Sí, hablábamos de ti. Jonas me estaba diciendo cuánto tiempo hacía que no pasabas por aquí, y yo le comentaba que te echaba mucho de menos. ¿Has estado fuera?

—Pues... pues... no, no, no he estado fuera. ¡Qué buen recibimiento, querida!

—Catie —advirtió Jonas—, Catie, no seas tonta. Recuerda lo que te he dicho sobre... sobre el futuro.

—¡El futuro! ¿Y a quién le importa? Hay que vivir el presente. ¿Tú qué crees, Leighton?

Leighton vaciló. Trataba de averiguar en qué dirección soplaba el viento en ese momento.

—Ah, bueno pues, aaahhh... creo que las dos opciones tienen mérito.

—Lo que sí que tiene mérito es que jamás me contradigas, ¿verdad, sobrino?

—Si casi siempre estoy de acuerdo contigo, tío, es porque tú eres muy inteligente —dijo Leighton después de tragar.

—Deberías de haber sido diplomático, Leighton, se te dan bien las palabras —comentó Caitlin.

—Gracias, querida. En realidad en una ocasión pensé en meterme en el gobierno, pero...

—Pero Washington decidió que ya había bastante leña en el fuego sin tu contribución, ¿no es eso? ¿Pasabas por aquí por alguna razón, Leighton, o simplemente querías asegurarte de que empezaba mal el día de hoy? —inquirió Jonas.

—Pues en realidad... en realidad...

—Ibas a invitarme a almorzar, ¿verdad? —preguntó Caitlin.

—Maldita seas, niña, ¿es que estás loca?

Lo estaba. Tenía que estarlo. Solo una tarántula podía ser más rastrera que Leighton, y en realidad no tenía nada contra las tarántulas. Leighton era alto y bien parecido, pero jamás había trabajado en su vida. Vivía de los pozos de petróleo que le había dejado su padre, no era en absoluto como Tyler. Caitlin tenía la sensación de que Tyler había trabajado mucho para conseguir lo que tenía. Sus manos eran callosas, no suaves, y su cuerpo musculoso...

—¿Leighton?, ¿querías llevarme a almorzar o no?

—Catie, hoy quiero que te quedes —dijo Jonas tenaz.

—Jonas quiere que te quedes —musitó Leighton.

—¡Pero Leighton! ¡Qué desilusión! ¡Creía que querías salir conmigo!

—Y quiero —dijo tras mirar de reojo a Jonas—. Por supuesto que quiero, es decir... me encantaría llevarte a almorzar, Catie, pero Jonas ha dicho que...

—¿Y a quién le importa lo que diga Jonas? —sonrió Caitlin—. Vamos, Leighton, nos divertiremos. ¿Es que no quieres pasártelo bien conmigo?

—Contesta, Leighton. ¿No quieres pasar un rato divertido con nuestra dulce Caitlin?

Leighton se puso pálido. Caitlin bajó lentamente los brazos de sus hombros y se volvió.

Tyler estaba en el umbral de la puerta. Era la viva imagen del poder masculino. Iba vestido como el primer día de llegar a Espada, con vaqueros, botas y camiseta, pero el parecido acababa ahí. Su rostro parecía esculpido en granito de puro severo y sus ojos verdes parecían de cristal.

—Tyler —dijo ella. Él la miró. Sus ojos no perdieron ni un ápice de frialdad—. Tyler, no... no te esperábamos.

—Eso parece.

Leighton hizo un ruido indiscernible y dio un paso atrás. Jonas, en cambio, permaneció inmutable. Caitlin se asustó. ¿Qué estaba ocurriendo? Leighton estaba muerto de miedo, aunque eso no era de extrañar. Pero Jonas... Jonas estaba inmóvil. Ni echaba a Tyler de la casa ni lo maldecía. Ni siquiera abría la boca.

Y ella tampoco lo estaba haciendo mucho mejor. Estaba segura de que Jonas se equivocaba, de que Tyler la quería a ella, no Espada. Pero lo cierto era que había entrado en la finca con engaños. Y la noche anterior no se había comportado precisamente como un caballero. La respiración de Caitlin se aceleró al recordar. Tyler Kincaid era peligroso. Esa era la razón por la que Leighton y Jonas le tenían miedo. Pero ella tenía mucho más que temer. Tyler llevaba vaqueros y domaba caballos, pero vivía en otro mundo y volvería a él en cuanto se cansara de Texas y de ella.

Para Tyler Kincaid ella debía de ser solo un entretenimiento. Podía imaginarlo en su Porche, con mujeres que olían a perfume caro y vestidos de seda, mujeres sofisticadas de uñas pintadas. Tyler dio un paso adelante.

—Caitlin —dijo en voz baja, con los ojos fijos sobre ella.

—Este es Leighton Baron —los presentó Caitlin—. Leighton, este es Tyler Kincaid.

Leighton se lamió los labios, vaciló, y por fin alargó la mano. Le temblaba. Tyler se la estrechó, pero ni siquiera lo miró.

—Otro Baron —dijo sonriendo maliciosamente—. ¡Qué bien!

—Leighton y yo íbamos a ir a almorzar.

—No —soltó Leighton—. Es decir... es decir... —sonrió nervioso—. Pensamos ir, pero ahora que hay visita pues...

—¿Qué estás haciendo tú aquí, Kincaid? —todos los ojos se volvieron hacia Jonas, que se puso en pie y dio un paso adelante. Su postura, su modo de estar, su mentón desafiante parecían un duplicado de los de Tyler—. Mi hijastra no va a volver a verte, así que puedes marcharte por donde has venido.

Tyler miró entonces a Caitlin.

—¿Es eso cierto? —inquirió en voz baja—. ¿Has decidido no volver a verme?

—No... es decir —Caitlin sintió que se le hacía un nudo en el estómago—. Sí, eso es lo que he decidido —terminó dando un paso hacia Leighton—. Aquí no tienes nada que hacer, Kincaid.

—Te equivocas —dijo Tyler sonriendo para mirar a Jonas—. Tú y yo tenemos un asunto, Jonas.

—Ya hemos terminado nuestros asuntos, Kincaid —objetó Jonas con brusquedad—. Te he dicho que te marches de mis tierras.

—No, tú creíste que no me quedaba ningún motivo para rondar por aquí, Baron, pero te equivocas. Y mucho. ¿Quieres que hablemos aquí, delante de tu hijastra y de tu sobrino, sobre lo que sucedió hace treinta y cinco años?

El rostro de Jonas palideció.

—Jonas, ¿quieres que vaya a buscar a los hombres? —preguntó Caitlin lamiéndose los labios.

—No, estoy bien, Catie. Parece ser que el señor Kincaid cree que tenemos algo de que hablar. Pues bien, como es sábado y no tengo nada que hacer puede que sea cortés con él.

Jonas pareció calmarse. Caitlin lo observó abandonar la habitación. Entonces, soltó el brazo de Leighton y siguió a Tyler.

—No sé qué tratas de hacer, pero es un hombre mayor, y tu presencia lo inquieta.

—Seguro que sí.

—Quiero que salgas de esta casa, Kincaid.

—Esto no tiene nada que ver contigo, Cait.

—Te equivocas. Si le concierne a Jonas, me concierne a mí.

—¡Maldita sea, Cait...!

—Mi nombre es Caitlin, y será mejor que te des la vuelta y que te vayas por donde has venido.

—¿Cómo has dicho que te llamabas, amigo? —inquirió Tyler dirigiéndose a Leighton.

—Leighton, Leighton Baron —contestó con voz temblorosa.

—Bien, Leighton Baron, la señorita McCord parece un poco tensa. ¿Por qué no te la llevas a almorzar?

—Oh, no, es decir, en realidad no iba a...

—Claro que ibas a invitarla —sonrió Tyler alargando una mano para agarrar a Caitlin por el cuello—. Llévala a almorzar, pero tráela de vuelta inmediatamente —añadió mirando a Caitlin a los ojos. El corazón de ella se aceleró al mirar en lo más profundo de los de él—. Y después te das la vuelta y te olvidas de ella para siempre, porque Caitlin McCord es mía.

—No —negó Caitlin.

Sin embargo era demasiado tarde. Tyler la atrajo a sus brazos y la besó. Ella luchó, golpeó su pecho con los puños... y después gimió, abrió la boca y le devolvió el beso.

Capítulo 8

BESARLA había sido un error. Tyler lo sabía, lo supo en cuanto atrajo a Caitlin a sus brazos.

No dejaba de repetirse a sí mismo que la había besado porque le había molestado el modo en que ella lo había tratado, que aquello no tenía nada que ver con la necesidad de volver a saborear sus labios. Pero entonces ella abrió la boca, abrió su boca cálida y dulce en una rendición, y él se perdió.

Todo estaba perdido. El sentido común, el sentido de la realidad. Solo existía Caitlin, suave y excitante en sus brazos. Olvidó quién era y dónde estaba, olvidó que no estaban solos. Tomó su rostro entre las manos y ladeó la cabeza para besarla con pasión. Ella jadeó, levantó las manos y lo agarró de la camisa. Y, de repente, sintió que ella se ponía tensa y se apartaba de él.

—No —dijo en un susurro tembloroso.

«No», eso fue lo que dijo. No exclamó: «¿cómo te atreves?» o «¡suéltame!». En lugar de ello susurró solo esa palabra, y cuando él abrió los ojos y vio su precioso rostro se hundió. Los ojos de Caitlin estaban muy abiertos y sus labios temblaban. La verdad estaba escrita en su rostro, en sus rasgos. Caitlin tenía miedo, pero no de él sino de lo que sentía por él, de lo que él sentía por ella

La realidad lo despertó. ¿Qué estaba haciendo? ¿Acaso había perdido el juicio? Quizá. Debía de estar loco para cortejar a la hijastra de un hombre que, según sabía por fin, había sido y seria siempre su enemigo. Y además con audiencia. Leighton trataba de escabullirse.

—¡Suéltame, Kincaid!

Tyler parpadeó, miró a Caitlin. Lentamente, con deliberación, apartó las manos de ella.

—Lo siento —dijo en voz baja.

Pero sabía que esa disculpa no seria suficiente. Los ojos de Caitlin ya no estaban oscurecidos por la pasión, sino enfurecidos.

—Harías cualquier cosa para ponerme en una situación violenta, ¿verdad?

—No, demonios, no. No te he besado para…

—¡Leighton! ¡Leighton!, ¿dónde estás? —inquirió Caitlin sin apartar los ojos de Tyler.

—No lo metas a él en esto —dijo Tyler—. No es asunto suyo.

¿Sería cierto? Caitlin no estaba segura. Creía que Tyler la había besado para marcarla, para dejar su impronta sobre ella como una advertencia, para controlarla. Tyler quería algo, algo que tenía relación con Jonas y con Espada. Y era peligroso para ella. Su instinto le decía que Jonas tenía razón, que Tyler trataba de utilizarla. Pero cuando la besaba lo olvidaba todo.

—¡Leighton! —gritó con frialdad—. ¿Es que vas a dejar que este extraño me insulte?

—¡Ah, Caitlin, Caitlin! —suspiró Tyler.

—¿Leighton? —repitió ella dando un paso atrás.

—Estoy aquí, Caitlin —contestó una voz patética—. Señor Kincaid… su presencia es….

—Tú no te metas en esto, Baron.

—¿Cómo te atreves a hablarle en ese tono? ¡Leighton! ¿Por qué no haces algo?

—Está haciendo algo —sonrió Tyler—. Se mete en sus propios asuntos.

No es cierto, ¿amigo?

—Caitlin, querida, quizá...

Tyler tomó a Caitlin del codo y la sujetó mientras ella trataba de soltarse.

—McCord, no lo metas a él en esto. Esto es entre tú y yo.

—Es entre tú y Jonas —afirmó Caitlin esperando ansiosa a que él lo negara.

Pero Tyler no lo negó. La miró y la soltó.

—Tienes razón, lo es.

Tyler se inclinó hacia ella y rozó su boca con los labios. Y después se encaminó hacia la biblioteca donde lo esperaba Jonas. Entonces, Leighton se acercó a ella y musitó un juramento. Caitlin lo miró irritada, pero al ver lo pálido que estaba comprendió. ¿Qué otra cosa hubiera podido esperar de Leighton? Todos sabían cómo era. Además tenía que ser sincera, ella también había besado a Tyler.

Nadie que hubiera visto la escena se habría atrevido a interferir. Bueno, exceptuando a sus hermanastros. Ellos no le habrían tenido miedo. En realidad Gage, Travis y Slade le recordaban a Tyler. Eran hombres duros cuando hacía falta, y dulces cuando se precisaba.

Caitlin cerró los ojos y recordó los besos de Tyler. De haber estado solos habrían terminado lo que habían comenzado la noche anterior. Lo deseaba. Oh, sí, lo deseaba. Se derretía por yacer bajo él, por observar su bello y arrogante rostro perder el control al arquearse ella para encontrarlo, por abrazarlo con las piernas por el torso, por sentirse penetrada muy profundamente...

—¿Catie?

Caitlin parpadeó. Leighton la observaba pálido.

—Debería haber pegado a ese tal Kincaid, pero no quería comprometerte más.

—Claro —suspiró Caitlin.

—¿Te encuentras... bien?

—Solo ha sido un beso, Leighton —rió Caitlin—. Estoy bien. Bueno, no del todo, estoy muerta de hambre. ¿Crees que es tarde para almorzar?

—Ah, sí, creo que sí, quizá otro día... —comenzó a decir Leighton mirando hacia la biblioteca, como si Tyler fuera a aparecer.

—Tonterías, tengo hambre. Y si nos perdemos el almuerzo, iremos al buffet del Hearthstone Inn. ¿Qué te parece?

—Estupendo... es decir, si de verdad crees que... si de verdad quieres que...

—Maldita sea, Leighton, ¿no acabo de decírtelo?

Caitlin lo arrastró escaleras abajo. ¿Por qué lo hacía? Lo último que deseaba era pasar la mañana con Leighton. Tyler los observaba desde una ventana. Caitlin sintió un escalofrío en la espalda. Sentía sus ojos sobre ella casi como el beso en los labios. De pronto, no podía respirar.

—De prisa, Leighton.

Jonas normalmente recibía a las visitas sentado en el sillón que Marta irónicamente llamaba su «trono». Era un sillón orejero de piel con el blasón de Espada tallado en la espalda y en los brazos. El escudo consistía en unas astas de toro atadas con cuerdas y cortadas por la espada española que Jonas había encontrado en aquellas tierras décadas atrás, cuando luchó por hacer de ellas su propiedad.

Aquel sillón le confería poder. Educar a sus hijos, elegir a un político o

extender un cheque: todas las cosas importantes de su vida las había hecho desde ese sillón. Pero en ese momento Jonas no se sentó. Esperaba a Tyler de pie, el instinto le decía que era un error enfrentarse a él sentado. Nada, ni el sillón, podía conferirle ningún poder si la conversación se desarrollaba tal y como imaginaba. Tal y como temía. Todos sus viejos recuerdos habían vuelto a revivir. Habían revivido para perseguirlo día y noche durante aquellas semanas, desde el mismo momento en que vio por primera vez a Tyler Kincaid.

Era demasiado pronto para tomar un bourbon, pero Jonas se sirvió uno, se bebió la mitad de un trago y volvió a llenar el vaso, esperando a que Kincaid entrara. El muy desgraciado se tomó su tiempo. Y encima se quedó callado y se puso a mirar por la ventana nada más entrar.

—Querías verme. Estoy aquí, no ahí fuera —Kincaid no respondió. Ni siquiera se dio la vuelta. Siguió mirando por la ventana—. Maldita sea, Kincaid…

Jonas sacudió la cabeza. La ventana estaba abierta. Podía escuchar voces fuera. Eran Caitlin y Leighton. Ella lo agarraba del brazo y reía. Kincaid, tenso, cerraba los puños. Escuchaba y observaba. Jonas frunció el ceño. ¿De verdad creía que podía salirse con la suya con Catie? Ella era una Baron. Bueno, no exactamente, pero casi.

—Kincaid —lo llamó Jonas cruzando la habitación—, si tienes algo que tratar conmigo ve al grano, si no, sal de mi propiedad.

Tyler se volvió lentamente hacia él. El anciano pretendía mostrarse duro y autoritario, pero en sus ojos temblaba un brillo que delataba su falta de seguridad.

—Eres bueno amenazando, Baron.

—No era una amenaza, era un promesa.

Tyler sonrió. Hubiera preferido ahorcar al viejo, pero… ¿de qué hubiera servido después de tantos años? Tenía que arrebatarle las respuestas que había ido a buscar, era demasiado tarde para vengarse. Demasiado tarde.

—Finges muy bien que no sabes a qué he venido.

—Un asunto, has dicho.

—No, Baron, yo no he dicho eso. Te dije que quería hablar sobre algo que sucedió hace treinta y cinco años —afirmó Tyler tomándose su tiempo para atravesar la habitación y, pasando por delante de Jonas, dirigirse al mueble-bar—. Es demasiado pronto para tomar un bourbon, ¿es que no tienes otra cosa con que mojar la garganta?

—Estás en tu casa —dijo Jonas observando cómo rebuscaba por el armario.

—Claro, ya sabes, «más vale tarde que nunca». Los ojos de ambos se encontraron, y Jonas sintió que se le hacía un nudo en la garganta.

—Yo no sé mucho de dichos, pero si quieres mira en el armario que hay justo debajo. Es una nevera.

Tyler sacó una cerveza, la abrió y se la llevó a los labios. Tenía la garganta seca, pero no estaba nervioso. ¿Por qué iba a estarlo? Estaba a punto de enfrentarse a su pasado, de dejar atrás sus demonios. Y todo gracias a una llamada telefónica de su detective privado de aquella misma mañana.

—Espero que esté usted sentado, Kincaid —había dicho Grane—. Tengo noticias increíbles.

Tyler dio otro sorbo de cerveza. Increíble era la palabra. Y así era como había decidido tratar aquella noticia, como algo que le había parecido

increíble, no como si aquella información hubiera abierto una nueva brecha de la que habían surgido otra docena de preguntas que necesitaban respuesta con más urgencia aún que la primera. Tyler respiró hondo y se volvió hacia Jonas.

—La última vez que hablamos te hice ciertas preguntas.

—Puede.

—Preguntas sobre bebés nacidos en Espada hace treinta y cinco años.

—¿Sí? —Jonas se encogió de hombros—. Mi memoria ya no es lo que era, Kincaid, pero si tú lo dices…

—No me tomes el pelo —Jonas estuvo a punto de responder, pero observó la ira reflejada en los ojos de Tyler y decidió callar—. Te dije que me interesaba especialmente un niño nacido aquí el dieciocho de julio, o alrededor de esa fecha, hace treinta y cinco años —continuó Tyler dejando la botella sobre la mesa y cruzándose de brazos—. ¿Te refresca eso la memoria?

—Al grano, Kincaid.

—Hablamos sobre un par de hombres que trabajaban aquí y cuyas mujeres estaban embarazadas ese verano.

—Tú hablaste, yo escuché. Y te dije que a estas alturas es imposible que me acuerde.

—Pero recordabas que tu ama de llaves dio a luz ese verano.

—Sí, bueno, pero eso es diferente. Carmen lleva tanto tiempo con nosotros que es como si fuera de la familia. Tengo cosas que hacer y lugares a los que ir, Tyler. Si tienes algo que decir, desembucha.

—Pero de lo que no te acordaste es de que tu mujer tuvo un bebé ese mismo verano —dijo Tyler metiéndose las manos en los bolsillos con aire de vengador—. ¿Cómo es que no lo mencionaste, Baron? ¿Cómo es posible que olvidaras que Juanita Baron tuvo un bebé?

Jonas se movió deprisa, mucho más deprisa de lo que Tyler hubiera esperado de un hombre de su edad. Alargó una mano y agarró a Tyler de la solapa.

—Mucho cuidado con lo que dices de mi esposa —gruñó.

—Quítame las manos de encima —replicó Tyler—. Quítame las manos de encima o acabaré por hacer contigo lo que tanto deseo hacer desde esta mañana. ¡Te agarraré del cuello y te tiraré por esa maldita ventana! —ambos hombres se miraron de frente. Al fin, Jonas soltó la solapa de Tyler y dio un paso atrás—. ¿Cómo es posible? —insistió Tyler.

—No lo mencioné porque no es asunto tuyo.

—Te pregunté qué sabías sobre los niños que nacieron en Espada ese verano.

—Y yo te contesté —replicó Jonas alejándose para tomar su vaso y beber el resto del bourbon. Su mano temblaba—. No tengo por qué darte detalles, Kincaid, pero ya que lo preguntas te lo diré. Sí, mi mujer dio a luz. Mi primera mujer. Pero murió en el parto.

—Eso ya lo sé —asintió Tyler esperando a ver si aquello lo afectaba, igual que había hecho cuando el detective le dio la noticia. Sin embargo no sintió nada—. Está enterrada en Espada.

—Sí, así es. ¿Contento?

—¿Es así como crees que debería de sentirme? —preguntó Tyler con una sonrisa—. ¿Contento?

—¿Y por qué no? Entras aquí, me obligas a hablar de algo que aún me apena recordar y…

—¿Qué es lo que te apena tanto recordar?

—¿Pues qué va a ser?, lo que acabo de contarte, que perdí a mi mujer. Juanita era… muy especial para mí —confesó Jonas tembloroso.

Lo decía en serio, pensó Tyler. A pesar de haber hecho lo que había hecho aquel hombre había querido a su mujer. Por primera vez, desde el momento de iniciar aquella investigación, Tyler se preguntó si de verdad quería conocer la verdad. Cuanto más ahondaba en ella más incomprensible le resultaba. Quizá fuera mejor dejarlo todo donde estaba, no saber la verdad. Pero no, jamás se había echado atrás en su vida, y no iba a hacerlo precisamente en ese momento.

—Especial —repitió en voz baja.

—Sí, así es —asintió Jonas.

—¿Tan especial que le arrebataste el bebé del vientre y lo diste por ahí?

Por fin, pensó Jonas. Por fin salía a la luz el odioso secreto. Por fin, se destapaba un secreto que él había creído enterrar muy hondo años atrás. Pero estaba preparado, se sentía preparado desde el momento mismo en que Tyler Kincaid le había plantado cara. Lo cierto era que, en el fondo, siempre había esperado ese momento.

Treinta y cinco años atrás su juventud le había llevado a creer que la fortuna y el poder podían cavar un pozo tan profundo que jamás nadie podría encontrarlo.

—Kincaid —suspiró Jonas—, me asombras.

—El sentimiento es mutuo, tú también me asombras, Baron. Una vez estuve a punto de despedazar a un hombre que trató de arrojar a un cachorro de perro al río —explicó dando un paso adelante—, así que imagínate lo que haría contigo.

—Me asombras, chico, porque tienes mucha imaginación. ¿Arrebatarle el bebé del vientre y darlo por ahí? ¿Es de eso de lo que me acusas?

—Sí —afirmó Tyler fríamente—. De eso es precisamente de lo que te acuso.

—Bueno, pues lo siento, Kincaid, pero la verdad es que mi Juanita murió en el parto, y su bebé murió también.

—¿Su bebé?

—Nuestro bebé —se corrigió Jonas maldiciéndose mentalmente por el desliz—. Es la tragedia de mi vida, Kincaid, perder a mi adorada esposa y a mi hijo en menos que canta un gallo.

—Sí, una tragedia tremenda, tan tremenda que volviste a casarte un año después.

—Bueno, ¿qué puedo decirte, chico? Yo soy de esos hombres que necesitan tener siempre a una mujer… Tyler lo agarró del cuello de la camisa y Jonas jadeó.

—Eres un desgraciado —gritó elevando a Jonas sobre las puntas de los pies—. Aquel bebé no murió. Arrojaste a tu hijo a la calle como si fuera basura.

—Eso no es cierto —tartamudeó Jonas—. Está muerto, te lo juro. Murió antes de…

—¡Mentiroso! ¡Es inútil mentir, desgraciado! —gritó Tyler soltando al viejo y apartándolo de sí.

Había estado a punto, muy cerca del límite. Tenerlo agarrado por el cuello le había hecho sentirse bien.

—Fuera de aquí —gritó Jonas—. Fuera, Kincaid, antes de que te…

—Deja de bufar, Baron. Sé la verdad, y ninguna de tus mentiras va a

cambiarla. Debiste pagarle al médico que atendió a tu mujer una pequeña fortuna, o quizá lo tuvieras acorralado. De un modo u otro conseguiste que firmara dos certificados de defunción, pero no evitaste que se arrepintiera de ello toda la vida ni que lo lamentara junto a una botella. Y se lo contó a alguien que está dispuesto a testificar.

—¿A quién? —exigió saber Jonas mordiéndose el labio después—. No es que me importe, en realidad, no sé de qué estás hablando.

—Y además está la tumba, allá arriba, en la colina —continuó Tyler—. La tumba en la que se supone que está enterrada mi… tu primera esposa y su bebé —añadió observando el rostro pálido de Jonas—. Sí, exacto. Piensa en la tumba y en lo que hay realmente en ella, en lo que pasaría si se abriera.

Jonas pareció hundirse. Alargó una mano, se agarró al brazo de su sillón y se desplomó sobre él.

—Está bien —se rindió al fin—. El único cuerpo que hay en esa tumba es el de Juanita. ¿Era eso lo que querías oír?

¿Lo era? Tyler tragó. Por fin había llegado el momento, pero de pronto ya no estaba tan seguro. Hasta ese momento había creído saber lo que quería. Respuestas, respuestas a su rompecabezas. Resolver el misterio de quién era, de por qué había sido abandonado. Pero la llamada telefónica de su detective privado lo había cambiado todo.

—¿Kincaid?

Tyler ladeó la cabeza. Jonas Baron lo miraba lleno de odio.

—Hazte un favor a ti mismo, chico. No hagas más preguntas. Date la vuelta, sal por esa puerta y los dos nos olvidaremos de que nos hemos encontrado. ¿De acuerdo?

—No —respondió Tyler con dificultad—. No, necesito una última respuesta.

—Eso me parecía. Está bien, dispara. Tyler respiró hondo. Su corazón, su pulso, todo su cuerpo pareció paralizarse por un segundo.

—Quiero saber por qué me abandonaste.

Capítulo 9

INMEDIATAMENTE Tyler lamentó haber hecho esa pregunta. Tenía que exigir que le dijera la verdad, no suplicárselo, y sin embargo su voz había sonado a súplica, como si le estuviese rogando que le diera una explicación.

¿Pero qué importaba cómo hubiera sonado? Había obtenido lo que buscaba y mucho más. Más. Algo que jamás había imaginado, algo que no podía comprender. Había reflexionado miles de veces sobre las posibles razones de que lo hubieran abandonado. Imaginaba a su madre joven, sola y asustada, tan desesperada que no había visto otra salida más que abandonarlo. Y aun así le costaba comprender que no hubiera mirado atrás.

Por fin conocía la razón, pero la verdad lo hería más profundamente aún. Su madre no había sido una joven desesperada, sino una mujer. Y había muerto al darle la vida. Pero había sido su marido quien lo había abandonado.

—Contéstame, desgraciado —gruñó volviéndose hacia Jonas—. ¿Por qué lo hiciste? ¿Cómo es posible que arrojaras así a tu hijo?

—No te arrojé, lo arreglé todo para que tuvieras a dónde ir —respondió Jonas con frialdad.

—Para que tuviera a dónde ir —repitió Tyler en voz baja.

—No me gustan los juegos de palabras, Kincaid. Querías saber la verdad, bueno, pues te la estoy contando. Si no te gusta, peor para ti.

—Está bien, continúa —dijo Tyler. Jonas se acercó al mueble bar, sacó la botella de bourbon y se sirvió otra copa.

—No fue tan difícil. Tenía un contacto en Atlanta, un abogado con el que había hecho negocios —explicó Jonas dando un sorbo—. No es el tipo de buffet del que a uno le gusta hablar, pero sabían cómo manejar el asunto. El abogado inventó una historia que fue la que te contaron cuando fuiste mayor, eso de que te encontraron abandonado en un portal. Te consiguió un certificado de nacimiento y te puso un nombre…

—John Smith —dijo Tyler sin apartar la vista del anciano.

—Puede ser, hace mucho tiempo. Fue el abogado quien hizo todo lo necesario. Te legalizó, te dio a una pareja que estuvo de acuerdo en criarte —Jonas dio otro trago—. Les dio un generoso cheque para asegurarse de que lo hicieran.

—No fue lo suficientemente generoso —comentó Tyler con frialdad—. Para cuando murieron ya se lo habían gastado todo.

—Eso oí decir. Yo también he hecho mis averiguaciones desde que apareciste por aquí —explicó Jonas sacando un puro del bolsillo de su camisa y mordiendo la punta—. De todos modos, has salido adelante, ¿no?

—¡Oh, sí! —afirmó Tyler con una siniestra sonrisa—. He salido adelante yo solo.

—Bien, entonces… viniste a por respuestas y ya las tienes, así que con esto se acaba el asunto —dijo Jonas caminando hasta la puerta y abriéndola—. Hoy es domingo, chico, mi único día de descanso, así que te agradecería que…

Tyler cerró la puerta de golpe y se quedó de pie delante de ella con las manos cruzadas sobre el pecho.

—¿Por qué?

—¿Por qué, qué?

—¡No juegues conmigo, desgraciado! Dime por qué abandonaste a un

hijo que llevaba tu misma sangre.

—Ahí está la cuestión —respondió Jonas con dureza—, que tú no llevas mi misma sangre. Mi mujer me fue infiel, se echó un amante, un vagabundo. Tú eres suyo, no mío.

—¿Que mi ma... tu mujer te dijo eso?

—¡Demonios, no! —rio Jonas—. Me puso los cuernos, pero no era estúpida. Juanita insistió en que eras mío hasta el momento del parto. Debía pensar que si insistía lo suficiente acabaría por creerla. Pero yo sabía contar, Kincaid. Me había echado de su cama nueve meses antes. El único hombre que podía haber estado en esa cama era el vagabundo.

Tyler apretó los puños en los bolsillos y caminó por la habitación. Era demasiada información como para asimilarla.

—¿Quién era él? Mi padre, ¿cómo se llamaba?

—No lo recuerdo. ¡Demonios, ni siquiera me importa! Oí decir que se había matado tratando de subirse a un tren un par de meses después de que lo echara de aquí. ¿Alguna pregunta más?

Tyler sacudió la cabeza. Tenía más respuestas de las que podía asimilar. De modo que era el producto ilegítimo de una unión entre una mujer infiel y un vagabundo. Conociendo la historia no podía culpar a Jonas. Podía haber manejado el asunto de otro modo, eso era cierto, podía haberlo dado en adopción por canales legales. De ese manera quizá él habría tenido una vida mejor, más fácil... Pero la vida era lo que uno hacía de ella, y él lo había hecho lo mejor que había podido.

La postura de Jonas era comprensible. ¿Qué hombre hubiera podido superar la idea de que su mujer le había sido infiel? Si Caitlin se entregaba alguna vez a otro hombre, si anhelaba los besos de otro...

—Te he hecho una pregunta, Kincaid. ¿Tienes más preguntas o no?

—No, hemos terminado —contestó Tyler aclarándose la garganta.

—Bien, hemos terminado —asintió Jonas—. Y si tienes alguna estúpida idea sobre Espada será mejor que la olvides.

—¿Espada? —repitió Tyler—. ¿Y qué idea podría tener yo sobre Espada?

—Vamos, chico, que soy viejo, pero no senil. Se habla del rancho en todas partes, de que no tengo a quien dejárselo.

—Pues siento desilusionarte, Baron, pero de donde yo vengo nadie habla de Espada. Y, a menos que haya malinterpretado las palabras de tu hijastra, tienes tres hijos varones.

—Ninguno de ellos lo quiere.

—Sí, bueno, eso es muy interesante, pero...

—Quizá pensaras que tenías algún derecho a reclamarlo —lo interrumpió Jonas frunciendo el ceño—. Quizá incluso supieras ya todo lo que te he contado sobre Juanita, y quizá sea esa la razón por la que has venido, para defender que Espada es tuyo.

—¿Qué?

—Ya me has oído, chico. Entraste en mis tierras engañándonos, y ahora, que yo sepa, podrías mentir y decir que yo soy tu padre.

—Como vuelvas a llamarme «chico» o a acusarme de mentir te voy a... te voy a...—lo amenazó Tyler agarrándolo de la solapa para soltarlo poco después—. Escucha, Baron, y escúchame con atención. He venido aquí por una sola razón, y desde luego no tiene ninguna relación con tu maldito rancho. ¿Por qué diablos iba yo a quererlo? Para mí no significa nada, solo es un puñado de tierra sucia y un montón de vacas.

—Pues ese puñado de tierra y esas vacas valen una fortuna.

—Has dicho que habías hecho tus averiguaciones, así que sabrás que no necesito tu dinero.

—El dinero no lo es todo..

—¿Eso es un consejo? —inquirió Tyler sonriendo mordaz—. ¿O se trata de sabiduría aprendida con los años?

—Se trata de los hechos, Kincaid. Ningún hombre está dispuesto a renunciar a sus derechos de nacimiento.

—Sus derechos de nacimiento —repitió Tyler arqueando una ceja.

—Podría haber gente que dijera que yo te los he negado. Tú llevarías mi nombre de no haber pillado yo a tu madre con el vagabundo —explicó Jonas dejando a un lado el puro sin encender—. Apuesto a que me odias por eso.

—No te odio, hiciste lo que tenías que hacer.

—Vamos, Kincaid, sé sincero. Acabaste viviendo con una gente que te crió por dinero solo por mi culpa. Y cuando ellos murieron fuiste a un orfanato del estado.

—Hay cosas peores —afirmó Tyler.

—Desde luego —sonrió Jonas—. Por ejemplo el rancho al que te llevaron cuando te metiste en líos.

—Ve al grano, si es que quieres decirme algo.

—Claro, claro que quiero decirte algo, que me parece muy tentadora la idea de venir aquí y reclamar que eres un Baron.

—Pero tú acabas de decirme que no lo soy —sonrió Tyler mordaz—. Y cuanto más te conozco, viejo, más feliz me hace la idea.

—Mi primogénito vino al mundo tres años después de ti.

—¡Vaya suerte! —exclamó Tyler.

—Y te lo digo desde ahora, no estoy dispuesto a que me hagan ningún test para demostrar que no llevas mi sangre.

—¿Estás loco? ¿Acaso te lo he sugerido yo?

—Te lo advierto, te lo digo alto y claro, como se te ocurra llamar a un abogado para hablar de genes y cromosomas, os echaré encima a mis abogados, a él y a ti, y os haré picadillo —añadió señalando a Tyler con un dedo sobre su pecho—. ¿Queda claro?

Tyler agarró a Jonas del brazo. Los músculos de Jonas eran fuertes, pero los de Tyler lo eran más. Tyler le retorció el brazo sobre la espalda hasta que el anciano gritó de dolor.

—¡Desgraciado! —exclamó Tyler—. Así que no estás seguro de no ser mi padre, ¿eh? Abandonaste a un bebé como si fuera una bolsa de basura, y sin embargo durante todo ese tiempo sabías que podía ser tu hijo.

—Imposible, no podrías haber sido mío. Te lo he dicho, Juanita me echó de su dormitorio durante todo aquel largo invierno excepto por...

—¿Excepto por...?

—Excepto por la vez que tiré la puerta y tomé lo que era mío, a pesar del hecho de que probablemente entonces tú ya estabas en su vientre.

—Eso tú no lo sabes.

—No eres mío, Kincaid, lo sé. Y nada de lo que dijo entonces mi mujer ni de lo que digas tú ahora puede cambiarlo —afirmó Jonas acercándose a la puerta y abriéndola—. Viniste en busca de la verdad, y eso es lo que te he dado. Si no puedes soportarla, es asunto tuyo.

—¡Vaya, vaya! —exclamó Tyler metiéndose las manos en los bolsillos y girando sobre sus talones—. ¿No sería un buen epitafio para tu tumba?

«Jonas Baron, patriarca del clan de los Baron. Construyó un reino y abandonó a su primogénito» —sonrió Tyler mordaz—. ¡Dios, si suena casi bíblico!

—¡Sal de aquí!

—¿Lo sabía ella? Mi madre, ¿supo que ibas a abandonarme?

—Te lo he dicho, ella murió —respondió Jonas mirándolo con odio—. Pero desde luego que lo sabía. Sabía que no iba a ser tan tonto como para criar a un hijo que no era mío. Se lo dije en cuanto te vi crecer en su vientre.

Tyler asintió. Podía imaginar a una mujer con rasgos como los suyos, llevándolo en su corazón y en su vientre, llena de dolor al escuchar a su marido decir que no quería tener nada que ver con su hijo. La imaginó a punto de morir, luchando por darle vida. Tyler imaginó a su madre como jamás la había imaginado antes. Comenzaba a tomar cuerpo, a ser un ser humano, una mujer atrapada en un matrimonio con un hombre al que debía de haber odiado, forzada a sufrir la agonía de no saber qué sería de su hijo.

Aquella imagen le partió el corazón. Su respiración se aceleró, sus músculos se tensaron. Hubiera deseado poder derribar a Jonas Baron, pegarlo y pegarlo hasta dejarlo sin sentido. John Smith lo habría hecho. Pero él ya no era un chico, era un hombre. Tenía un código moral. A pesar de sus malos comienzos en la vida había crecido y se había convertido en un hombre, un hombre del que la mujer que lo vio nacer se hubiera sentido orgullosa.

—¿Estás sordo, Kincaid? Te he dicho que salgas de aquí.

Era difícil mantener la calma, pero Tyler lo consiguió.

—Sé lo que quieres, Baron —dijo Tyler acercándose a la puerta y haciendo una pausa al llegar, con los ojos fijos en Jonas—. Quieres que la vida siga como siempre en tu pequeño reino, quieres dar un latigazo y que todos te obedezcan. Bien, pues esos días han llegado a su fin. ¿Sabes los análisis que has mencionado, esos de los cromosomas? Bien, pues vas a hacértelos. Todos —sonrió mordaz—. Y cuando te los hayas hecho y haya demostrado que somos padre e hijo…

—¡Jamás lo demostrarás!

—Lo demostraré —afirmó Tyler resuelto. Por fin conocía a su madre y sabía, en lo más hondo de su corazón, que jamás habría violado sus promesas matrimoniales—, y después reclamaré mis derechos de nacimiento. ¿No es así como lo has llamado? Los reclamaré como hijo primogénito mientras estás vivo para poder repetirte todos los días, hasta tu lecho de muerte, que dividiré Espada y venderé cada trocito para que no quede ni rastro de ti.

—Lucharé.

—Lucha —sonrió Tyler—, así la victoria sea más dulce.

—Bastardo.

Tyler rió y salió de la biblioteca mientras Jonas lo maldecía.

El día dio pasó a la noche. Tyler estaba de pie, en el porche, contemplando las montañas de las afueras de Austin. Estaba oscuro, aún no había salido la luna y las nubes jugaban a esconderse con las estrellas. Se apoyaba sobre la barandilla con una botella de cerveza en la mano. Había estado bebiendo durante todo el día, pero nada había conseguido quitarle el mal sabor de boca. Y dudaba de que ninguna bebida pudiera hacerlo. Suspiró y se maldijo en silencio.

—Es cierto, Kincaid —dijo en voz alta—. Eres un estúpido desgraciado.

Lo más inteligente era marcharse. No podía cambiar lo sucedido, ni para su madre ni para él. Tenía que salir de Texas, volver a Atlanta, a su vida. A su casa, su empresa... Adrianna.

Ella había vuelto a dejarle otro mensaje en el que, con un tono de voz suave, aparentaba que jamás se habían peleado. Se abría una nueva galería de arte, decía. ¿Acaso no había recibido la invitación para la cena de los Forsythe de la semana siguiente? Quizá pudieran ir juntos, si tenía tiempo.

Pero el verdadero mensaje estaba claro. Adrianna quería volver con él, aceptaba sus condiciones. Sin ataduras, sin lazos. Sin explicaciones de por qué había roto sus relaciones o dónde había estado.

Tyler abrió los ojos y contempló absorto la noche. Resultaba tentador. Adrianna era bella, pertenecía a su mundo, y encajaba en él perfectamente, sin necesidad de hacer ningún cambio. Pero no era Caitlin.

Adrianna olía a perfume caro, no a flores. Tyler sonrió. Ni a caballo, por supuesto. Y menos aún a sudor. Adrianna llevaba siempre el pelo impecable, como si acabara de salir de la peluquería. Caitlin debía de cepillárselo y luego olvidarlo. Adrianna era elegante, Caitlin era.... excitante. Todo en ella lo excitaba. Su fragancia, sus labios, su cuerpo, su aspecto de mozo con aquellos vaqueros y camisetas que, sin embargo, resultaba femenino y voluptuoso al buscar su carne.

La noche anterior, mientras estaba en sus brazos... Conocía el sabor de su boca pero, ¿cómo sabría el resto? A miel, pensó. O a crema dulce. Sus pechos llenarían su boca, satisfarían la voracidad inagotable que había sentido por ella desde el primer momento. Tyler rio y se bebió el resto de la cerveza.

Se estaba excitando solo de pensar en Caitlin McCord. ¿Excitando? Ya se había mentido bastante. Estaba excitado, tenso y ardiente por una mujer a la que ni siquiera conocía, por una mujer a la que no tendría. Era la hijastra de Jonas, y le haría tragarse a ese viejo sus mentiras, aunque fuera lo último que hiciera en su vida. Iba a destruirlo, y no podía acostarse primero con su hijastra.

—Tyler...

La voz le resultó familiar. Tyler se dijo que sería una alucinación, el efecto del alcohol. Pero al volverse Caitlin estaba allí, de pie en el umbral de la puerta, a la suave luz del salón.

—Tyler... —repitió ella.

Tyler no respondió, pero sorbió su figura. Llevaba un vestido parecido al del día anterior y sandalias de tacón. El cabello le caía suelto por los hombros. Parecía frágil, femenina e increíblemente bella, y a pesar de saber que era un error la odió por presentarse así y recordarle cuánto la deseaba, por recordarle que jamás la tendría.

—¿Qué estás haciendo tú aquí? —preguntó él.

—Yo... he venido a despedirme.

Tyler sonrió, pero por la forma en que ella abrió los ojos él comprendió que su sonrisa no había sido agradable.

—¿Despedirte? ¿Es que te vas?

—No, no... claro que no —Caitlin se llevó la mano al cuello en un gesto nervioso que complació a Tyler. No tenía derecho a presentarse allí ni a recordarle cómo se sentía cuando la besaba, cuando la...—. Jonas me dijo que... que te ibas.

Tyler se acercó lentamente a ella sin apartar la vista de su rostro. No

debía tocarla, le gritaba una voz en su mente, no debía tocarla. Y no la tocó. Solo inclinó la cabeza y posó los labios sobre una vena que palpitaba en su cuello.

—Yo no… —continuó ella. Tyler la escuchó contener el aliento, sintió el estremecimiento de su cuerpo—. Tyler, por favor, no he venido para… no he venido para esto.

—Sí, sí has venido para esto —dijo él en voz baja.

Tyler tomó su rostro entre las manos y lo alzó. Y con los ojos abiertos, sin dejar de mirarla, la besó. Ella jadeó, lo agarró de las muñecas con las manos y luchó por recuperar el control.

—Ya te he dicho por qué he venido, porque Jonas dijo que…

—¡Al diablo con Jonas! —exclamó él comprendiendo en ese momento que eso era lo mejor.

Su odio por Jonas no tenía nada que ver con aquello, no tenía nada que ver con Caitlin, con su necesidad del uno por el otro. Tyler la besó con más voracidad, moviendo la boca contra la de ella, tocando sus labios con la punta de la lengua. Ella volvió a jadear, puso las manos sobre su pecho, y entonces él lo olvidó todo excepto a ella.

—Cait… —susurró con urgencia—. Mi Cait…

Tyler la tomó en sus brazos, la atrajo hacia sí, escuchó su gemido de sorpresa al sentir que él estaba tenso y excitado, esperándola. Caitlin se echó ligeramente hacia atrás.

—No, Tyler, no.

—Dilo en serio y me detendré.

Tyler retiró un mechón de cabello de su rostro, mordisqueó el lóbulo de su oreja. Ella sintió que el pulso se le aceleraba.

—No… no puedo quedarme. Voy a salir a cenar con Leighton.

—Has comido con él —contestó Tyler besando su cuello.

—No, no pude… no quise. Estaba… solo estaba utilizándolo porque estaba enfadada contigo.

—Lo sé —sonrió él.

—Y… y eso me hizo sentirme muy mal, así que fui a su casa y lo invité a cenar… —Tyler deslizó un tirante de su hombro y presionó los labios contra su piel. Ella contuvo el aliento mientras se aferraba a su camisa—. Estás tratando de seducirme —susurró.

—¿Y tengo éxito? —inquirió él tras soltar una carcajada.

—No —aseguró Caitlin mientras se ponía de puntillas y se alzaba para unir ambas bocas.

—Ábrete para mí —susurró él.

Caitlin gimió y obedeció. Abrió los labios para que él la besara y enlazó las manos tras su cuello tirando de su cabeza.

Tyler se estremeció. Agarró su falda con las manos, se la levantó, acarició sus suaves muslos y por último abrazó la cálida y gloriosa humedad que pronto lo recibiría haciéndolo sentirse como en casa.

—Dime por qué has venido —dijo él con voz ronca—. Maldita sea, dímelo.

Caitlin se apartó y lo miró a los ojos.

—Para esto —su voz sonó rota—. Para esto. Para…

Tyler presionó los labios contra los de ella y la tomó en brazos. Caitlin se colgó de él mientras atravesaba la casa en la oscuridad hasta el dormitorio, hasta la cama. La posó sobre ella lentamente, con suavidad, sintiendo su fragilidad frente a la dureza de su cuerpo, escuchando sus

suspiros y susurros mientras la desnudaba.

—Tyler, tienes que saber que… tengo que decirte que…

—Sshhhh —dijo él silenciando sus palabras con un beso.

Fuera lo que fuera lo que Caitlin quería decirle podía esperar. La necesitaba, y ya. La deseaba. Ya. Tenía que poseerla o reventaría.

Había pensado en cómo sería esa primera vez con ella, y sabía que sería rápida. Sin embargo, cuando por fin la tenía en sus brazos, deseaba prolongar el momento y no dejar que sucediera todo tan deprisa. Tenía que mostrarse tierno, se dijo a sí mismo. Ir despacio. El instinto le decía que ella no había estado con muchos hombres, y tenía que hacerlo bien. Deseaba llenarla de placer hasta que ella misma se abriera en sus brazos, y deseaba verlo todo cuando sucediera, hacerlo todo antes de penetrarla.

Pero estaba temblando, ardiendo de necesidad por poseerla. Un minuto más y no sería capaz más que de arrancarle la ropa y enterrarse en ella. Tyler volvió a besarla y la dejó solo unos segundos, lo suficiente como para encender una luz y recobrar la calma. Cuando se volvió de nuevo hacia ella y se quitó la camisa vio su rostro sonrojarse.

—Eres muy bello —susurró ella mientras lo acariciaba, mientras recorría su pecho con la mano tocando el vello que acababa en su vientre.

Caitlin vaciló, lo miró a los ojos y abrazó con la mano su carne dura y tensa descubriendo su propio poder y lo que había hecho con él. Tyler gimió, puso una mano encima de la suya, soportó aquella dulce caricia cuanto pudo sin volverse loco.

—Tú sí que eres bella —dijo atrayéndola hacia sí y desabrochándole la cremallera del vestido.

Los ojos de Caitlin se volvieron de un dorado oscuro como el humo. Caitlin no dejó de mirarlo a los ojos mientras él la desvestía. Tyler lo hizo lentamente, tan lentamente como pudo sin volverse loco. Ella tembló bajo sus dedos, suspiró mientras él la desnudaba. Cuando estuvo delante de él con solo un pequeño trozo de encaje entre las piernas y las sandalias de tacón Tyler se arrodilló ante ella y curvó las manos sobre sus caderas para besar todo su vientre hasta abajo. Caitlin se echó a temblar.

—Oh —susurró—. Oh, Dios mío…

Tyler le arrancó el resto de ropa y la tocó. Sintió el rocío de su corazón femenino contra la mano y posó la boca sobre él acariciándolo con la lengua, besándolo y tocándolo hasta que ella gritó. Entonces se levantó, la tomó en brazos y la tumbó sobre la cama.

—Tyler… —dijo ella extasiada—. Tyler…

Caitlin alzó las manos llamándolo y Tyler se unió a ella besando su boca, su cuello, sus pechos, gozando del sabor a miel de su piel. Ella jadeó y se arqueó hacia él mientras la besaba una y otra vez.

—Por favor —suplicaba ella—. Tyler, por favor…

—Me perteneces —afirmó él resuelto mientras abría sus piernas.

—Sí —respondió ella—. Oh, sí, Tyler, sí…

Tyler volvió a besarla y ella le devolvió los besos con la misma pasión y la misma voracidad, sin ternura. Su necesidad de poseerla era tan total como la rendición de ella. Caitlin se agarró a sus vaqueros y gritó desesperada por quitárselos. Tyler se apartó de ella, se bajó la cremallera y se quitó las botas, el vaquero y la ropa interior. Caitlin alargó los brazos hacia él. Sus ojos eran tan profundos y tan negros como la noche.

—Ven a mí —susurró ella—. Tyler, por favor, tómame. Tómame…

Y, de una sola, larga y posesiva embestida, Tyler la tomó.

Capítulo 10

¿HABÍAN pasado horas, o simplemente minutos? Caitlin era incapaz de decidir. En brazos de Tyler había experimentado unos instantes de éxtasis total en los que había sentido como si se rompiera en mil pedazos. Juntos, sobre la cama, con el corazón aún palpitante, Caitlin supo que nada en la vida la había preparado para una experiencia como ésa. Darse a Tyler la había cambiado. Para siempre. Caitlin suspiró, se estiró. Tyler la sintió moverse bajo él.

—Te estoy aplastando —dijo él en voz baja. Sin embargo, cuando trató de rodar para apartarse, ella sacudió la cabeza y apretó los brazos alrededor de él.

—Quédate —susurró ella cerrando los ojos, sin atreverse a decir más por temor a llorar. ¿Cómo explicarle que era de felicidad, y no de tristeza?—. Quédate conmigo —volvió a susurrar sintiendo que la besaba en el cuello.

Tyler la abrazaba con fuerza. Se sentía maravillosamente en sus brazos, con su enorme cuerpo encima protegiéndola. Aún estaba dentro de ella, formando parte de ella, unido a ella como jamás lo había estado ningún hombre.

Y estaba contenta, contenta de que Tyler hubiera sido el primero.

Tyler susurró su nombre, se alzó sobre un codo y la besó. Y se tomó su tiempo. Succionó su labio inferior, lo mordisqueó hasta que ella los abrió, rozó su lengua con la punta de la suya. Una sensación dio paso a otra y a otra, el corazón se le aceleró. Solo era un beso, pero la excitaba.

—Eres deliciosa —dijo él en voz baja.

—Y tú —contestó ella sonriendo.

—Eres como... —Tyler frunció el ceño, se inclinó, la saboreó—. No sé... ¿como la crema?, ¿la miel? ¿O quizá algodón de azúcar?

—¿Algodón de azúcar? —inquirió ella riendo.

—Mmm. Algodón de azúcar rosa, siempre he tenido debilidad por el algodón de azúcar rosa —sonrió Tyler apartándole el pelo de la cara—. ¿Cait? ¿Estás bien?

—Sí —asintió ella.

—Cariño, deberías de habérmelo dicho.

—Traté de decírtelo —respondió ella ruborizándose.

—Sí, era incapaz de escuchar.

—¿Te... te habría importado?

Tyler tomó uno de sus rizos y se lo llevó a los labios.

—Habría ido más despacio, o al menos lo habría intentado. ¿Te he hecho daño?

—No, oh, no, no me has hecho daño. Ha sido... ha sido...

—Maravilloso —intervino él.

—Sí, increíble. Creía que mi corazón iba a...a...

—¿A estallar? Sí, lo sé —Tyler rodó a un lado de la cama llevándosela con él, abrazándola, dentro de ella aún, preguntándose cómo era posible semejante milagro.

Creía en la igualdad, jamás había condenado a una mujer por tener los mismos apetitos sexuales y experiencias que él, pero cuando había sentido la frágil barrera, cuando se había dado cuenta de que era el primer amante de Caitlin... Tyler la besó largamente.

—Para mí también ha sido así —añadió.

—Me alegro —se ruborizó Caitlin—. Quiero decir que a algunos

hombres no les gusta encontrarse con una mujer que... que...

Tyler deslizó los dedos por los cabellos de Caitlin y observó en él los colores del otoño.

—Una virgen.

—Sí. ¡Dios, esa palabra está tan pasada de moda!

—Es una palabra preciosa —susurró Tyler besándola de nuevo.

Caitlin suspiró y se estrechó con fuerza contra él.

—Me alegro de que pienses así.

—¿Y qué hombre no pensaría así?

—Bueno, yo crecí junto a tres hermanos —sonrió Caitlin.

—Hermanastros —se apresuró él a corregirla—. Tú en realidad no estás emparentada con Jonas.

—No, eso él jamás lo olvida.

—Demonios, no pretendía... solo quería....

Tenía que contárselo, reflexionó Tyler. Contarle por qué necesitaba asegurarse de que no había sangre de Baron en sus venas. Contarle la verdad. Contarle quién creía que era. Mejor dicho, quién sabía que era. Que era un Baron, pero que su propio padre lo había echado...

—¿Tyler? —Tyler parpadeó y fijó la vista sobre el rostro de Caitlin. Sus ojos estaban oscurecidos por la preocupación. Preocupación por él. Nadie, ninguna mujer, lo había mirado jamás así—. Tyler, ¿qué ocurre? —ella alzó la mano hasta su rostro, y él volvió la cara y besó la palma de su mano—. Sé que Jonas y tú no os lleváis bien, pero él ha sido muy bueno conmigo. Me crió, y ahora...

Tyler la hizo callar con un beso. Aquellos momentos les pertenecían a ellos dos. Lo último que deseaba era oírla defender al desgraciado al que tenía planeado destruir mientras la tenía en sus brazos.

—Así que... ¿qué era lo que ibas a contarme sobre tus hermanastros? Y no me digas que fueron ellos los que te lo contaron todo sobre los pajaritos y las semillas.

—¿Estás de broma? —rio Caitlin—. Nadie me contó nada, Tyler, lo aprendí de los sementales y las yeguas el mismo día en que entré en nuestros establos... —«Nuestros establos». Caitlin no era una Baron, el viejo no le permitiría olvidarlo, pero ella pensaba en sí misma como si lo fuera. Amaba Espada casi tanto como él lo despreciaba, reflexionó Tyler—... Slade, creo que fue, se volvió y me vio. Pensé que iba a desmayarse. ¿Mis hermanastros, hablarme sobre el sexo? Me enseñaron a ponerles las riendas a los caballos y a cuidar de las vacas, pero el sexo era para las otras chicas, no para su hermanita —sonrió—. En mi primera cita me estuvieron esperando.

—¿Sí, eh?

—Me querían mucho, y yo los quería a ellos. Aunque por supuesto... —rió dibujando la forma de los labios de Tyler con un dedo—... eso no significa que no me peleara con ellos. Bueno, de uno en uno, naturalmente.

—Naturalmente —sonrió Tyler, poniéndose encima de ella—. Estoy impresionado.

—¿Sabes?, ellos tenían ese club...

—Mmm... —Tyler inclinó la cabeza y le retiró el pelo del cuello—. «Los lobos».

—Sí —jadeó ella mientras él rozaba con los labios la piel de su cuello y hombro—. Es cierto, te lo conté...

—Continúa —dijo Tyler agarrándola de las manos y besando su cuello,

la curva de sus pechos—. No dejes que te distraiga.

—Lo formaron… los tres —continuó Caitlin sin aliento, susurrando las palabras—. Y al final me hicieron miembro a mí también, pero después, cuando se hicieron mayores, a veces se encontraban en el pajar sin mí y… oh. ¡Oh, Tyler…!

—Se encontraban en el pajar —repitió Tyler abrazando sus pechos y rozando sus pezones deseosos con los dedos—, sin ti…

—Sin mí, supongo que hablaban de… —la voz de Caitlin se quebró. Él besaba su vientre, sus muslos, mordisqueaba suavemente su carne tierna— … de chicas —continuó en un susurro—. Y, una vez les oí hablar sobre vírgenes y los tres estuvieron de acuerdo en que… en que… —Caitlin arqueó las caderas alzándolas—. No puedo pensar cuando., cuando…

Caitlin gritó y Tyler alzó su cuerpo para besarla en la boca bebiéndose sus gemidos, vanagloriándose en su rendición.

—Eran chicos, cariño —susurró él deslizando las manos por su trasero—, y quizá supieran que arrebatarle la virginidad a una chica es una gran responsabilidad.

—Sí —asintió ella gimiendo mientras él abría sus piernas—. Por eso es por lo que pensé que no te gustaría cuando te dieras cuenta de que… de que…

En esa ocasión, él la penetró lentamente, controlándose, deslizándose en su interior sin dificultad, regodeándose en el instante de éxtasis, observando cómo la embargaba una ola de placer.

—Me has hecho un regalo —dijo él moviéndose una y otra vez. Ella se alzó hacia él, sollozó su nombre mientras lo abrazaba por el cuello—. Un regalo increíble, Cait —añadió con voz espesa—. Cait…

«Cait, mi amor», pensó. Y entonces dejó de pensar y se derramó muy profundamente en su interior.

Cuando los primeros rayos de la mañana rozaron las montañas, Caitlin se sentó y miró por la ventana.

—Mira qué vistas tan maravillosas, Tyler. Tyler se apoyó sobre un codo y alzó la cabeza.

—Maravillosas —convino perezosamente acariciando sus pechos, haciéndola arder de deseo.

Él suspiró, el hecho de saber que un simple roce la excitaba llenó a Tyler de satisfacción.

—Estoy hablando de la salida del sol —rió ella.

—Mmm —Tyler alargó la mano, alcanzó su cabeza y tiró de ella para besarla en los labios—, ¿Quieres que salgamos a contemplarlo?

—Oh, sí, dame un minuto para vestirme… ¿Tyler? —Tyler la tomó en brazos y la levantó de la cama con manta y todo—. Tyler, no podemos…

Pero Tyler la llevaba a grandes zancadas hacia el porche, y todas sus protestas fueron inútiles. Abrió las puertas y salió al frescor de la mañana sentándose en una silla con ella sobre su regazo.

—Podemos hacer todo lo que queramos, porque estamos solos tú y yo sobre el planeta —dijo él.

La sonrisa de Caitlin se desvaneció. Si eso fuera cierto, pensó. Si fuera cierto que Tyler y ella estaban solos… pero no era así. Jonas se interponía entre los dos.

—¿Cariño? —la llamó Tyler abrazándola con fuerza al notarla

ausente—. ¿Tienes frío? ¿Quieres que vayamos dentro?

—No, oh, no. Es solo que… por un segundo me he quedado helada.

Tyler la abrazó dejando que su cabeza se recostara contra su hombro.

—¿Estás cómoda? —susurró besando su sien.

—Mmm —asintió Caitlin.

—¿Estás segura de que no tienes frío?

—Mmm.

Tyler rió, se reclinó sobre la silla y descansó el mentón sobre lo alto de su cabeza.

—Me gustan las mujeres a las que es fácil complacer —dijo en voz baja.

Caitlin suspiró, giró la cabeza hacia él y besó su cuello.

—Jonas no estaría de acuerdo contigo —contestó ella sin darse cuenta.

—¡Ese viejo desgraciado! —exclamó Tyler con dureza—. ¿Cómo diablos lo soportas?

—Es un hombre difícil, es cierto, pero…

—¡Oh, demonios! —exclamó tomándola de la barbilla y levantando su rostro para besarla—. Lo último que quisiera hacer es discutir sobre Jonas Baron —sonrió y volvió a besarla lentamente, saboreando la dulzura de su boca—. Cuéntame cosas sobre Caitlin McCord.

—¿Quieres que te cuente una historia corta o larga?

—Quiero saberlo todo de ti —contestó él acariciando sus labios—. ¿Qué clase de niña eras?

—Era un chicarrón —dijo ella al instante—. Una niña con las rodillas y los codos llenos de heridas —rió—. Al menos eso era lo que decía siempre Gage.

—Gage —repitió Tyler esforzándose por sonreír—. Uno de los Baron.

—Sí. A ti te gustaría.

—Lo dudo si se parece al viejo.

—Oh, no se parece. Ninguno de mis hermanastros se parece a su padre.

—Bueno, eso les da un punto en mi estimación. Sin verlos.

—Los tres han luchado para salir adelante.

—¿Es que su padre no los ayudó en lo que sea que hayan emprendido?

—¿Ayudarlos? —rió Caitlin—. De ningún modo. Ellos lo desafiaron, Tyler. Los tres —suspiró—. Es gracioso, pero tú me recuerdas a ellos en muchos aspectos.

—¿En qué aspectos? —inquirió Tyler diciéndose a sí mismo que no aquello no tenía importancia, que no era como ellos aunque compartieran su sangre—. ¿En qué sentido?.

—Bueno, Gage ha construido su propio imperio empezando desde abajo —explicó Caitlin besando la mano de Tyler—. Y me da la sensación de que tú también.

—Eso no significa mucho —se encogió Tyler de hombros—. ¿Y los otros dos?, ¿cómo son?

—Travis también es como tú —contestó Caitlin sin dejar de besar su mano—. Pasa de la ternura a la dureza en menos que canta un gallo. Y Slade… —Caitlin sonrió—. Digamos que algún día me encantaría veros jugando al póquer. No sé cuál de los dos destaparía antes el farol del otro.

—¡Vaya!, así que quieres mucho a tus hermanastros, ¿no? —inquirió Tyler.

—Los adoro —suspiró Caitlin—. Y sé que no te gusta oírlo, pero

también quiero a Jonas. Mi madre se casó con él cuando yo tenía diez años, y dos años más tarde huyó a Nueva York con un actor al que había conocido en un pequeño teatro.

—¿Y no te llevó consigo? —inquirió Tyler—. ¿Es que estaba loca?

—Dejarme allí fue lo mejor que pudo hacer por mí, Tyler —respondió Caitlin sonriendo—. Para cuando se casó con Jonas yo ya había olvidado a la mitad de los hombres con los que había vivido. Jonas me mantuvo incluso después de haberse divorciado de ella, me dio un hogar, estabilidad, amor. Bueno, ese amor suyo tan especial, ya sabes.

—Amor —repitió Tyler—. He oído cómo te habla, Cait. ¿Hace alguna vez algo que no sea ladrar?

—Él es así, no es nada personal.

—Todo lo que hace ese desgraciado es personal —rió Tyler—. Apuesto a que cree que el sol sale solo para él.

—¿Lo ves? —sonrió Caitlin, rozando con los labios los de Tyler—. Eso es exactamente lo que habría dicho cualquiera de mis hermanastros.

—¿En serio?

—Sí, hablas como ellos. Hasta tienes el mismo timbre de voz —sonrió Caitlin, chocando la punta de la nariz contra la de él—. Así que…

—¿Así que…?

—Así que yo ya te he hablado de mí. Ahora quiero que tú me hables de ti.

—No hay mucho que contar.

—El señor Kincaid es el fundador de la Kincaid Incor—porated —comenzó a decir Caitlin—, que tiene su base en Atlanta, Georgia. Forma parte de la junta directiva de una serie de empresas muy importantes y es presidente honorario de…

—¡Demonios! —musitó Tyler ruborizándose, para delicia de Caitlin—, así que has leído las tonterías que han escrito en el departamento de promoción de mi empresa. ¿De dónde lo has sacado?

—Nunca subestimes a una chica de campo, señor Kincaid —rió Caitlin—. Encendí mi ordenador, me conecté a Internet y busqué tu nombre.

—¿En serio?

—Sí, ayer. Después de lo que hiciste con Leighton pensé que lo mejor era enterarme de quién era mi enemigo, Kincaid.

Caitlin contuvo el aliento al sentir que Tyler metía las manos por debajo de la manta y comenzaba a acariciarla.

—¡Qué buena idea, McCord!

—¿El qué, buscarte en la red? —preguntó Caitlin estremeciéndose al sentir sus dedos rozarle el pecho.

—No, enfrentarte a mí —murmuró Tyler agarrándola por detrás de la cabeza—. Ven aquí, McCord, y bésame.

Caitlin obedeció, y antes de que su corazón pudiera recuperar el ritmo de sus latidos, aquel beso pasó de dulce a apasionado y excitante.

—Tyler… —susurró ella.

—Cait —dijo él haciéndola girar de modo que estuviera de cara a él. Entonces la manta se deslizó de sus hombros y la luz del sol bañó de oro su piel—. Cait, quiero entrar en tu cuerpo.

Tyler observó cómo se transformaba su rostro, cómo se oscurecían sus ojos, cómo se suavizaban sus labios mientras él buscaba el camino para entrar. Ella esbozó una sonrisa maliciosa, tan antigua como la de Eva.

—Sí—suspiró Caitlin profundamente—. ¡Oh, sí!

Lentamente, muy lentamente, Caitlin se dejó penetrar hasta lo más hondo llenándose de él, sintiendo cómo su vientre se contraía mientras su alma echaba a volar.

«Te amo, Tyler, te amo…», pensó. Pero él tenía la boca sobre la de ella y las manos sobre sus caderas, de modo que no dijo nada. La guiaba en una lenta y lujuriosa danza, con pasos que su sangre conocía desde siempre. Y Caitlin se perdió en su abrazo.

Después, Tyler la mantuvo estrechamente abrazada mientras su respiración se iba calmando y la tierra se serenaba dejando de temblar. Acarició su cabello tratando de recobrar el sentido y comprender lo que le estaba sucediendo. Cada vez que la miraba, cada vez que la tocaba sentía… Cerró los ojos. Ese era el problema, que no sabía qué era lo que sentía. Y eso lo asustaba. Miró a Caitlin, acurrucada en sus brazos. Tenía que decirle la verdad. Tenía que decirle quién era y porqué había ido a Espada. Y pensaba hacerlo.

Pero sus labios se apretaron.

Era demasiado pronto. No podía. Jamás se lo había contado a nadie. ¿Cómo contárselo a Caitlin? Apenas se conocían, solo habían sido amantes por una noche. Y sin embargo… sin embargo, si los milagros existieran, si la magia pudiera hacerse realidad, si ella sintiera lo mismo que él…

—¿Tyler?

—¿Sí, amor mío?

—Tyler —susurró de nuevo besándolo, saboreándolo con la punta de la lengua—. Solo quería decir tu nombre. Y… y decirte que… que jamás había sido tan feliz —rió Caitlin ladeando la cabeza para ver su rostro—. Si supiera algo de tretas femeninas, no te lo habría dicho.

Tyler inclinó la cabeza y la besó.

—Cait.. —murmuró.

—Me gusta que me llames así. Nadie me llama nunca así. ¿Sabes cómo me siento, Tyler?

—Como si tu vida acabara de empezar —contestó él—, como si este amanecer fuera el comienzo del resto de tu vida.

—¡Sí! ¡Exacto! Oh, Tyler, quiero… quiero…

—Ya lo sé —dijo Tyler tomando su cabeza entre las manos— Pero primero, mi dulce Cait, tengo que decirte algo.

—Yo también —respondió ella sentándose en su regazo—. Anoche ocurrió algo maravilloso.

—Desde luego —rió Tyler.

—No, no me refería a eso, me refería a antes de venir aquí. Jonas me llamó, dijo que tenía algo que decirme. Fue entonces cuando me dijo que te ibas.

—Por fin lo admites —bromeó él—. Así que el viejo te dijo que me marchaba. ¿Fue eso lo que te hizo tan feliz?

—Ssshhh —lo besó Caitlin de nuevo—. No te burles, eso me destrozó.

—Eso es lo que necesito contarte, Cait —respondió Tyler respirando hondo—. Tengo que contarte por qué vine a Espada y por qué no voy a marcharme.

—No tienes que explicarme nada.

—¿No?

—No, claro que no. Has comprado una casa, y no lo habrías hecho si no pensaras quedarte en Texas. No importa lo que diga Jonas, yo sé que él no te asusta —añadió Caitlin humedeciéndose los labios—. No sé cuál es el

problema entre vosotros dos, pero sé que tú no saldrás corriendo.

Tyler entrelazó las manos sobre la espalda de Caitlin y contestó:

—Es cierto, Cait, no puedo huir. Tengo asuntos que tratar con Jonas, y no me marcharé hasta que no los haya solucionado. Cariño, ya sé piensas que contigo se ha portado bien. Bueno, es posible que sea así, a su manera, a su egoísta manera. Aunque no sé cómo sigues pensándolo después de decirte que no eres lo suficientemente buena porque no llevas la sangre de los Baron...

—Eso es lo que tenía que decirte, ahora todo ha cambiado.

—¿Cambiado? —repitió Tyler—. ¿Cómo que todo ha cambiado?

Lo sabía, de algún modo lo sabía. Antes incluso de que Caitlin se lo dijera.

—Jonas ha cambiado de opinión, ha decidido dejarme Espada.

Capítulo 11

CUATRO días. Desde aquella noche en brazos de Tyler, habían pasado cuatro días. Caitlin había contado incluso los minutos. Había contado las veces que había pensado en él, las veces que lo había anhelado, las veces que lo había deseado. Pero por fin comenzaba a comprender cuánto lo odiaba.

Caitlin sacó la yegua del establo. Era la misma yegua con la que casi lo había atropellado. Si aquel día no hubiera salido... Pero de nada servía lamentarse. Nadie podía cambiar el pasado, lo importante era el futuro, y su futuro iba a ser maravilloso. Espada sería suyo.

—Tranquila, bonita —le susurró a la yegua mientras la ensillaba.

No tenía sentido seguir pensando en aquella noche. Cuanto antes dejara de preguntarse por qué Tyler le hacía lo que le estaba haciendo, mejor.

—Buenos días, Jonas.

Caitlin levantó la vista. Jonas se unió a Abel en los establos. Su sonrisa era casi tan amplia como el ala de su sombrero Stetson. Jonas sonreía mucho últimamente, a excepción de la mañana del domingo, cuando la vio llegar. Caitlin había vuelto con el corazón lleno de pasión por Tyler y el cuerpo aún estremecido por su amor. El mundo, hasta entonces, le había parecido perfecto... hasta el instante de ver a Jonas, sentado en los escalones del porche, con un puro entre los dientes y cara de pocos amigos.

Caitlin, vacilante, había apagado el motor. Se había repetido a sí misma que no debía de comportarse como una tonta. Era una mujer adulta, y si quería pasar la noche fuera lo hacía, aunque a Jonas no le gustara.

—Buenos días —había dicho ella pasando por su lado. Pero Jonas se había puesto en pie y le había bloqueado el paso.

—¿Sabes qué hora es, niña?

—Las diez —había contestado ella de buen humor, tras mirar el reloj—. Le prometí a Abel que lo ayudaría con el semental nuevo, así que si me disculpas...

—Pues parece que ya te las hubieras visto con un semental.

Caitlin se ruborizó, pero miró a su padrastro sin pestañear.

—Por favor, no digamos nada que luego podamos lamentar.

—Yo solo digo la verdad. Has estado con Kincaid.

—Sí, he estado con Tyler, pero eso no tiene nada que ver contigo.

—Tiene mucho que ver conmigo, niña —aseguró Jonas tirando al suelo el puro—. Conmigo y con Espada. He tratado de decírtelo, Kincaid no quiere nada bueno. Ha venido a buscar algo que no es suyo.

—Es a mí a quien quiere —dijo ella—. A mí, Jonas. ¿Tan difícil te resulta aceptarlo?

—¿Le has contado que he decidido dejarte Espada?

Las dudas que habían estado socavando su mente de camino a casa salieron entonces a la superficie, pero Caitlin se esforzó por olvidarlas.

—Lo creas o no Espada no ha formado parte de nuestra agenda.

—Contéstame, niña. ¿Se lo has dicho?

—Sí.

—¿Y? ¿Qué dijo él?

Nada. Tyler no había dicho nada. La había mirado con un rostro inexpresivo y después la había levantado de su regazo, dejado en el suelo y entrado en casa.

—¡Tyler! —lo había llamado ella entonces, corriendo tras él.

Él se había parado, se había dado la vuelta, la había tomado en sus brazos y la había besado.

—Lo siento —había murmurado estrechándola con fuerza.

Tras unos minutos, Caitlin había sentido que el cuerpo de Tyler se excitaba y endurecía, y entonces él había vuelto a hacerle el amor. Pero no se lo había hecho con ternura, sino de un modo salvaje, apresurado. Tanto que cuando terminaron ella se abrazó a él respirando agitada.

—Cait... —había susurrado él—. Cait, perdóname.

Entonces ella había tomado su rostro entre las manos y le había dicho que no había nada que perdonar, que había sido excitante.

Aquella mañana de domingo, observando el rostro de su padrastro, Caitlin se había esforzado por no pensar, por no preguntarse por qué Tyler no había respondido nada al contarle que Espada iba a ser suyo, por no torturarse pensando en por qué Tyler le había hecho el amor con tanta desesperación... por qué le había pedido perdón. Había mirado a Jonas de frente y le había dicho que se metiera en sus asuntos, y después había entrado en casa, subido a su habitación y telefoneado a Tyler...

Lo había telefoneado, pero solo había conseguido hablar con el contestador. Y lo mismo había ocurrido un par de veces después, al volver a intentarlo. Y por fin Caitlin había comprendido que Tyler no deseaba hablar con ella, que no iba a devolverle las llamadas y que no quería volver a verla.

—¿Vas a montar? —inquirió Jonas. Caitlin miró para arriba. Su padrastro se acercaba sonriente.

—Sí —asintió terminando de ajustarle las riendas a la yegua—. Necesita correr, así que voy a sacarla un rato.

—Bien, pero volverás a mediodía, ¿verdad? —sonrió Jonas—. Tengo una sorpresa para ti.

—Sí, volveré —contestó ella golpeando a la yegua con las espuelas.

Antes de que pudiera hacerlo, sin embargo, su padrastro sujetó las riendas.

—¿Es que no quieres saber de qué se trata?

—Si me lo dijeras, ya no sería una sorpresa.

—Hablas como un Baron —rió Jonas dejándola marchar.

Como un Baron, pensó Caitlin. Debía serlo, ya que por fin iba a heredar Espada. Caitlin esperó sentir la emoción que aquella novedad debía producirle, pero no experimentó nada. Durante días no había sentido satisfacción alguna por nada, no desde que había decidido enfrentarse a la verdad: que Tyler no iba a volver a llamar, que para él solo había sido una aventura.

La yegua se dirigió trotando hacia las colinas del norte. Caitlin la golpeó con las espuelas para que fuera al galope. El viento le soplaba en la cara apartándole los rizos de la frente. Trataba de olvidar. Tras un rato al galope redujo la velocidad hasta ir al paso. Se inclinó hacia adelante y le dio unas palmaditas en el cuello.

—Un día de estos te voy a presentar a un caballo, pero acuérdate de mi consejo: disfruta, pero no creas una sola palabra de lo que te diga —la yegua relinchó y Caitlin rió, pero aquella risa se convirtió en un lamento—. Maldito seas, Tyler Kincaid.

Entonces agarró con fuerza las riendas y el animal echó a galopar.

Tyler estaba de pie, en el porche de su casa de Texas, mirando las montañas. Aquella mañana le había llegado un paquete por correo. Lo tenía sobre la mesa, tras él. Con aquel sobre tenía, por fin, todo aquello que había estado buscando toda su vida.

—Lo tengo todo, señor —había dicho el detective privado al telefonearlo.

Y era cierto. Había una declaración jurada de la mujer que había trabajado como recepcionista en la consulta del doctor que había ayudado a Juanita Baron a dar a luz. Ella había tenido un hijo varón que había nacido, vivo, el dieciocho de julio, treinta y cinco años atrás. Y había también otra declaración jurada de la mujer del médico, que decía haber escuchado la confesión de su marido, en su lecho de muerte, lamentando haber firmado la falsa defunción de ese mismo niño.

Y además tenía otra prueba fundamental. Entre el montón de papeles había documentos sobre el vagabundo que había llegado al rancho de Baron. No cabía duda de que Juanita y él habían sido amigos, confidentes… pero también de que el vagabundo no era el padre de su hijo. El detective privado no solo había averiguado su nombre, sino que también había descubierto toda su historia. Había estado en el ejército, y había cierto informe médico que… Informe que ponía de relieve que aquel vagabundo jamás hubiera podido ser su padre. Durante su estancia en el ejército había sufrido una herida importante que, sin duda alguna, lo había dejado estéril.

No cabía la menor duda. Tyler le exigiría a Jonas el test de ADN, de sangre, de todo. Y los resultados confirmarían la verdad. Jonas Baron era su padre.

—¡Maldito seas, desgraciado! —gritó Tyler sin conseguir sin embargo reducir su ira ni su dolor.

Tyler recogió el maletín con los documentos y bajó las escaleras del porche. Un par de semanas antes aquel informe lo habría llenado de alegría. En él estaban todas las respuestas que buscaba, todas las pruebas que necesitaba para vengarse de Jonas Baron. Pero se había enamorado de Caitlin.

¿Qué sentido tenía seguir negando la verdad? La amaba, pero en cuanto hubiera hecho lo que planeaba ella lo odiaría. Iba a destruir a su padrastro, a enemistarse con los hermanastros a los que Caitlin tanto adoraba y a los que jamás había visto, a dividir en pedazos algo que formaba parte de ella tanto como su alma: Espada.

—Jonas me va a dejar Espada —le había dicho ella aquel amanecer con ojos jubilosos.

Él se había quedado muy quieto, con las manos caídas a los lados y la cabeza inclinada. Suele decirse que un hombre a punto de morir ve pasar su vida en imágenes, pero no era necesario estar al borde de la muerte para experimentarlo. Tyler vio toda una serie de imágenes pasar como un relámpago por su cerebro. Se vio a sí mismo el día de su cumpleaños, al detective privado, prometiéndole que lo descubriría todo, a Jonas, atormentando a su mujer asegurándole que no cuidaría de su hijo, a Caitlin, ¡oh, Caitlin!, con su precioso rostro apasionado mientras él le arrebataba la virginidad. Y, por último, Tyler vio el rostro de una mujer a la que jamás había visto, de una mujer que había dado la vida por él.

¿Cómo traicionar a Juanita Baron?, ¿cómo despreciar su sacrificio?

—¡Oh, Dios! —exclamó Tyler alzando la vista al cielo.

Si conseguía Espada, destrozaría a Caitlin, pero si no lo hacía jamás

podría seguir viviendo sabiendo que le había fallado a la mujer que le había dado la vida.

Tyler se volvió y miró la casa, el porche en el que le había hecho el amor a Caitlin. Si le hubiera contado la verdad… si le hubiera contado quién era, a qué había ido. Y, sobre todo, si le hubiera dicho que la amaba…

Ella también lo amaba. Lo sabía. Lo había visto en el brillo de sus ojos, en el sabor de sus besos. Caitlin amaba Espada. Pero quizá… quizá, lo amara aún más a él.

Tyler respiró hondo y se sentó en la oscuridad a escuchar los mensajes que ella le había dejado en el contestador. El primero lleno de júbilo, el segundo menos seguro, pero igualmente tierno. Y el último, en el que decía que comprendía que no le devolviera la llamada…

No, ella no comprendía, ¿cómo iba a comprender?

—Te amo, Cait —susurró.

Aquellas palabras le sonaron extrañas. Jamás se las había dicho a ninguna mujer. A ningún ser humano.

Ella lo amaba. Lo amaba, estaba seguro. Bueno, en realidad no lo sabía. ¿Cómo podía saberlo, cuando jamás le había dejado decir las palabras, cuando jamás se las había dicho él? Pero aún no era demasiado tarde, por muy arriesgado que fuera.

¿Qué importaba si se equivocaba? ¿Qué ocurriría si ella no lo amaba? Tyler tragó. Jamás lo sabría a no ser que lo preguntara, a no ser que se arriesgara. Su vida siempre había sido arriesgada, pero admitir su amor por Caitlin y dar por sentado un amor semejante en ella era lo más arriesgado que había hecho jamás. Si se equivocaba…

Si se equivocaba, la perdería, pero de todos modos la había perdido. Y si estaba en lo cierto y ella lo amaba, si ella seguía amándolo después de saber la verdad…

Tyler saltó a su camioneta, encendió el motor y aceleró.

Marta abrió la puerta, y Caitlin subió las escaleras.

—¡Por fin! —dijo Marta abrazando a su hijastra—. Te estamos esperando para comer.

—Pues no haberos molestado —sonrió Caitlin—, no tengo hambre.

—¿No? —dijo una voz profunda—, pues estás más flaca que un espagueti, cariño.

Caitlin sonrió contenta y se lanzó en brazos de Slade Baron.

—¡Slade! —rio—. ¡Slade, qué sorpresa!

—Pues si de verdad quieres una sorpresa date la vuelta, cariño.

—¡Travis!

—El mismo —dijo Travis sonriendo y abriendo los brazos hacia su hermana.

—Aquí, hermanita, aquí está la sorpresa más grande de todas.

—¡Gage! ¡No puedo creerlo!

—¿No te dije que tenía una sorpresa para ti, niña? —inquirió Jonas desde detrás de sus tres hijos.

—Sí, pero no pensé que fuera algo así… —sonrió Caitlin besándolos y abrazándolos a todos mientras se dirigían a la biblioteca y Marta se marchaba discretamente—. ¿Qué estáis haciendo aquí, chicos?, ¿y cómo es que habéis venido los tres al mismo tiempo? ¿Dónde están Alexandra, Natalie y Lara?, ¿y mi precioso sobrinito, Gage? Y tú, Slade, ¿dónde tienes a

mi guapísima sobrinita? Travis, ¿no sale Alex de cuentas un día de éstos?

—¡Nuestra Catie de siempre! —rieron los Baron.

—Siempre mil preguntas —añadió Gage.

Caitlin se sentó en medio del sofá. Slade tomó asiento a su lado, en una esquina, y Travis en la otra. Gage arrimó una silla del escritorio de Jonas y, poniéndola de espaldas, se sentó a horcajadas sobre ella.

—Estáis en vuestra casa —comentó Jonas sarcástico.

—Gracias. Así que, Catie, ¿qué tal estás?

«No demasiado bien», estuvo ella a punto de decir. Sin embargo calló. No iba a echar a perder aquella inesperada visita.

—Bien —sonrió—. ¿Y vosotros?

—Bien —dijeron Travis y Slade al unísono.

—¿Y mis cuñadas y mis sobrinitos? —inquirió Caitlin mirando a Travis—. ¿Vamos a saber por fin el sexo de tu futuro hijo, o qué?

—Alex quiere hacerlo a la antigua usanza, le dijo al médico que se guardara la información para él.

—Bien por Alex. ¡Oh, cuánto me gustaría que hubieran venido todos con vosotros! Me gustaría... —Caitlin miró a sus tres hermanos y de pronto comprendió. Aquella no era un visita cualquiera. Volvió la vista hacia Jonas—. ¡Jonas, esto es por... es por...!

—Por Espada —asintió Jonas abriendo la botella de bourbon.

—¡Oh! —se ruborizó Caitlin—. ¿Se lo has dicho?

—Sí, se lo he dicho.

Caitlin contempló el rostro de los tres hombres a los que adoraba como si fueran hermanos de sangre, pero no supo leer nada en ellos.

—Chicos, escuchad, si alguno de vosotros ha cambiado de opinión y quiere quedarse con Espada, yo lo comprendo. Vamos, que me parece bien porque cualquiera de vosotros se merece esta tierra más que yo...

—Cariño —dijo Slade—, no podríamos estar más contentos.

—Me alegro —asintió Caitlin—, porque no desearía quitaros nada que sea vuestro.

—Estamos muy felices por ti, Catie —aseguró Gage. Travis se inclinó sobre su mejilla y la besó.

—Desde luego —confirmó mirando a su padre con dureza—. Lo malo es lo que ha tardado el viejo en decidirse.

—Al final he recuperado el sentido común, ¿eh, chicos? —comentó Jonas—. Eso es lo importante.

—Sí —respondió Slade—, pero solo cuando viste a ese estafador de Atlanta en tu casa.

—¡Slade! —gritaron Travis y Gage al unísono, demasiado tarde.

—¡Demonios! —musitó Slade—. Lo que quería decir, Catie, es que...

—Tyler —dijo Caitlin con voz serena, extrañándose de su propia tranquilidad, sintiendo que se le hacía un nudo en la garganta—. Te refieres a Tyler Kincaid.

—Bueno, está bien, contádselo —aceptó Jonas. Slade respiró hondo, tomó la mano de Caitlin y comenzó:

—Sí, me refería a ese desgraciado de Kincaid. Ese tipejo te ha tomado el pelo, Caitlin. Me gustaría poder decírtelo de un modo suave, pero...

—¿Que me ha tomado el pelo?

De nuevo el timbre sereno de su voz volvía a sorprenderla. Quizá fuera porque en realidad sabía que nada podía sorprenderla. En lo más profundo de su corazón Caitlin siempre había sabido que su relación con Tyler era

demasiado perfecta, que no podía ser real. El hecho de que una hombre tan fuerte, apasionado y tierno, hubiera entrado de ese modo en su vida tenía que ser un milagro o... un error. Y siempre había sabido que los milagros no existían.

—¿Que me ha tomado el pelo? ¿Cómo? —repitió poniéndose en pie.

Sus hermanos se miraron los unos a los otros. Gage se aclaró la garganta.

—Lo que quiere es Espada.

—No —negó Caitlin mirando alternativamente cada rostro—. No, en eso os equivocáis. Él no quiere...

—Sí lo quiere —confirmó Travis—. Han encontrado petróleo al oeste, mucho petróleo. Van a sacar un montón de dinero.

—¿Es cierto eso, Jonas? —inquirió Caitlin volviéndose hacia él—. ¿Es cierto? ¿Cómo es que no me lo habías dicho?

—Los informes me llegaron hace un par de semanas —contestó Jonas—. No quería decirte nada hasta que no estuviera seguro, pero para entonces Kincaid ya estaba merodeando por aquí como un perro tras un hueso.

—Merodeando alrededor de mí, querrás decir —lo corrigió Caitlin en voz baja, temblorosa—. Jonas me lo advirtió. Me dijo que Tyler iba detrás de algo que no era yo, pero no quise escucharle.

—¡Oh, cariño! —exclamó Travis poniéndose en pie—. Catie...

—No, no, estoy bien. Contádmelo todo. Porque hay más, ¿verdad?

—No hace falta que sepas nada más, preciosa —contestó Gage poniéndose en pie—. Jonas dice has roto con ese desgraciado, así que...

—No es cierto, es él quien ha roto conmigo. Y te equivocas, sí necesito oírlo todo. Cuéntame el resto. Slade suspiró y se levantó del sofá.

—Ese desgraciado tiene una amante en Atlanta. Caitlin no pudo evitarlo. Un gemido suave escapó de sus labios. Se llevó ambas manos a la boca y se la tapó.

—Una amante —repitió.

—Sí, se llama Aay-dreee-anna —explicó Jonas pronunciando las sílabas como si fuera un nombre extranjero—, parece una de esas modelos de las revistas.

—Bella —susurró Caitlin—. Sofisticada, elegante.

Gage, Travis y Slade se miraron los unos a los otros. Su expresión parecía decir «vamos a ir a por ese Tyler Kincaid, y cuando lo encontremos acabaremos con él».

—Más falsa que una moneda de tres dólares —comentó Travis fríamente.

—Superficial —añadió Slade—. Sin sustancia.

—Se merecen el uno al otro —intervino Gage serio mientras sus hermanos asentían.

—Y no vas a creerte la historia que se ha inventado ese tipo —añadió Jonas sacudiendo la cabeza mientras su hijastra y sus hijos lo miraban—. Es increíble.

—¿Te refieres a eso de que era un vagabundo? —preguntó Caitlin.

—Todos conocéis la tumba que hay ahí arriba, en la colina —comenzó a decir Jonas—. La tumba de mi primera mujer, que murió al dar a luz — hizo una pausa y suspiró—. Amé a esa mujer con todo mi corazón, aquella tragedia casi acabó conmigo. El día en que ella y mi hijo murieron fue el más horrible de mi vida. Pero ahora, después de todos estos años, un mentiroso

llamado Tyler Kincaid entra en mis tierras, ¡en mis tierras! —repitió elevando la voz—. Viene y me dice que le va a contar a todo el mundo la historia de que aquel niño no murió, de que es él...

—¿Qué? —preguntó Caitlin—. ¿Qué dices?

—Eso fue exactamente lo que le dije yo —continuó Jonas—. Le dije: «¿Pero qué dices, Kincaid?» Entonces él se echó a reír y me contó que había descubierto que había petróleo en Espada, y que si no firmaba un documento en el que le cedía el rancho le contaría esa horrible mentira a todo el mundo y arrastraría el nombre de Baron por el barro.

—¡Pero eso es una locura! —afirmó Caitlin mirando a su padrastro—. Él es Tyler Kincaid, tiene más dinero del que necesita...

—Lo que no tiene es pedigrí, ese tipo no es nadie. ¡Si hasta el nombre de Tyler Kincaid es mentira! —exclamó Jonas.

—¡Muy buena actuación, viejo!

Todos en la habitación se volvieron. Tyler estaba en el umbral de la puerta, vestido con esa ropa que Caitlin siempre recordaría: camiseta negra, vaqueros y botas. Tenía las manos sobre las caderas y sus labios esbozaban un gesto de desprecio.

—Es tan buena que hasta yo me siento tentado de creerla —añadió sonriendo con frialdad.

—¡Vete de mis tierras, Kincaid! —exclamó Jonas. Sus tres hijos comenzaron a acercarse amenazadores, pero Caitlin corrió al lado de Tyler.

—Dime que Jonas miente —rogó ella—. Tyler... dime que se equivoca.

—No puede —dijo Jonas—. ¿No es verdad, Kincaid? No puedes decirle que me equivoco, porque no me equivoco.

Caitlin puso una mano sobre el brazo de Tyler y sintió el poder de sus músculos.

—Por favor, Tyler —dijo con voz rota—. Dime que es mentira, que todo lo que dice Jonas es mentira. Eso de que reclamas ser su hijo, de que no te llamas Tyler Kincaid...

—No puedo hacer eso, Caitlin —contestó Tyler tocando su mejilla con la mano.

—Yo te amaba —dijo Caitlin comenzando a sollozar, con voz rota—. ¡Oh, Dios, te amaba!

—Cait, escucha —añadió Tyler—. Deja que te cuente la historia.

—Ya le has contado bastantes historias —dijo uno de los Baron, al que Tyler ignoró.

—Caitlin, te amo —dijo él entonces.

—Está mintiendo —intervino Jonas.

—¿Me has oído, Cait? —inquirió Tyler en un susurro, con la voz rota—. Te amo. Jamás le había dicho esas palabras a ninguna mujer. Solo a ti.

Caitlin deseaba creerle. Deseaba creer que sus besos, que sus susurros y sus caricias eran ciertas, deseaba creer que la amaba igual que ella lo amaba a él...

—¿Es cierto que hay una mujer esperándote en Atlanta? —preguntó Caitlin—. ¿Una mujer que se llama Adrianna?

—Sí, pero no es... —respondió Tyler con los músculos tensos.

Entonces, la mano de Caitlin se alzó en el aire y abofeteó su mejilla.

—¡Vete! —gritó—. ¡Vete, vete, vete!

Tyler miró el rostro pálido de Caitlin. Había llegado el momento de contárselo todo. A ella, a sus hermanos. Tenía el maletín en el coche, y dentro de él las pruebas que necesitaba. Solo tenía que ira a buscarlo,

destruir a Jonas y borrar esas miradas de odio de esos rostros.

Pero la verdad no serviría para borrar el vacío que veía en los ojos de Caitlin, no cambiaría el hecho de que había planeado destruir al anciano y quedarse con Espada. De pronto, Tyler comprendió que la razón por la que estaba allí era insignificante. Destruir a Jonas Baron, vengarse y vengar a la mujer que le había dado la vida ya no tenía importancia. Lo único que importaba, lo único que podía cambiar su vida era el amor que había encontrado en brazos de Caitlin McCord.

—Cait —repitió. Solo tenía ojos para ella—. Cait, si es cierto que alguna vez me has amado, ámame ahora. Confía en mí. Dame tu mano y ven conmigo.

Tyler llegó a creer por un momento que lo haría. Por un segundo, vio el amor brillar en sus ojos llenos de lágrimas igual que cuando estuvo en sus brazos. Pero entonces sus hermanos dieron un paso adelante para protegerla. Travis se colocó a su izquierda, Slade a su derecha y Gage detrás, con una mano sobre su hombro. Y Caitlin puso la suya encima.

—¡Cait!—la llamó Tyler.

Un simple vistazo a su rostro bastó para responder a sus preguntas. Tyler se volvió y caminó sobre sus pasos. Tenía el corazón destrozado. Llegó a la camioneta, abrió la puerta y... se detuvo. No, aquello no podía acabar así. No lo permitiría. Amaba a Caitlin, y ella lo amaba a él. Volvería y lucharía contra los tres hermanos si hacía falta. Haría lo que fuera con tal de quedarse a solas con ella, con tal de obligarla a escucharlo. Sacaría a Caitlin McCord de su casa a la fuerza, si hacía falta. Tyler dio la vuelta y caminó de nuevo hacia la casa, pero justo entonces la puerta principal se abrió.

—¡Tyler! —gritó Caitlin—. ¡Tyler, espera! Su rostro esbozó una sonrisa al verla bajar corriendo las escaleras.

—¡Cait! —exclamó él tomándola en sus brazos—. ¡Cait, cariño...!

Los tres hermanos salieron corriendo por la puerta.

—¡Kincaid, eres un desgraciado! —gritaba uno de ellos.

Tyler sintió que la adrenalina corría por sus venas. Empujó a Caitlin tras él para protegerla y se preparó para recibir los golpes. Pero de pronto Jonas apartó a sus hijos y pasó por delante de ellos.

—¡Caitlin! —gritaba— ¡Caitlin, ven aquí ahora mismo...!

El anciano se tocó el pecho y dio un traspié en las escaleras. Bajó rodando, se golpeó al caer al suelo y quedó tumbado en el suelo.

Capítulo 12

EL HOSPITAL era grande y moderno, y tenía un ala nueva dedicada al corazón que había sido construida con el dinero de los grandes terratenientes del petróleo de Texas. Cada uno de los benefactores tenía una parte dedicada a él: un atrio, una biblioteca, un jardín cubierto, una capilla.

La sala de espera llevaba el nombre de Jonas. Tyler reflexionó sobre la ironía de la situación. Ahí estaban todos, en aquella sala, esperando a saber si el jefe del clan viviría o moriría. Y lo más irónico de todo era que él hubiera debido de estar sentado junto a ellos. No le importaba en absoluto si Jonas vivía o moría, y sabía muy bien que cualquiera de sus hijos hubiera preferido sentarse junto a una víbora que junto a él. Pero nada de eso importaba. Caitlin quería que permaneciera allí, eso era lo único que importaba.

Y así lo había hecho mientras los hijos de Jonas, su hijastra y su mujer, se arrodillaban a su lado nada más caer. Al llegó la ambulancia para llevárselo Tyler había guardado las distancias. Marta había acompañado a su marido, y los hermanos de Caitlin se habían subido a un coche y la habían llamado a gritos, pero ella lo había tomado de la mano y, con el rostro pálido y asustado, le había rogado:

—Quédate conmigo.

Y, después de eso, ninguno de aquellos sabuesos había logrado separarlo de ella. Los hermanos de Caitlin habían puesto objeciones, pero uno de ellos terminó por decir que aquello era una estupidez y que no era momento de discutir. Y poco después se habían encontrado todos en la sala de espera.

Marta estaba sentada en una esquina del sofá con los hombros rectos y la expresión serena, pero sus manos temblaron cuando Gage le ofreció café. Caitlin la acompañaba, la tomaba de la mano, le hablaba en voz baja. Y de vez en cuando levantaba la vista y buscaba a Tyler con la mirada como para asegurarse de que seguía allí.

«Sí», respondían los ojos de él, «estoy aquí, Cait. Siempre estaré aquí, mientras lo desees».

Slade, Travis y Gage también lo miraban de vez en cuando. Sus rostros estaban tensos, llenos de ira. Pero él sabía que no era por Jonas, sino porque creían que había herido a su Caitlin. Y, aunque fuera un locura, le caían bien. Le caían bien a pesar de saber que cualquiera de ellos se le hubiera echado encima a la primera oportunidad. Él se llevaría por delante al menos a dos de ellos antes de la derrota.

¿Cómo no iban a gustarle cuando querían tanto a Caitlin? Contemplarlos le producía un sentimiento extraño. Eran sus hermanos. Bueno, sus hermanastros. Llevaban su sangre y él llevaba la de ellos. Se veía a sí mismo reflejado en ellos. En parte. Los ojos verdes de Travis, el cabello oscuro de Slade, la forma de la nariz de Gage, incluso su manera de caminar... Pero ninguno de ellos lo sabría jamás.

Porque él no iba a decirles quién era. ¿Para qué? Jonas era viejo y estaba enfermo, quizá muriera. Solo un cobarde le infligiría más dolor a un hombre destrozado como él. Su viuda y sus hijos soportarían difícilmente la verdad. No, no había razón para infligir ese dolor a gente inocente.

Tyler se metió las manos en los bolsillos y miró por la ventana. Algún día, quizá, se lo contara a Caitlin. No deseaba que hubiera mentiras entre ellos, pero no hacía ninguna falta que se lo dijera en ese momento. Dejaría que guardara un buen recuerdo de su padrastro, dejaría que heredase el

rancho que tanto amaba. Sabía que tendría que contarle algo, pero conseguiría encontrar una explicación plausible que aclarase su viaje a Espada, una explicación que pudiera acallar las venenosas mentiras de su padrastro.

—¿Señora Baron?

Tyler se volvió. El médico había entrado en la sala. Marta y Caitlin se pusieron en pie y lo miraron. Gage, Travis y Slade se acercaron, pero Tyler se quedó donde estaba.

—Señora Baron... Marta —repitió Esteban O'Connor tomando su mano—. Jonas ha tenido un ataque al corazón.

—Pero... ¿sobrevivirá?

—Sí, eso creo. Ha sido un ataque suave, y su marido es un hombre muy fuerte —continuó O'Connor aclarándose la garganta—. Pero al caer se fracturó la pierna y una importante arteria se rompió. Ha perdido mucha sangre. Hemos conseguido parar la hemorragia, pero habrá que hacerle una transfusión.

—Bueno, pues hágala —contestó Gage impaciente.

—Se la haremos. Ahora mismo el laboratorio está comprobando nuestra lista de donantes de sangre poco corriente.

—¿Comprobando qué? —preguntó Slade.

—Jonas tiene un tipo de sangre muy especial, no le vale cualquier donante. Hace años, cuando lo operamos, necesitó una transfusión.

—Sí, para la operación de la vesícula biliar —asintió Marta.

—Aquella transfusión salvó su vida, pero como tiene un tipo de sangre muy poco habitual la donación resultó incompatible y Jonas desarrolló antígenos tipo k... —explicó O'Connor sacudiendo la cabeza—. Escuchen, es muy complicado. El problema es que Jonas necesita un donante de sangre del tipo negativo para el antígeno k. Los tres hermanos se miraron unos a otros.

—Bueno —dijo Travis tras una pausa—, ¿y esas cosas no dependen de los genes? —inquirió levantando un brazo como para que lo pincharan allí mismo—. Aquí tienes a tres hijos de Jonas Baron, Steve. Toma lo que necesites.

—Ojalá fuera tan sencillo, me temo que se necesitan veinticuatro horas para determinar mediante un análisis la presencia del antígeno en la sangre y verificar si es válida.

—Yo tengo la sangre que necesita, doctor —afirmó Tyler acercándose al grupo despacio mientras todos lo miraban—. Me llamo Tyler Kincaid, y he sido donante de sangre durante años. Mi sangre es negativa al antígeno k.

—Vaya golpe de suerte, debes de estar en nuestra lista de donantes de sangre especial.

—Sí, lo estoy.

—¿Steve? Creía que habías dicho que... acabas de decir que esa sangre es muy rara.

—Y lo es. Solo tres personas de cada mil resultan negativas al antígeno k.

La habitación se quedó en silencio. Tyler vaciló, pero enseguida comprendió que había llegado el momento de la verdad.

—Jonas Baron es mi padre.

—Eso es mentira —negó Gage. Slade, sin embargo, lo hizo callar.

—Es la verdad —dijo Tyler amargamente—. Y creedme, a mí no me hace más feliz que a vosotros. Cuando llegué aquí aún no lo sabía —añadió

en voz baja, dirigiéndose a Caitlin—, solo sabía que había nacido en Espada. Después, descubrí que era hijo de Jonas, y decidí destruirlo.

Caitlin volvió el rostro como si Tyler la hubiera pegado.

—Seduciéndome a mí —susurró.

Tyler deseó tomarla en sus brazos, decirle que se equivocaba, que la amaba, que lo que había ocurrido entre ellos dos no tenía nada que ver con aquella venganza... Pero el médico lo había arrastrado a un rincón y había comenzado a hacerle preguntas, a darle palmaditas en la espalda y a decir en voz alta que los pacientes como Jonas les debían la vida a donantes como él.

—Es el regalo de la vida —aseguró O'Connor, inconsciente de la ironía que eso suponía.

Cuando el médico se marchó y dejó por fin a Tyler, Caitlin se había alejado de su lado. Y a partir de aquel instante todo fue muy rápido. Una enfermera se lo llevó apresuradamente, le hizo rellenar un cuestionario, lo tumbó en una camilla y le sacó sangre.

—Bueno, ya está, señor Baron.

—Kincaid —la corrigió Tyler—. Me llamo Tyler Kincaid.

—Claro, lo siento, señor Kincaid —respondió ella sonrojándose.

Tyler asintió y trató de prestar atención a las instrucciones de la enfermera, pero solo podía pensar en que había llegado al final de su viaje. Todos sabían la verdad. Le había dado las llaves de su camioneta a Travis para que leyeran los informes.

—Hay un maletín en mi camioneta —había dicho—. Vosotros también deberíais conocer la verdad.

Hubiera deseado no haber comenzado aquella búsqueda jamás. Caminó despacio por el corredor. Había encontrado las respuestas pero... había encontrado también algo más, algo que no iba buscando. Solo que lo había perdido.

Todos estaban en la sala de espera, Caitlin y los Baron. Tyler se detuvo junto a la puerta. La familia perfecta. Marta estaba sentada en el sofá, y Caitlin a su lado. De pronto, ella levantó la vista y lo miró. Lo miró como si fuera un extraño, y luego se volvió.

Tyler comenzó a caminar. Aceleró el paso. ¿Qué diablos le ocurría? No había perdido nada. Ni tampoco había hallado nada jamás, excepto a un viejo que seguía sin quererlo, igual que hacía treinta y cinco años. Y en cuanto al amor... ¿amor? ¿qué era el amor? Un hombre veía a una mujer, la deseaba, jugaba al juego de la seducción, la rondaba y, por fin, se la llevaba a la cama. Eso era exactamente lo que había ocurrido con Caitlin.

De no haber sido por la tensión de la situación jamás habría pensado que sentía por ella algo más que deseo. Si alguna vez amaba a alguien sería a una mujer como Adrianna, una mujer sofisticada, urbana. Una mujer que conociera al verdadero Tyler Kincaid, el hombre de los trajes de Armani, no el hombre de los vaqueros. «No el hombre que una vez se había sentado a contemplar el amanecer sobre las colinas de Texas con una dulce y suave mujer en sus brazos».

Tyler juró, subió a la camioneta y se marchó.

Su casa de Atlanta estaba tal y como la había dejado. Tyler revisó la correspondencia que había sobre la mesa del vestíbulo, pero no había nada de interés. Había pocos mensajes telefónicos. Tenía la costumbre de

escucharlos desde fuera de casa, de modo que no esperaba que hubiera nada urgente. Así era. El único mensaje que escuchó completo fue el de Adrianna:

—Cariño —decía en voz baja, sofisticada—, te llamé a la oficina y tu secretaria me dijo que estabas fuera. Ahora comprendo que no me hayas llamado. Debes de estar terriblemente ocupado, pero por favor, ponte en contacto conmigo en cuanto tengas un minuto. Te perdiste la fiesta de los Forsythe, pero hay otra en casa de los Hutchinsons que tiene buena pinta.

Entró en la cocina, sacó una botella de cerveza del frigorífico y se la llevó al estudio. Presionó una tecla para volver a escuchar el mensaje y se llevó la botella de cerveza a los labios.

Adrianna no solo era bella y brillante, era además inteligente. Sabía cómo manejar a un hombre. Hacía casi tres semanas que no la llamaba, pero su voz no la delataba. Hablaba con naturalidad, como si hubiera una explicación perfectamente razonable para aquel silencio.

Caitlin, en cambio, hubiera entrado por la puerta de su casa para preguntarle en tono de exigencia si trataba deliberadamente de evitarla. Caitlin probablemente…

Tyler frunció el ceño.

¿Qué importancia tenía lo que hubiera hecho Caitlin? Ella no formaba parte de su vida, jamás había formado parte de su vida, no de la vida que importaba. Era imposible imaginársela en aquella casa, en su círculo de amigos.

Él era Tyler Kincaid, no un ranchero tejano. Aquel era su mundo, y Adrianna encajaba en él. Tyler agarró el auricular. Lo que necesitaba era a una mujer como Adrianna, una mujer que no se metiera en su vida, una mujer a la que pudiera olvidar cuando quisiera, una mujer que no esperara ver desnuda con él el amanecer, una mujer que no lo miraba con ojos tan expresivos que pudiera ver en ellos reflejado su corazón y su alma.…

—¡Maldita sea! —juró soltando el auricular de golpe.

Estaba cansado, había conducido de Texas a Atlanta de un tirón. Llamaría a Adrianna al día siguiente, se dijo subiendo las escaleras. Llamaría a su vicepresidente, a su secretaria. Les diría que había vuelto, que todo volvía a la normalidad. Probablemente aún pudiera hacer aquel trato pendiente en Estocolmo. Le pediría a su gente que concertara una cita, volaría a Suecia, les haría una oferta.

Quizá se llevara a Adrianna con él. O quizá no. Tyler sonrió y comenzó a quitarse la ropa para entrar en la ducha. Las mujeres escandinavas eran especialmente bellas. Rubias, de ojos azules, justo lo que necesitaba para dejar de pensar en Caitlin, para dejar de preguntarse si sus ojos eran dorados, marrones o verdes, o cómo era posible que sus cabellos pudieran tener todos los tonos del otoño y caer como la seda sobre su piel desnuda…

—¡Basta! —gritó.

Terminó de ducharse, se tiró sobre la cama… y soñó con amaneceres y dulces suspiros hasta que se quedó rendido. Se despertó antes del alba e hizo ejercicio en su gimnasio particular para despejar la mente. Después, se duchó y llamó a la oficina… y a Adrianna.

Hacia las cinco había mantenido tres citas, discutido con Estocolmo, comido con el agente de Bolsa y hablado con la agencia de viajes para pasar unos días en Suecia. Y para las seis se había duchado y puesto un frac, e iba en el Porche de camino a casa de Adrianna.

—Tyler, cariño —dijo ella al abrir la puerta echándose en sus brazos.

Y mientras la abrazaba Tyler comprendió que en realidad Adrianna no deseaba ir a la fiesta de los Hutchinson, que lo que quería era que la desnudara. Sus manos se deslizaron hacia la cremallera del traje de noche, pero de pronto Tyler comenzó a pensar en vestidos de verano estampados y se detuvo en seco.

—No debemos llegar tarde —dijo en voz baja.

A las siete, estaba comiendo ternera en Wellington y pensando en una barbacoa, y hacia las nueve comprendió por fin que aquello no funcionaría. Su cuerpo estaba en Atlanta, pero su corazón y su alma estaban en Texas. Y si Caitlin McCord era demasiado testaruda como para admitir que lo amaba él, desde luego, estaba harto de fingir lo contrario. Porque, desde luego, la amaba, y siempre la amaría. Así que si ella insistía en negarlo él la obligaría a reconocer la verdad.

Llevó a Adrianna a un rincón en casa de los Hutchinson y tomó sus dos manos.

—Adrianna… —dijo en voz baja—. Adrianna, lo siento. Eres una mujer maravillosa, una mujer muy bella…

—Pero estás enamorado de otra.

—Sí —respondió él. Ella merecía su sinceridad—, lo estoy. Créeme, Adrianna, jamás pretendí que sucediera algo así.

Adrianna sonrió, tomó su rostro entre las manos, se puso de puntillas y lo besó en la boca.

—Eres un buen hombre, Tyler Kincaid. El mejor que haya conocido jamás.

—¿En serio? —preguntó él sorprendido.

—Sí, y estoy seguro de que esa chica tan afortunada de la que estás enamorado también lo sabe.

—Gracias —sonrió Tyler, besándola en la boca con la misma ligereza que ella.

Tras aquella despedida, Tyler se apresuró a marcharse como si cada segundo fuera precioso. Condujo a casa, se puso los vaqueros, la camiseta y las botas, fue al aeropuerto y alquiló una avioneta. El piloto frunció el ceño, pero cuando Tyler le dijo que necesitaba estar en Texas antes del amanecer aseguró que no había ningún problema.

Aterrizaron en el aeropuerto de los Baron en la madrugada. Tyler esperaba que Abel o algún otro saliera a recibirlo, pero no fue así. Llamó a la puerta de la casa principal varias veces, la golpeó con los puños. Entonces, la luz se encendió y Carmen abrió.

—¡Señor Kincaid! —parpadeó—. ¿Qué ocurre?

—Nada —contestó Tyler pasando por su lado—. He venido por Caitlin McCord.

Marta bajó las escaleras atándose el cinturón de la bata.

—¡Señor Kincaid!

—Sí —confirmó Tyler—. Lamento presentarme así, señora Baron. Llamé al hospital, y me dijeron que Jonas… que su marido estaba bien.

—Gracias —contestó Marta sonriendo—. Me alegro mucho de que hayas vuelto, Tyler. ¿Puedo llamarte Tyler?

—Por supuesto, pero…

—Pasa, por favor. Carmen, ¿querrías hacer el desayuno? Y dile a todos mis hijastros que tenemos un invitado.

—No hace falta que te molestes —dijo una voz masculina.

Tyler miró hacia las escaleras. Gage, Travis y Slade estaban de pie,

ojerosos, en los escalones. Los tres se parecían mucho, y lo miraban con frialdad.

—No, no te molestes —añadió una voz de mujer.

El corazón de Tyler dio un vuelco.

—Hola, Cait —dijo él en voz baja, mientras la mujer a la que amaba bajaba las escaleras hacia él.

Llevaba un largo camisón blanco con diminutas florecitas azules. Iba descalza, y sus cabellos caían sueltos, salvajes y gloriosos por sus hombros.

—¡Date la vuelta y vuelve por donde has venido, Tyler Kincaid! —exclamó Caitlin.

Tyler sonrió, se inclinó sobre la jamba de la puerta y se cruzó de brazos sobre el pecho.

—Vístete, McCord —contestó él con calma.

—Estás loco, Kincaid. ¿Me oyes? Si piensas que voy a aceptar órdenes de ti, es que estás loco.

—Te doy tres minutos —añadió Tyler mirando su reloj.

—¿Que me das tres minutos? —rió Caitlin sacudiendo la cabeza—. Además de loco eres divertido, Kincaid —añadió dejando de reír y cruzándose de brazos, mirándolo fijamente—. ¿Y qué te parecería darme una explicación de por qué entras aquí, de esta manera, dando órdenes?

—Bueno, McCord —contestó él lentamente, dando un paso adelante—, en realidad podría darte muchas explicaciones, pero para empezar digamos que aún no ha amanecido y que quiero llegar a tiempo a mi rancho a ver cómo sale el sol. Como la última vez, desnudos en el porche como Dios nos trajo al mundo.

Tyler vio por el rabillo del ojo un indicio de movimiento en las escaleras, pero uno de los hermanos dijo en voz baja: «Espera, concédele un minuto». Caitlin se ruborizó.

—¡Eres un hombre horrible!

—Además te diré que si no te vistes y vienes conmigo por las buenas te cargaré sobre mi hombro y te llevaré.

—¡Querrás decir que me secuestrarás! —gritó Caitlin furiosa—. ¿No os lo dije, Gage? ¿Travis, Slade? ¿No os dije que este hombre me había secuestrado sacándome de mi propia casa?

Tyler subió las escaleras muy despacio, con los ojos fijos sobre ella.

—Podría darte todas esas razones, McCord, pero no te las daré —añadió deteniéndose al pie de las escaleras, justo debajo de ella, para mirarla de frente y sonreír—. No te las daré, porque la única razón que merece la pena, la única que debes oír, es la más sencilla de todas —continuó tomando su rostro entre las manos. Ella trató de apartar la cara, pero él pudo ver el brillo de las lágrimas en sus ojos, y eso le dio esperanzas—. Te amo —susurró—. Te amo desde el mismo instante en que trataste de atropellarme con tu caballo.

—Yo no traté de atropellarte —negó Caitlin con voz trémula. Las lágrimas resbalaron por sus mejillas—. Y además tú no me amas, solo me sedujiste porque odias a Jonas y…

Tyler la besó. Caitlin se dijo a sí misma que no debía reaccionar, que no debía cerrar los ojos ni dejar que su boca se abriera para él, pero la dulzura de sus labios, el tacto de sus manos en los cabellos…

—Te seduje porque sabía que no podría vivir sin hacerte mía —susurró él—. Y no es cierto que odie al viejo. Pensé que lo odiaba, pero la vida es demasiado corta para malgastarla así —los ojos de Tyler se fijaron en su

boca—. Demonios, cariño, apenas es lo suficientemente larga para el amor. Al menos para el amor que quiero compartir contigo durante los próximos cien años.

—Bien —intervino Marta alegre, aclarándose la garganta—, creo que... creo que... me vestiré. ¿Carmen? Haz el desayuno, ¿quieres? Y vosotros, chicos... —miró hacia las escaleras y suspiró.

—Tú no me amas —insistió Caitlin—. Solo lo dices porque... porque...

—¿Por qué? —arqueó Tyler una ceja.

—Porque quieres herir a Jonas.

—Jonas no tiene nada que ver ni contigo ni conmigo, Cait. Nunca tuvo nada que ver.

—Bueno, entonces lo dices porque quieres Espada.

—Uh-huh —sonrió Tyler—. Vamos a ver, así que voy a casarme contigo esperando que heredes Espada...

—¿Casarnos? —inquirió Caitlin—. ¿Casarnos? ¡Nunca!

—Nos casaremos dentro de... —convino Tyler—... ¿cuánto?, ¿una semana?, ¿un mes? —Tyler levantó la vista hacia Travis, Slade y Gage—. ¿Cuánto tiempo se tarda en preparar una boda?

—Cinco minutos, si no permites que las mujeres se hagan cargo del asunto —contestó Travis.

Los hermanos rieron, y el rostro de Caitlin pasó del rosa al púrpura.

—¿Pero qué os pasa a vosotros? ¡Bajad, venga! ¡Sacad a este hombre de aquí! ¡Montadlo sobre un caballo y que se marche!

Tyler rió y volvió a besarla sintiendo que un estremecimiento recorría el cuerpo de Caitlin. Aquello alivió su corazón, pero no iba a dejar que Caitlin lo supiera. Aún no. Tenía que tratar a su Cait con delicadeza.

—Cariño, los días en que el sheriff ponía a un hombre sobre su caballo y le decía que tenía que marcharse de la ciudad antes del anochecer ya han pasado. Y también han pasado ya los tiempos en los que los hombres controlaban las propiedades de su mujer —añadió deslizando las manos por su cabello y ladeando su bello rostro hacia él—. Es un nuevo día, Cait. El comienzo de nuestra vida juntos. Espada siempre será tuyo, y Perezosa A será siempre de los dos.

—¿Perezosa A?

—Uh-huh —asintió volviendo a besarla, pero esta vez más largamente, bebiendo el suspiro que salía de sus labios—. Es el nombre que le he puesto al rancho al que vamos a ir a ver el amanecer. Nuestro amanecer. ¿Te parece bien?

—Kincaid... —tragó ella.

—McCord.

—Kincaid, ¿de verdad te has creído que puedes... presentarte aquí y engatusarme así?

—Sí —contestó él con sencillez—, lo creo. Te quiero, Cait. Y tú me quieres a mí. Vamos a casarnos y a tener una casa llena de hijos, y todos ellos llamarán «abuelo» a Jonas Baron.

Travis, Gage y Slade saludaron con júbilo aquel comentario. Tyler miró para arriba y sonrió, y antes de que Caitlin se moviera, la tomó en brazos y la levantó.

—¿Es que vais a quedaros ahí y a dejar que me haga esto? —inquirió Caitlin fingiendo indignación.

—Pues no lo sé —contestó Gage sonriendo al ver que Caitlin rodeaba a Tyler por el cuello—. ¿Vamos a permitirlo, chicos?

—De ningún modo —negó Travis solemne—. Yo, por ejemplo, voy a abrirle la puerta a nuestro nuevo hermano. No se puede esperar que un hombre que va cargado lo haga todo.

—Buena idea —intervino Slade metiéndose las manos en los bolsillos— ¡Tyler!, necesitarás un coche, ¿no, hermano?

—Pues, ahora que lo pienso, sí —sonrió Tyler.

—Llévate la camioneta azul —contestó Slade tirándole las llaves.

—¡Sois imposibles! —gritó Caitlin mientras Tyler se la llevaba—. Os juro que esto me lo vais a pagar. ¿Me habéis oído, Gage, Slade, Travis?

—¡Sí! —exclamó Gage—. Te oímos, te oímos. Caitlin trató de fingir enfado, pero solo consiguió esbozar una enorme sonrisa de felicidad.

—¡Bájame! —gritó, siguiendo con la farsa.

—Sí, en cuanto lleguemos al porche —contestó Tyler besándola.

Tyler la sentó en la camioneta y se puso al volante. Ella se cruzó de brazos, miró hacia adelante y se negó a decir una sola palabra hasta que llegaron al rancho.

—Justo a tiempo —dijo Tyler, llevándola en brazos hasta el porche—. Pronto amanecerá.

—Como si me importara —respondió Caitlin, a quien a cada segundo que pasaba le costaba más mostrarse enfadada.

¿Cómo mostrarse enfadada, cuando su corazón latía acelerado sabiendo que todos sus deseos se habían hecho realidad? La primera luz de la mañana coloreó vacilante las colinas. Tyler la dejó en el suelo.

—Te amo, Cait —afirmó tomando su rostro entre las manos y mirando profundamente en sus ojos—. Y necesito oírte decir que me amas.

—Eres imposible, Tyler Kincaid. Absolutamente imposible...

—Esa es una de mis mejores cualidades —dijo él humilde.

Caitlin rió, y al hacerlo las lágrimas resbalaron por sus mejillas.

—Oh, Tyler —susurró poniendo las manos sobre su pecho, poniéndose de puntillas y besándolo—. Te amo, te adoro, y siempre te querré.

Tyler la abrazó con fuerza. Ella era suave y cálida, y olía a flores y a sol ardiente, lo cual era imposible teniendo en cuenta que estaba amaneciendo, pero Tyler se había rendido y no trataba ya de comprender nada más allá del hecho de que amaba a Caitlin McCord. La amaba más de lo que jamás ningún hombre hubiera amado a una mujer. Y seguiría amándola hasta que los dos fueran tan ancianos como Jonas. Aquella idea le hizo reír.

—¿Qué? —preguntó Caitlin.

—No, estaba pensando en el largo y maravilloso futuro que tenemos por delante, McCord.

—Otra vez, Kincaid. ¡Estás siempre tan seguro de ti...! —exclamó conteniendo el aliento al ver que le desabrochaba los diminutos botones del camisón—. ¿Qué estás haciendo?

—Voy a hacerle el amor a la mujer con la que me voy a casar.

—¡Qué excelente idea! —susurró Caitlin sonriendo y alargando la mano hasta su cinturón.

Y, mientras el sol teñía las colinas de Texas con sus llamas, Tyler y Caitlin se unieron en un amor que sabían que duraría eternamente.

Epílogo

SLADE Baron se miró al espejo de su dormitorio, tiró de los extremos de su corbata de lazo y suspiró al ver cómo se deshacía.

—Esto es una conspiración femenina, eso es lo que es. ¿Por qué les gusta tanto a las mujeres ver a los hombres vestidos con estos trajes de mono?

Lara, su mujer, sonrió mirando su reflejo

—Pues será porque sabemos que no os gusta nada, o quizá porque nos estremece veros tan guapos. Date la vuelta, deja que te haga el nudo.

—Pero cariño —alegó Slade obedeciendo—, tú sabes que yo estoy guapo lleve lo que lleve.

—Puede ser —contestó Lara en brazos de su marido, tratando de no echarse a reír—. Slade Baron, como sigas haciéndome eso no voy a poder hacerte el nudo de la corbata.

—¿Haciéndote qué? —inquirió Slade haciéndose el inocente y besándola.

Lara suspiró y apoyó la cabeza contra su hombro.

—Te quiero —dijo en voz baja.

—Me alegro —contestó él besándole el cabello—. Solo espero que Tyler y Caitlin sean la mitad de felices de lo que lo somos nosotros, cariño.

—¿Solo la mitad? —inquirió Lara.

—Sí, nadie en este mundo puede ser así de feliz —explicó atrayendo a su mujer con fuerza contra sí para besarla.

—¡Mami, papi!

Slade y Lara se volvieron. Su hijo, que acababa de despertarse de la siesta, los miraba mientras tiraba de las asas de la cuna portátil. Lara besó a su marido y tomó a Michael en brazos.

—Hola, precioso —sonrió mirando a Slade—. Se está haciendo un poco mayor para esta cuna.

—Lo sé —contestó Slade alargando los brazos y levantando a su hijo—, pero detestaría tener que arrinconar esa cuna.

—Bueno, no será por mucho tiempo —contestó Lara sonrojándose y posando una mano sobre su vientre.

—¡Lara, cariño!, ¿lo dices en serio?

—Sí —asintió ella con ojos brillantes—. Ayer fui a ver al médico.

Slade sintió que se le hacía un nudo en la garganta. Quería explicarle a su mujer cuánto significaba ella para él, decirle que había trasformado su vida por completo, pero era incapaz de pronunciar palabra. Así que en de ello alargó los brazos y la estrechó contra sí junto a su hijo mientras pensaba en que era el Baron con más i que hubiera nacido jamás.

Travis entró en silencio en su dormitorio, cerró la puerta y se quedó mirando el viejo sillón junto a la ventana. Su mujer, su bellísima mujer, estaba sentada en él con su hija en brazos. Alexandra había estado dando de mamar a Amy, y por fin ambas se habían quedado dormidas.

Travis sintió que su corazón rebosaba de amor. Seguía preguntándose qué había hecho para merecer tanta felicidad. Lo único de lo que estaba seguro era de que era el Baron con más suerte de este mundo. Alexandra suspiró y abrió los ojos. Vio a Travis y su rostro se iluminó.

—Aquí estás, te he echado de menos.

Travis sonrió y se arrodilló junto a su mujer y su hija.

—Estaba fuera, en el porche, hablando con Tyler —dijo tomando la mano de ella.

—¿Contándole los horrores de la vida de casado? —sonrió Alex.

—Algo así —su sonrisa se desvaneció—. No puedo dejar de pensar en cómo creció, en lo mal que debió pasarlo por culpa de ese viejo cabezota.

Alex se llevó la mano de su marido a los labios y la besó.

—Fue terrible, lo sé. Que Jonas creyera que su primera mujer había tenido un amante…

—Jonas siempre será Jonas —la interrumpió Travis tenso—. Un viejo cabezota que jamás cambiará.

—Sshhhh… Pero Tyler lo ha perdonado, cariño. Y tú también debes perdonarlo.

—Lo sé, es solo que… cuando miro a nuestro bebé me pregunto cómo Jonas pudo nunca abandonar a su hijo.

—Cometió un terrible error, Travis, pero está haciendo cuanto puede para subsanarlo.

—Sí —sonrió Travis—. De todos modos al final, gracias a eso, Tyler y Caitlin se han encontrado. Eso jamás habría ocurrido si Tyler no hubiera querido averiguar la verdad —se inclinó hacia adelante, besó a su hija en la frente y a su mujer en la boca—. Aunque ellos nunca serán tan felices como nosotros, cariño. Nadie puede ser tan feliz como nosotros. Si consiguieran estar la mitad de lo enamorados que estamos nosotros…

—La mitad sería ya más de lo que la mayoría de la gente lo está —susurró Alex.

Gage se sentó al borde de la cama del dormitorio y contempló a su bella esposa y a su preciosa hija mirarse en el espejo.

—¿Lo ves? —inquirió Natalie—. Jenny está muy guapa —Jenny asintió y se metió el pulgar en la boca—. Y sería tan maravilloso que Jenny siguiera estando guapa hasta que la tía Catie y el tío Tyler se casaran… ¿Crees que lo habrá comprendido? —añadió dirigiéndose a Gage.

—Absolutamente —respondió él tratando de no echarse a reír.

Si de algo estaba seguro con respecto a su hija era de que jamás conseguía permanecer limpia durante un minuto. Era la campeona de los bebés, pensó orgulloso, una verdadera chicarrona.

—Eso creo yo también —dijo Natalie dejando a su hija en el suelo y volviendo a mirarse al espejo—. ¿Qué tal estoy?

—Bellísima —contestó Gage levantándose de la cama—. De hecho creo que quizá debamos olvidarnos de la boda para quedarnos aquí —añadió besando su hombro desnudo.

Natalie rió, se volvió hacia su marido en sus brazos y enlazó las manos en su nuca.

—¿Sabes una cosa, señor Baron? Si te comportas como debes esta tarde, le pediré a Carmen que cuide de Jenny por la noche —sugirió mirándolo provocativa—. Así podremos ir a Superstition Butte y… bueno, contemplar las estrellas.

—Trato hecho, cariño —contestó Gage mirando a su mujer a los ojos—. Por cierto, Nat, soy el Baron con más suerte de este mundo.

—Y yo la mujer con más suerte de este mundo —contestó Natalie alzándose para besarlo.

—Tyler y Caitlin se quieren de verdad —añadió Gage.

—Sí, es cierto. ¿No es maravilloso?

—Si se aman la mitad de lo que nos amamos nosotros, cariño, serán felices el resto de sus vidas.

—Sí, así es —contestó Natalie—. ¡Oh, Jenny!

—¿Qué? —inquirió Gage mirando a su alrededor.

Su pequeña había encontrado el lápiz de labios de Natalie. Estaba sentada en medio de la alfombra, pintándose de rojo el precioso vestido rosa. Natalie y Gage la miraron, se miraron el uno al otro y se echaron a reír.

—Vas a ser el centro de atención de la fiesta —dijo Gage levantando a su hija del suelo, rodeando a su mujer por la cintura y preguntándose qué habría hecho para merecer tanta felicidad.

Por fin, había llegado el momento.

Tyler creía estar preparado, pero cuando escuchó los primeros acordes triunfantes de la melodía de Mendelssohn, cuando alzó la vista y vio el altar en el jardín de la mansión de la casa de los Baron y a su preciosa novia agarrada del brazo de Jonas caminando hacia él… el corazón se le paró.

Caitlin. Su Caitlin. Estaba bellísima con su vestido de encaje color marfil. Y la expresión de su rostro, la forma en que sus ojos se fijaban en él…

—Pero mira a mi Cait —dijo en voz baja.

Sus tres hermanos, de pie a su lado, bromearon.

—Este está atontado —susurró Gage.

—Está hipnotizado —convino Travis.

—Se vuelve loco por una cara bonita —añadió Slade.

Los cuatro hermanos se miraron sonrientes, pero luego la sonrisa de Tyler se desvaneció mientras miraba a su novia y se preguntaba qué había hecho para tener tanta suerte.

Las cuñadas de Caitlin, de pie bajo el toldo lleno de flores del altar, suspiraron mientras la contemplaban caminando.

—¿No es encantadora? —susurró Natalie.

—Sí, perfecta —afirmó Alex.

—Perfecta —convino Lara.

La música dejó de sonar justo cuando Caitlin y su padrastro llegaron al altar. Jonas se volvió hacia Caitlin, alzó su velo de novia retirándoselo de la cara y se aclaró la garganta.

—Cuida bien de mi niña —le dijo a Tyler alargando una mano.

Tyler vaciló, pero solo un segundo. Luego estrechó la mano de su padre.

—Sabes muy bien que lo haré.

—Y tú, chiquilla, cuida bien de este hombre —añadió Jonas aclarándose de nuevo la garganta—. Cuida bien de mi hijo.

—Queridos amigos —anunció el clérigo—. Estamos aquí reunidos para unir a Tyler Kincaid y Caitlin McCord en matrimonio…

Jonas dio un paso atrás colocándose junto a Marta, que lo agarró del brazo.

—Hacen una pareja perfecta.

—Sí, es cierto —carraspeó Jonas—. No puedo quitarme esta molestia de la garganta.

Marta inclinó la cabeza contra su hombro y sonrió:

—Lo sé.

—He visto a Leighton hace un rato —rió Jonas—. La mujer que se ha encargado de las flores no le quita ojo de encima.

—Y él tampoco deja de mirarla —sonrió Marta—. Es justo lo que Leighton necesita, una buena mujer.

—Eso lo necesita cualquier hombre —afirmó Jonas poniendo una mano sobre la de su mujer—. Marta, ¿crees que a Catie le habrán gustado las perlas que le he regalado esta mañana?

—Sí, le encantan. Son preciosas. Y muy apropiadas para el vestido.

—Sí —vaciló Jonas—. Pertenecieron a la madre de Tyler. A Juanita. Yo la amé mucho, ya lo sabes. No te importa que te lo diga, ¿verdad? Fue hace tanto tiempo...

—No —contestó Marta—, no me importa que me lo digas.

—Si pudiera volver atrás y cambiar las cosas... —suspiró Jonas—. Supongo que jamás comprendí a Juanita, que jamás supe hacerla feliz, pero estoy seguro de que le habría gustado que Catie llevara sus perlas.

—¿Le has dicho a Caitlin de quién eran?

—Sí, se lo he dicho. ¿Crees que... crees que se lo dirá a Tyler?

—Estoy segura, y también a él le gustará.

—Sí —afirmó Jonas—. El problema es que no siempre he sido el padre que hubiera debido ser para ninguno de mis hijos, pero... pero... —Jonas se volvió hacia su mujer con los ojos sospechosamente brillantes—... aún no es demasiado tarde, ¿verdad? Quiero decir que aún no es demasiado tarde para decirles que estoy orgulloso de ellos, de que se hayan convertido en hombres, ¿verdad?

—Quieres decir que no es demasiado tarde para decirles que los quieres —Jonas asintió, y Marta tomó la mano de su marido entre las suyas—. No, jamas es demasiado tarde para el amor.

Jonas sonrió y besó a su mujer, y luego los dos se unieron al aplauso general de los asistentes, que contemplaban el primer beso de Tyler y Caitlin como marido y mujer.

Agradecimientos

Quiero darle las gracias al doctor Mike Strong, que me explicó con paciencia y gran claridad los diferentes tipos de sangre, anticuerpos y antígenos. Y gracias, también, a los donantes de sangre de todo el mundo, que regalan la vida generosamente. Por supuesto cualquier error es solo mío.